

Ian McEwan

Cáscara de nuez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

Portada

Cáscara de nuez

Créditos

Notas

Para Rosie y Sophie

Oh, Dios, podría estar encerrado en la cáscara de una nuez y sentirme rey del infinito espacio... de no ser porque tengo malos sueños.

SHAKESPEARE, *Hamlet*

Así que aquí estoy, cabeza abajo dentro de una mujer. aguardo con los brazos pacientemente cruzados, aguardo y me pregunto dentro de quién estoy, qué hago aquí. Los ojos se me cierran con nostalgia cuando recuerdo que iba a la deriva en mi bolsa corporal translúcida, flotaba en sueños dentro de la burbuja de mis pensamientos a través de mi océano particular de volteretas a cámara lenta, chocando suavemente contra los límites transparentes de mi encierro, la

membrana acogedora que vibraba, mientras las amortiguaba, con las voces de unos conspiradores de una ruin empresa. Esto fue en mi juventud despreocupada. Ahora, totalmente invertido, sin un milímetro de espacio para moverme, con las rodillas apretadas contra el vientre, mis pensamientos, al igual que mi cabeza, están muy ocupados. No me queda otro remedio que tener la oreja pegada día y noche contra las sanguinolentas paredes. Escucho, tomo notas mentalmente y estoy preocupado. Oigo conversaciones íntimas sobre un designio mortífero y me aterra lo que me espera, lo que podría arrastrarme.

Estoy inmerso en abstracciones, y sólo las relaciones que proliferan entre ellas crean la ilusión de un mundo conocido. Cuando oigo «azul», cosa que nunca he visto, imagino una especie de suceso mental que se acerca mucho a «verde», cosa que tampoco he visto nunca. Me considero inocente, exonerado de lealtades y obligaciones, un espíritu libre, a pesar de mi exiguo habitáculo. No hay nadie que me contradiga ni me reprenda, no hay nombre o dirección anterior, no hay religión ni deudas ni enemigos. En mi agenda, si existiera, sólo figura mi próximo nacimiento. Soy, o era, a pesar de lo que dicen ahora los genetistas, una

pizarra en blanco. Pero una pizarra porosa, escurridiza, que no serviría para un aula ni para el tejado de una casa de campo, una pizarra que se escribe a sí misma a medida que crece cada día y se va llenando. Me considero inocente, pero al parecer formo parte de una intriga. Mi madre, bendito sea su corazón incesante que chapotea ruidoso, parece estar implicada.

¿Parece, madre? No, *está*. Estás. Estás implicada. Lo he sabido desde mi principio. Déjame evocar aquel momento de creación que llegó con mi primer concepto. Hace mucho, muchas semanas, mi surco neural se cerró para convertirse en mi médula espinal y

muchos millones de neuronas jóvenes, trabajadoras como gusanos de seda, hilaron y tejieron con la estela de sus axones la espléndida tela dorada de mi primera idea, un concepto tan simple que ahora se me escapa en parte. ¿Aquello era *yo*? Demasiado vanidoso. ¿Aquello era *ahora*? Excesivamente dramático. ¿Entonces era algo que precedía a ambas cosas y las contenía, una sola palabra forjada por medio de un suspiro o un desmayo mental de aceptación, de puro ser, algo como... *esto*? Demasiado preciosista. Así que, acercándome más, mi idea era *Ser*. O si no, su variante gramatical, *es*. Éste fue mi concepto primigenio y ahí está la

cuestión crucial: *es*. Nada más. En el sentido de *Es muss sein*. El comienzo de la vida consciente era el fin de la ilusión, la ilusión del no-ser y la erupción de la realidad. El triunfo del realismo sobre la magia, del *es* sobre el *parece*. Mi madre *está* implicada en la intriga y por ende yo también, aunque mi papel pudiera consistir en frustrarla. O en vengarla, si yo, un cretino reacio, llego demasiado tarde.

Pero no me quejo de la buena fortuna. Supe desde el principio, cuando desenvolví de su tela dorada el don de mi conciencia, que podría haber llegado a un lugar peor en un momento mucho peor. Las generalidades ya están claras,

comparadas con ellas mis problemas domésticos son, o deberían ser, nimios. Hay mucho que celebrar. Heredaré unas condiciones de modernidad (higiene, vacaciones, anestesia, lámparas de lectura, naranjas en invierno) y residiré en un rincón privilegiado del planeta: la Europa occidental, bien alimentada, libre de plagas. La antigua Europa, esclerótica, relativamente amable, atormentada por sus fantasmas, vulnerable a los matones, insegura de sí misma, un destino elegido por millones de desventurados. Mi vecindario inmediato no será la próspera Noruega, mi primera elección por sus enormes reservas en divisas y sus generosas

prestaciones sociales; no será la segunda, Italia, por su cocina regional y decadencia bendecida por el sol; ni tampoco la tercera, Francia, por su pinot noir y su desacomplejada autoestima. Heredaré, en cambio, un reino no tan unido, gobernado por una apreciada reina anciana, donde un príncipe empresario, famoso por sus buenas obras, sus elixires (esencia de coliflor para purificar la sangre) y sus intromisiones inconstitucionales, aguarda impacientemente su corona. Éste será mi hogar, y me conformo. Podría haber nacido en Corea del Norte, donde la sucesión es también

incuestionable pero escasean la libertad y la comida.

¿Cómo es posible que yo, que ni siquiera soy joven, que ni siquiera nací ayer, sepa tanto, o lo suficiente para estar equivocado en tantas cosas? Tengo mis fuentes, *escucho*. A mi madre, Trudy, cuando no está con su amigo Claude, le gusta la radio y prefiere oír palabras a música. ¿Quién, en los inicios de internet, habría vaticinado el creciente auge de la radio, o el renacimiento de esa palabra arcaica, «inalámbrico»? Por encima del estruendo de lavandería del estómago y los intestinos, oigo el noticiario, origen de todos los malos sueños. Empujado

por una compulsión autodestructiva, escucho atentamente los análisis y discrepo. No me aburren las repeticiones cada hora ni los resúmenes cada media hora. Hasta tolero el BBC World Service y los pueriles estallidos de trompetas sintéticas y xilofón que separan las secciones. En mitad de una noche larga y tranquila quizá le suelte a mi madre una fuerte patada. Se despertará, se desvelará y alargará la mano hacia la radio. Una trastada cruel, lo sé, pero los dos estamos mejor informados a la mañana siguiente.

Y a ella le gustan los podcasts de conferencias y los audiolibros de superación personal: *Conozca su vino*

en quince capítulos, biografías de dramaturgos del siglo XVII y diversos clásicos universales. Aunque a mí me emociona, ella se duerme con el *Ulises* de Joyce. Cuando, para aislarse, los primeros días se insertaba los auriculares, yo oía claramente, gracias a la eficiencia con que las ondas sonoras viajan a través de la mandíbula y la clavícula, recorren la estructura del esqueleto materno y atraviesan velozmente el nutritivo líquido amniótico. Hasta la televisión transmite por el sonido la mayor parte de su escasa utilidad. Además, cuando mi madre y Claude se ven, de vez en cuando comentan el estado del mundo,

por lo general para quejarse, a pesar de que conspiran para empeorarlo. Alojado donde estoy, sin otra cosa que hacer que desarrollar el cuerpo y la mente, lo absorbo todo, hasta las trivialidades, que son abundantes.

Porque Claude es un hombre que prefiere repetirse. Un hombre de muletillas. Al estrecharle la mano a un desconocido –le he oído dos veces– dice: «Claude, como Debussy.» Qué equivocado está. Es Claude como el agente inmobiliario que no compone ni inventa nada. Si le gusta un pensamiento lo dice en voz alta y más tarde lo repite, y, ¿por qué no?, lo dice otra vez. Es un placer para él que este pensamiento

vibre en el aire por segunda vez. Sabe que sabes que se está repitiendo. Lo que no sabe es que no lo disfrutas como él. Esto es lo que se conoce como un problema de referencia, lo he aprendido gracias a una conferencia de Reith.

He aquí un ejemplo tanto del discurso de Claude como del modo en que obtengo información. Él y mi madre han concertado por teléfono (oigo a ambas partes) una cita para esta noche. Sin contar conmigo, como suelen hacer: una cena para dos con velas. ¿Cómo sé lo de las velas? Porque cuando llega la hora y les conducen a sus asientos oigo que mi madre se queja. Hay velas encendidas en todas las mesas menos en la nuestra.

La secuencia siguiente es el irritado jadeo de Claude, un imperioso chasquido de dedos secos, ese murmullo obsequioso que emite, supongo yo, un camarero inclinado hasta la cintura, el raspado de un encendedor. Ya la tienen, su cena con velas. Sólo les falta la comida. Pero tienen en el regazo los pesados menús; noto el borde inferior del de Trudy sobre mi región lumbar. Ahora tendré que escuchar de nuevo la cantinela de Claude sobre el lenguaje de las cartas, como si fuera el primero que ha reparado en estas absurdidades sin importancia. Se demora en «frito en sartén». ¿Qué es una *sartén* sino una bendición engañosa del vulgar y

malsano *frito*? ¿Dónde más se podrían freír sus vieiras con chile y zumo de lima? ¿En un reloj de arena para cocer huevos? Antes de continuar, repite parte de lo dicho variando el énfasis. Después, su segundo vocablo favorito, «desmigado», importado de América. Estoy repitiendo en silencio, mecánicamente, la exposición de Claude incluso antes de que él la haya enunciado cuando un ligero ladeo en mi orientación vertical me informa de que mi madre se inclina hacia delante para ponerle un dedo de contención en la muñeca y decirle, con dulzura, para desviarle:

—Elige el vino, cariño. Uno

espléndido.

Me gusta compartir una copa con mi madre. Puede que nunca hayáis probado, o que lo hayáis olvidado, un buen borgoña (el predilecto de ella) o un buen Sancerre (también su favorito) decantado a través de una placenta sana. Incluso antes de que llegue —esta noche, un Jean-Max Roger Sancerre—, al oír el sonido del descorche lo siento en la cara como la caricia de una brisa estival. Sé que el alcohol disminuirá mi inteligencia. Disminuye la de todo el mundo. Pero, ah, un pinot noir jubiloso que te pone las mejillas coloradas, o un sauvignon con sabor a grosellas, me hace girar y dar volteretas en mi mar

secreto, ensanchando los muros de mi castillo, ese castillo elástico donde habito. O eso sucedía cuando tenía más espacio. Ahora gozo de mis placeres reposadamente, y a la segunda copa florece en mis reflexiones esa licencia que llamamos poesía. Mis pensamientos se despliegan en pentámetros bien hilados, en una variación agradable de versos con pausa métrica. Pero nunca toma una tercera, y eso lo siento.

—Tengo que pensar en mi bebé —la oigo decir mientras tapa la copa con una mano represora. Es cuando se me ocurre extender la mía hacia mi cordón aceitoso, como si fuera la cuerda de terciopelo de una casa de campo bien

provista de sirvientes, y tirar de él bruscamente para que acuda alguno. «¡Eh, oiga! ¡Otra ronda aquí para los amigos!»

Pero no, se reprime por amor a mí. Y yo la quiero, ¿cómo no iba a quererla? La madre a la que aún no he visto, a la que sólo conozco desde dentro. ¡No es suficiente! Anhele su ser externo. Las superficies lo son todo. Sé que su pelo es «rubio pajizo», que le cae en cascada como «monedas de rizos indomables» hasta los «hombros blancos como pulpa de manzana», porque mi padre le leyó en voz alta este poema suyo en mi presencia. Claude también ha aludido a su pelo con palabras menos ingeniosas.

Cuando está de humor, se hace trenzas bien apretadas alrededor de la cabeza, al estilo, dice mi padre, de Yulia Timoshenko. También sé que los ojos de mi madre son verdes, que tiene la nariz como un «botón de nácar», que le gustaría que fuera más grande, que a los dos hombres por separado les encanta cómo es y han intentado tranquilizarla. Le han dicho muchas veces que es hermosa, pero ella se mantiene escéptica al respecto, lo que le confiere un poder inocente sobre los hombres, como le dijo mi padre una tarde en la biblioteca. Ella contestó que si era así, era un poder que nunca había buscado y que no lo quería. Era una conversación inusual

entre ellos y escuché atentamente. Mi padre, que se llama John, dijo que si él tuviera ese influjo sobre ella o sobre las mujeres en general, no se le pasaría por la cabeza desaprovecharlo. Adiviné, por el simpático movimiento ondulatorio que brevemente me despegó la oreja de la pared, que mi madre se encogió de hombros enfáticamente, como diciendo: O sea que los hombres son diferentes. ¿Qué más da? Además, le dijo en voz alta, cualquier poder que presuntamente ella tuviera era sólo algo que los hombres le otorgaban en sus fantasías. Entonces sonó el teléfono, mi padre se alejó para contestar y esta insólita e

interesante conversación sobre quienes poseen poder no se reanudó nunca.

Pero volvamos a mi madre, mi infiel Trudy, cuyos brazos y pechos de pulpa de manzana y mirada verde anhelo, cuya inexplicable necesidad de Claude es anterior a mi primera conciencia, mi *es* primigenio, y que le habla a menudo, y él a ella, en susurros de almohada, susurros de restaurante, susurros de cocina, como si ambos sospecharan que los úteros tienen oídos.

Yo pensaba que la discreción de ambos no era más que una intimidad normal de los enamorados. Pero ahora tengo la certeza. Despreocupados, bajan el tono de sus cuerdas vocales porque

están planeando un acto atroz. Les he oído decir que si sale mal arruinará sus vidas. Creen que si han de actuar deberían hacerlo rápidamente y pronto. Se recomiendan mutuamente calma y paciencia, se recuerdan uno a otro el coste que supondría el aborto de su plan, que hay varias etapas, que cada una tiene que ensamblarse con la siguiente, que si alguna fracasa todas se vendrán abajo «como las luces anticuadas de un árbol de Navidad»; este símil impenetrable es de Claude, que rara vez dice algo oscuro. Lo que se proponen les asquea y les asusta, y nunca hablan de ello directamente, sino envuelto en susurros y elipsis, eufemismos, en

aporías musitadas entre dientes, seguidas de carraspeos y bruscos cambios de tema.

Una noche calurosa y agitada de la semana pasada, cuando yo creía que hacía mucho que se habían dormido, mi madre dijo de pronto en la oscuridad, dos horas antes del alba según el reloj de abajo, el del estudio de mi padre:

—No podemos hacerlo.

Y al instante Claude dijo, categóricamente:

—Podemos. —Y al cabo de un momento de reflexión—: *Podemos*.

Ahora hablemos de mi padre, John Cairncross, un hombretón, la otra mitad de mi genoma, cuyo destino, con sus giros helicoidales, me preocupa mucho. Sólo en mí mis padres se mezclan para siempre, dulcemente, amargamente, a lo largo de dos columnas vertebrales de azúcar-fosfato, la receta de mi ser esencial. También mezclo a John y Trudy en mis sueños despiertos; como todos los hijos de padres separados, ansío que esta pareja básica vuelva a casarse para

así unir mis circunstancias con mi genoma.

Mi padre pasa por casa de vez en cuando, y yo me pongo muy contento. A veces le trae a mi madre *smoothies* de su tienda favorita, en Judd Street. Tiene una debilidad por estos zumos viscosos que supuestamente le alargan la vida. No sé por qué nos viene a ver, porque siempre se marcha entre brumas de tristeza. En el pasado, diversas conjeturas mías se han revelado erróneas, pero he escuchado atentamente y ahora presumo lo siguiente: que él no sabe nada de Claude, que sigue locamente enamorado de mi madre, que confía en volver a su lado pronto, que

creo todavía en la historia que ella le ha contado de que la separación les dará «tiempo y espacio para madurar» y renovar sus lazos. Que es un poeta no reconocido que sin embargo no desfallece. Que tiene y dirige una editorial en crisis y que ha publicado las primeras recopilaciones de algunos poetas de éxito, nombres conocidos, y hasta un premio Nobel. Cuando alcanzan prestigio, se van, como los niños cuando crecen, a casas más grandes. Que acepta como un hecho natural la deslealtad de los poetas y al que, como a un santo, le encantan los aplausos que justifican Cairncross Press. Que se entristece más que se amarga por sus fracasos. Una vez

nos leyó en voz alta a Trudy y a mí una reseña negativa de su poesía. Decía que su obra era trasnochada, era formalmente rígida y demasiado «bonita». Pero vive de la poesía, todavía le recita poemas a mi madre, enseña poesía, la reseña, intriga para que triunfen poetas jóvenes, forma parte de jurados de certámenes poéticos, promueve la poesía en las escuelas, escribe artículos para revistas pequeñas, ha hablado de poesía en la radio. Una vez Trudy y yo le oímos de madrugada. Mi padre tiene menos dinero que ella y mucho menos que Claude. Se sabe de memoria mil poemas.

Éste es mi acopio de hechos y

conjeturas. Encorvado sobre ellos como un filatélico paciente, he añadido a mi colección algunas piezas recientes. Padece una enfermedad de la piel, psoriasis, que hace que tenga las manos escamosas, duras y rojas. Trudy aborrece verlas y tocarlas y le dice que debería usar guantes. Él se niega. Ha alquilado por seis meses un piso de tres míseras habitaciones en Shoreditch, está endeudado y debería hacer más ejercicio para remediar su sobrepeso. Ayer mismo adquirí, siguiendo con los sellos, un Penique Negro: la casa en la que vive mi madre y yo dentro de ella, la casa donde Claude la visita por la noche, es una mole georgiana en el

jactancioso Hamilton Terrace y fue el hogar donde mi padre pasó su infancia. Poco antes de cumplir treinta años, cuando se estaba dejando barba por primera vez, y no mucho después de casarse con mi madre, heredó la mansión familiar. Su querida madre había muerto mucho antes. Todas las fuentes concuerdan en que la casa es mugrienta. Sólo los tópicos le son aplicables: descascarillada, desmoronada, destartalada. En invierno ha habido veces en que la escarcha ha vidriado y atiesado las cortinas; cuando llueve mucho, los desagües, como los bancos fiables, devuelven los depósitos con intereses; en verano apestan, como

los bancos malos. Pero mira, aquí tengo en las pinzas la pieza más rara de todas, la Guayana británica: incluso en este pésimo estado, estos seis mil pies cuadrados y doloridos valen siete millones de libras.

La mayoría de los hombres, la mayoría de la gente, nunca permitiría que su cónyuge los expulsara del alero que cubrió su infancia. John Cairncross es distinto. He aquí mis razonables deducciones. Nacido bajo una estrella favorable, deseoso de complacer, demasiado amable, demasiado formal, no tiene nada de la callada codicia del poeta ambicioso. Cree de verdad que escribir un poema en loor de mi madre

(de sus ojos, su pelo, sus labios), y venir a leerlo en voz alta la ablandará, la inducirá a darle la bienvenida en su propia casa. Pero ella sabe que sus ojos no son en absoluto «como el césped de Galway», con lo cual quería decir «muy verdes», y puesto que ella no tiene sangre irlandesa el verso es anémico. Siempre que ella y yo escuchamos, intuyo en su corazón ralentizado una costra retinal de aburrimiento que no la deja ver el patetismo de la escena: un hombre corpulento, con un gran corazón, que defiende su causa sin esperanza mediante la forma desusada de un soneto.

Mil puede ser una hipérbole. Muchos

de los poemas que conoce mi padre son largos, como esas famosas creaciones de empleados de banca, *La incineración de Sam McGee* y *La tierra baldía*. Trudy sigue tolerando alguna que otra recitación. Para ella, un monólogo es mejor que una conversación, es preferible que otro recorrido por el jardín sin desbrozar de su matrimonio. Quizá se lo tolera por sentimiento de culpa, el poco que le queda. Parece ser que en otro tiempo el hecho de que mi padre le leyera poesía era un ritual de su amor mutuo. Es extraño que no se atreva a decirle lo que él sin duda sospecha, lo que ella debe confesar. Que ya no le ama. Que tiene un amante.

Hoy, en la radio, una mujer contaba que una noche había atropellado a un perro, un golden retriever, en una carretera solitaria. Se acuclilló a su lado a la luz de los faros y sostuvo la pezuña del animal moribundo durante los espasmos de terrible dolor. Los grandes ojos castaños del perro la miraban, indulgentes, mientras agonizaba. Ella cogió una piedra con la mano que tenía libre y la estrelló varias veces contra el cráneo de la pobre criatura. Para acabar con John Cairncross sólo haría falta un golpe, un *coup de vérité*. Pero en lugar de eso, cuando él empieza a recitar, Trudy adopta su insulsa expresión de oyente. Yo, sin embargo, presto suma

atención.

Por lo general vamos a su biblioteca de poesía, en el primer piso. Lo único que se oye cuando él se sienta en su sillón habitual es la ruidosa rueda de escape del reloj de la repisa de la chimenea. Allí, en presencia de un poeta, me permito conjeturas. Si mi padre mira hacia el techo para ordenar sus pensamientos, verá el deterioro de los dibujos de estilo Adam. Los estragos han esparcido polvo de yeso, como azúcar glasé, sobre los lomos de libros famosos. Mi madre limpia su butaca con la mano antes de sentarse. Sin florituras, mi padre coge aire y empieza. Recita fluidamente, con sentimiento. La

mayoría de los poemas modernos me dejan frío. Demasiado ego, demasiado frío glacial con los demás, demasiadas quejas en un verso demasiado corto. Pero John Keats y Wilfred Owen son tan cálidos como un abrazo de hermanos. Siento su aliento en mis labios. Su beso. ¿Quién no desearía haber escrito «de manzana confitada, membrillo, y ciruela, y calabaza», o «La palidez de las frentes de las muchachas será su mortaja»?

Me imagino a mi madre, al otro lado de la biblioteca, a través de la mirada de adoración de mi padre. Está sentada en un butacón de piel que data de la Viena de Freud. Descansa en parte, grácilmente, sobre sus flexibles piernas

desnudas. Con un codo doblado contra el brazo de la butaca se sostiene la cabeza encorvada, y con los dedos de la mano libre tamborilea con suavidad sobre el tobillo. Al final de la tarde hace calor, las ventanas están abiertas, es agradable el zumbido del tráfico de St. John's Wood. Tiene una expresión pensativa y parece que el labio inferior le pese. Se lo humedece con una lengua impoluta. Se le han pegado al cuello sudado unos cuantos rizos rubios. Su vestido de algodón, holgado para que yo quepa, es verde claro, más claro que sus ojos. El trabajo constante del embarazo prosigue su curso y está cansada, pero de un modo plácido. John Cairncross ve

el arrebol del verano en las mejillas de Trudy, la encantadora línea del cuello y los hombros y los pechos henchidos, el montículo prometedor que soy yo, la palidez de las pantorrillas, intocadas por el sol, la planta tersa de un pie descubierto, su hilera de dedos inocentes, en orden decreciente como niños en una foto de familia. Toda ella, piensa él, llevada a la perfección por su estado.

No se da cuenta de que está esperando que se vaya. De que es perversa su insistencia en que él viva en otra parte, ahora que estamos en nuestro tercer trimestre. ¿De verdad puede ser tan cómplice de su propia aniquilación?

Un grandullón que mide, según he oído, uno noventa, un gigante de brazos poderosos y espeso pelo negro, un gigante tan tonto que cree que es razonable conceder a su mujer el «espacio» que ella dice que necesita. ¡Espacio! Tendría que entrar aquí dentro, donde últimamente casi no puedo doblar un dedo. Tal como lo dice mi madre, espacio, su necesidad de espacio, es una metáfora deforme, si no un sinónimo. De egoísta, retorcida y cruel. Pero un momento, yo la amo, es mi diosa y la necesito. ¡Lo retiro! Lo he dicho angustiado. Estoy tan seducido como mi padre. Y es cierto. La belleza,

el aire distante y la determinación de mi madre son únicos.

Encima de ella, veo cómo del techo descompuesto de la biblioteca de desprende una nube súbita de partículas giratorias que brillan mientras atraviesan una franja de sol. Y cómo brilla mi madre contra la piel parda y resquebrajada de la butaca donde Hitler o Trotski o Stalin podrían haberse despatarrado en sus tiempos vieneses, cuando no eran más que embriones de sus seres futuros. Lo reconozco. Soy suyo. Si me lo ordenase, yo también iría a Shoreditch y me cuidaría yo solo en el exilio. No hace falta un cordón

umbilical. A mi padre y a mí nos une un amor desesperado.

A pesar de todas las señales –las respuestas lacónicas, los bostezos, la poca atención que presta–, él se demora hasta última hora de la tarde, quizá confiando en la cena. Pero mi madre está esperando a Claude. Finalmente despide a su marido declarando que necesita descansar. Le acompañará a la puerta. Quién no percibiría la tristeza en la voz de mi padre cuando tantea diversas despedidas. Me duele pensar que soportaría cualquier humillación con tal de pasar unos minutos más con ella. Nada salvo su carácter le impide hacer lo que quizá harían otros:

adelantarla hasta el dormitorio principal, la habitación donde a él y a mí nos concibieron, espatarrarse en la cama o en la bañera entre llamativas nubes de vapor, y luego invitar a los amigos, servir vino y ser el dueño de su casa. Espera, en cambio, imponerse mediante la bondad y una abnegada atención a las necesidades de su mujer. Confío en equivocarme, pero creo que fracasará doblemente, porque ella seguirá despreciándole por ser débil y él sufrirá más aún de lo debido. Sus visitas son interminables, se marchitan. Mi padre deja a su espalda en la biblioteca un campo de tristeza resonante, una forma imaginada, un

holograma frustrado que todavía ocupa su butaca.

Ahora nos acercamos a la puerta de la calle para que ella le despida. Se ha hablado mucho de todos estos desperfectos: sé que una bisagra de esta puerta se ha desgajado del marco. Una putrefacción seca ha convertido el arquitrabe en una masa compacta de polvo. Algunas baldosas del suelo han desaparecido, otras están agrietadas: son georgianas, su diseño, en su tiempo, era de rombos de colores vistosos, imposible reemplazarlas. Bolsas de plástico con botellas vacías y comida que se pudre ocultan estas ausencias y grietas. Desparramados por el suelo

están los símbolos de la porquería doméstica: restos de ceniceros, platos de papel con repugnantes heridas de ketchup, bolsas de té que se balancean como sacos de cereales diminutos que podrían acaparar ratones o elfos. La mujer de la limpieza se marchó entristecida mucho antes de mi llegada. Trudy sabe que el cometido de una mujer embarazada no es levantar basura hasta contenedores con ruedas y una tapadera muy alta. Le resultaría fácil pedirle a mi padre que limpie la entrada, pero no lo hace. Los quehaceres domésticos podrían conferirle derechos domésticos. Y ella quizá esté urdiendo una historia ingeniosa sobre la deserción

de mi padre. Claude sigue siendo a este respecto un visitante, un extraño, pero le he oído decir que adecentar un rincón de la casa sería realzar el desbarajuste del resto. A pesar de la ola de calor estoy bien protegido contra la pestilencia. Mi madre se queja del hedor casi todos los días, pero lánguidamente. Es sólo un aspecto de la decadencia doméstica.

Puede que ella piense que una mancha de requesón en su zapato o la visión de una naranja de color cobalto al lado del zócalo acortará las despedidas de mi padre. Se equivoca. La puerta está abierta, él está a caballo entre el umbral y el recibidor donde estamos ella y yo. Claude llegará dentro de quince minutos.

A veces se adelanta. Así que Trudy está inquieta pero resuelta a parecer somnolienta. Se ha plantado encima de unos trozos de cáscara de huevo. En la suela de la sandalia se le ha quedado pegado un papel cuadrado y grasiento que en su momento fue el envoltorio de un bloque de mantequilla sin sal y que ahora le unta los dedos del pie. Pronto se lo contará a Claude para bromear.

—Oye, tenemos que hablar, en serio — dice mi padre.

—Sí, pero ahora no.

—Siempre lo estamos aplazando.

—No puedo ni decirte lo cansada que estoy. No te haces idea de cómo es esto. Necesito tumbarme.

–Desde luego. Por eso estoy pensando en volver para poder...

–Por favor, John, ahora no. Ya hemos hablado de esto. Necesito más tiempo. Trata de ser considerado. Llevo dentro a tu hijo, ¿te acuerdas? No es el momento de pensar en uno mismo.

–No me gusta que estés aquí sola cuando yo podría...

–¡John!

Le oigo suspirar cuando la abraza tan fuerte como ella le permite. Siento que después extiende la mano para apresar la muñeca de mi padre, evitando con cuidado, pienso, sus manos afectadas, girarlo y empujarlo con suavidad hacia la calle.

–Cariño, por favor, *vete*...

Más tarde, mientras mi madre se recuesta, enfadada y exhausta, retorno a mi elucubración primaria. ¿Qué clase de ser es éste? ¿Es el gran John Cairncross nuestro enviado al futuro, la clase de hombre que pone fin a las guerras, el saqueo y la esclavitud, y que aboga por la igualdad y el buen trato a las mujeres del mundo? ¿O será reducido al olvido por las bestias? Lo descubriremos.

¿Quién es este Claude, este impostor que se ha colado entre mi familia y mis esperanzas? Lo oí una vez y tomé nota: *el patán de pocas luces*. Ha empañado mis expectativas. La existencia de Claude niega mi legítimo derecho a una vida feliz al cuidado de mis padres. Si no ideo un plan. Claude ha embelesado a mi madre y ha desterrado a mi padre. Sus intereses no pueden ser los míos. Me destrozará. Si no, si no, si no... Un estribillo, símbolo fantasmal de un

destino alterado, pequeño yambo quejoso de esperanza, me cruza la cabeza como una partícula flotante en el humor vítreo de un ojo. Mera esperanza.

Y Claude, como una de esas partículas, apenas es real. Ni siquiera es un oportunista pintoresco, ni tiene nada del canalla simpático. Por el contrario, es un individuo tan gris que casi brilla y más soso que hecho de encargo, y con una banalidad tan fijamente trazada como los arabescos de la Mezquita Azul. Es un hombre que silba continuamente, pero no canciones sino jingles y tonos de móvil, que te alegra la mañana con la imitación que Nokia hace de Francisco Tárrega. Un hombre cuyos

comentarios repetitivos son un babeo sin ton ni son, cuyas pobres frases se agostan, burdas, y mueren como polluelos sin madre. Que se lava las partes pudendas en el lavabo donde mi madre se lava la cara. Que sólo sabe de ropa y de coches. Y que nos ha dicho mil veces que nunca compraría ni conduciría tal coche o tal otro, ni un híbrido o un..., o... Que él sólo compra los trajes en esa calle..., no, en aquella de Mayfair, las camisas en otra y los calcetines ahora no se acuerda... Si hubiera... pero. Nadie más termina una frase con un «pero».

Esa voz rancia, insegura. Toda mi vida he sufrido el martirio de sus

silbidos y su modo de hablar. Me he ahorrado su imagen, pero eso cambiará pronto. En la cruenta penumbra de la sala de partos (Trudy ha decidido que estará allí él, no mi padre), cuando yo salga a saludarle por fin, tenga la forma que tenga él mis preguntas seguirán siendo: ¿qué está *haciendo* mi madre? ¿Qué puede querer? ¿Ha conjurado a Claude para ilustrar el enigma del erotismo?

No todo el mundo sabe lo que es tener a unos centímetros de la nariz el pene del rival de tu padre. En esta etapa avanzada deberían contenerse por mi bien. Lo exige la cortesía, si no el imperativo médico. Cierro los ojos,

aprieto las encías, me agarro a las paredes uterinas. Estas turbulencias arrancarían las alas de un Boeing. Mi madre incita a su amante, le fustiga con sus gritos de feria. ¡La Pared de la Muerte! Cada vez, a cada embestida, temo que la atraviese y me joda los huesos blandos del cráneo y siembre mis pensamientos con su esencia, con la nota torrencial de su trivialidad. Después, con mis lesiones cerebrales, pensaré y hablaré como él. Seré el hijo de Claude.

Pero prefiero estar atrapado dentro de un Boeing sin alas que se precipita en mitad del Atlántico a que me reserven una noche más de sus preliminares. Aquí estoy, en primera fila de platea,

incómodamente sentado cabeza abajo. Es una función pequeña, funestamente moderna, para dos actores. Todas las luces están encendidas y aparece Claude. Su intención es desvestirse él, no desvestir a mi madre. Dobla pulcramente su ropa encima de una silla. Su desnudez es tan anodina como el terno de un contable. Deambula por el dormitorio, por delante y por detrás en el escenario, desnudo del todo a través de la blanda llovizna de su soliloquio. La pastilla de jabón rosa para su tía que tiene que devolver en Curzon Street, un sueño casi olvidado que tuvo, el precio del diésel, hoy parece martes. Pero no es. Cada tema nuevo e intrépido se

yergue con un gemido, trastabilla y cede el paso al siguiente. ¿Y mi madre? En la cama, entre las sábanas, medio vestida, prestando plena atención, murmura receptiva y asiente con la cabeza, empáticamente. Sólo yo sé que un índice se enrosca por debajo de las sábanas sobre el discreto capuchón del clítoris y se posa dulcemente un centímetro dentro de ella. El mismo índice que ella columpia con suavidad mientras accede a todo y ofrenda su alma. Supongo que hacer eso debe de ser delicioso. Sí, murmura entre suspiros, ella también tenía sus dudas sobre el jabón, sí, también olvida sus sueños demasiado

pronto, ella también cree que es martes. Del diésel, nada: un pequeño consuelo.

Las rodillas de Claude se hunden en el colchón adúltero que antes aguantaba a mi padre. Con diestros pulgares ella se quita las bragas. Entra Claude. A veces él la llama ratita, lo cual parece complacerla, pero nada de besos, nada de contactos o caricias, ni murmullos ni promesas, nada de lametones afables ni de fantasías juguetonas. Sólo el crujido cada vez más rápido de la cama hasta que por fin mi madre llega a ocupar su lugar en la Pared de la Muerte y empieza a gritar. Quizá conozcáis esa anticuada atracción de feria. A medida que gira y acelera, la fuerza centrífuga te empuja

contra la pared mientras que el suelo de debajo desaparece vertiginosamente. Trudy gira más rápido, su cara es un borrón de fresas con nata y una mancha verde de angélica donde antes tenía los ojos. Chilla más fuerte y entonces, después del último grito, que sube y baja, y del estremecimiento final, oigo el gruñido brusco y estrangulado de Claude. Una pausa brevísima. Sale Claude. El colchón se ahueca de nuevo y su voz reanuda, ahora desde el cuarto de baño, una repetición de Curzon Street o del día de la semana, y joviales ensayos sobre la melodía de Nokia. Un acto, tres minutos a lo sumo, sin repeticiones. Muchas veces ella entra también en el

baño y, sin tocarse, eliminan de sus cuerpos la huella del otro con exculpatoria agua caliente. Nada de ternuras, no se adormilan amorosamente en un enrevesado abrazo de amantes. Durante esta enérgica ablución, con la mente purificada por el orgasmo, a menudo vuelven a maquinarse, pero los grifos abiertos y el eco de los azulejos me impiden oír lo que dicen.

Por eso sé tan poco de su plan. Sólo sé que les altera, que bajan la voz incluso cuando creen que están solos. Tampoco conozco el apellido de Claude. De profesión es agente inmobiliario, aunque no tan próspero como la mayoría. Uno de sus máximos logros fue

la propiedad breve y rentable de un bloque de pisos en Cardiff. ¿Es rico? Heredó una suma de siete cifras que ahora, al parecer, se ha visto reducida a su último cuarto de millón. Se va de nuestra casa alrededor de las diez, regresa después de las seis. Aquí surgen dos hipótesis opuestas: la primera, que una personalidad más firme acecha dentro de una cáscara blandengue. Ser tan insípido es casi imposible. Ahí dentro se esconde alguien más inteligente, oscuro y calculador. Como hombre es todo un personaje, un mecanismo que se ha hecho a sí mismo, una herramienta para el engaño más duro, el de intrigar contra Trudy incluso

cuando intriga a su lado. La segunda, que es lo que aparenta, el berberecho tiene poca carne, es un conspirador tan sincero como ella, sólo que más tonto. Por lo que a ella respecta, prefiere no dudar de un hombre que la lanza por encima de las puertas del paraíso en menos de tres minutos. Yo, por mi parte, me mantengo imparcial.

La única manera de descubrir algo más es esperar toda la noche despierto para sorprenderles en una alborada más distendida. El atípico «podemos» de Claude me hizo dudar por primera vez de su estupidez. Desde entonces han pasado cinco días... y nada. Despierto a mi madre con patadas, pero ella no

quiere molestar a su amante. Lo que hace es adosarse al oído el podcast de una conferencia y abandonarse a las maravillas de internet. Escucha al azar. Yo las he oído todas. La cría de gusanos en Utah. Senderismo por el Burren. La última ofensiva de Hitler en las Ardenas. Convenciones sexuales de los yanomami. Cómo Poggio Bracciolini rescató del olvido a Lucrecio. La física del tenis.

Permanezco despierto, escucho, aprendo. Temprano esta mañana, menos de una hora antes del alba, ha surgido un tema más profundo de lo habitual. A través de los huesos de mi madre me ha llegado un mal sueño disfrazado de

disertación formal. El estado del mundo. Una experta en relaciones internacionales, una mujer razonable con voz grave y profunda advertía de que el mundo no iba bien. Analizaba dos estados de ánimo comunes: la autocompasión y la agresión. Por separado cualquiera de los dos era una mala elección para el individuo. Combinados, para grupos o naciones, un brebaje nocivo que últimamente había intoxicado a los rusos en Ucrania, al igual que había hecho con sus amigos los serbios en su región del mundo. Nos han menospreciado, pues ahora verán quiénes somos. Ahora que el Estado ruso era el brazo político del crimen

organizado ya no era inconcebible otra guerra en Europa. Desempolvar las divisiones de tanques rumbo a la frontera meridional de Lituania, rumbo a la llanura del norte de Alemania. La misma pócima inflama las márgenes bárbaras del islam. Hemos apurado el cáliz, se eleva el mismo grito: nos han humillado, pues nos vengaremos.

La experta tenía una opinión sombría de nuestra especie, en la que los psicópatas son una fracción constante, una constante humana. La lucha armada, justa o no, les atrae. Contribuyen a convertir enfrentamientos locales en conflictos mayores. Europa, según ella, sufre una crisis existencial, quisquillosa

y débil mientras las diversas variedades de nacionalismo narcisista ingieren a sorbitos el mismo apetitoso brebaje. Confusión sobre los valores, el bacilo del antisemitismo incubándose, las poblaciones inmigrantes languideciendo, furiosas y hartas. En otros lugares, en todas partes, nuevas desigualdades de riqueza, los superricos una raza dominante y aparte. El ingenio desplegado por los estados para crear nuevas formas de armamento brillante, por las corporaciones globales para evadir impuestos, por bancos honrados para atiborrarse de millones de Navidad. China, demasiado grande para necesitar amigos o consejo, sondea

cínicamente las costas de sus vecinos, construyendo islas de arena tropical, planeando la guerra que sabe que llegará. Los países de mayoría musulmana asolados por el puritanismo religioso, por la enfermedad sexual, por el talento ahogado. El Oriente Medio, rápido vivero de una posible guerra mundial. Y los Estados Unidos, los enemigos de conveniencia, a duras penas la esperanza del mundo, culpables de tortura, impotentes ante su texto sagrado concebido en una época de pelucas empolvadas, una constitución tan incuestionable como el Corán. Su nerviosa población obesa, temerosa, atormentada por la ira reprimida,

despectiva con el gobierno y asesinando el sueño con cada nuevo modelo de pistola. África que aún tiene que aprender el truco de la democracia: el traspaso pacífico del poder. Sus niños muriéndose a miles cada semana por carecer de cosas sencillas: agua limpia, mosquiteras, medicamentos baratos. Uniendo e igualando a toda la humanidad, los viejos y aburridos temas del cambio climático y la desaparición de los bosques, de los animales y del hielo polar. La agricultura rentable y venenosa que destruye la belleza biológica. Los océanos que se convierten en ácido débil. Muy por encima del horizonte, aproximándose

veloz, el tsunami urinoso del creciente número de ancianos, de cancerosos, de dementes, que necesitan cuidados. Y pronto, con la transición demográfica, se generará lo opuesto, poblaciones en catastrófico descenso. La libertad de expresión ya no es libertad, la democracia liberal ya no es el puerto de destino obvio, los robots roban puestos de trabajo, la libertad en un estrecho combate con la seguridad, el socialismo caído en desgracia, el capitalismo corrupto, destructivo y caído en desgracia, sin alternativas a la vista.

En conclusión, decía la experta, estos desastres son el fruto de nuestra naturaleza doble. Inteligente e infantil.

Hemos construido un mundo demasiado complejo y peligroso para que lo gestione nuestra naturaleza pendenciera. En tal estado de desesperanza, el voto mayoritario irá a parar a lo sobrenatural. Es el crepúsculo de la segunda Era de la Razón. Éramos maravillosos pero ahora estamos condenados. Veinte minutos. Clic.

Inquieto, me toco el cordón. Me sirve de kombolói. Espera, he pensado. ¿Qué tiene de malo ser infantil si yo aún no he llegado? He oído suficientes charlas de este tipo para haber aprendido los argumentos en contra. El pesimismo es demasiado fácil, hasta delicioso, el distintivo de los intelectuales de todas

partes. Exime de soluciones a las clases pensantes. Nos emocionamos con las oscuras reflexiones de las obras de teatro, las novelas, las películas. Y ahora de los comentarios. ¿Por qué dar crédito a esta versión cuando la humanidad nunca ha sido tan rica, tan sana y tan longeva? ¿Cuando mueren menos personas que nunca en las guerras y los partos? ¿Cuando el conocimiento y la verdad científica son accesibles a todos? ¿Cuando aumenta día a día la solidaridad con los niños, los animales, las religiones ajenas, los extranjeros desconocidos y lejanos? ¿Cuando se ha rescatado de la miseria a cientos de millones de personas? ¿Cuando, en

Occidente, hasta los pobres se recuestan en butacas, hechizados por la música, mientras circulan por autopistas lisas a cuatro veces la velocidad de un caballo al galope? ¿Cuando la viruela, la polio, el cólera, el sarampión, la mortalidad infantil, el analfabetismo, las ejecuciones públicas y la tortura sistemática del Estado se han erradicado en tantos países? No hace mucho tiempo que todas estas desgracias sucedían por doquier. ¿Cuando los paneles solares y las granjas eólicas y la energía nuclear y los inventos aún no conocidos nos liberarán de los residuos del dióxido de carbono?, ¿y cuando los cultivos transgénicos nos librarán a nosotros de

los estragos de la agricultura química y a los pobres del hambre? ¿Cuando la emigración mundial a las ciudades devolverá vastas extensiones de tierra a la selva, disminuirá las tasas de natalidad y rescatará a las mujeres de los patriarcas de poblados ignorantes? ¿Y qué decir de los milagros ordinarios que harían de un trabajador manual la envidia de César Augusto: la odontología sin dolor, la luz eléctrica, el contacto instantáneo con los seres queridos, con la mejor música que el mundo ha conocido, con la cocina de un montón de culturas? Estamos hartos de privilegios y placeres, así como de quejas, y los que aún no lo están pronto

lo estarán. En cuanto a los rusos, lo mismo se dijo de la España católica. Esperábamos a sus ejércitos en nuestras playas. No ocurrió así, como no ocurren la mayoría de las cosas. La cuestión la zanjaron unos cuantos brulotes y una tempestad oportuna que desvió la flota española hacia el norte de Escocia. Siempre nos preocuparemos por cómo van las cosas: es lo que depara el problemático don de la conciencia.

Nada más que un himno al mundo dorado que estoy a punto de poseer. En mi confinamiento me he convertido en un entendido en sueños colectivos. ¿Quién sabe lo que es verdad? Yo apenas puedo aportar mis pruebas. Cada proposición

es demostrada o refutada por otra. Como todo el mundo, elegiré lo que quiera, lo que me convenga.

Pero estas reflexiones me han distraído y me he perdido las primeras palabras de la conversación por la que he permanecido despierto. La alborada. Faltaban minutos para que sonara el despertador, Claude ha murmurado algo, mi madre le ha respondido y después él ha hablado de nuevo. Vuelvo en mí, aprieto el oído contra la pared. Noto movimiento en el colchón. La noche ha sido calurosa. Claude debe de estar incorporado, quitándose la camiseta que se pone al acostarse. Le oigo decir que esta tarde verá a su hermano. Ha

mencionado antes a su hermano. Debería haber prestado más atención. Pero el contexto, por lo general, me aburría: dinero, cuentas, impuestos, deudas.

—Ha depositado todas sus esperanzas en esa poeta que ha contratado —dice Claude.

¿Poeta? Muy poca gente en el mundo contrata a una poeta. Yo sólo conozco a uno. ¿Su *hermano*? Mi madre dice:

—Ah, sí, esa mujer. No recuerdo su nombre. Escribe sobre búhos.

—¡Búhos! ¡Qué tema más fascinante! Pero tendría que verle esta noche.

—Creo que no deberías. Ahora no —dice mi madre, despacio.

—Si no le veo, vendrá otra vez. No

quiero que te moleste. Pero.

–Yo tampoco. Pero esto hay que hacerlo a mi manera. Despacio.

Hay un silencio. Claude coge su móvil de la mesilla de noche y preventivamente apaga el despertador. Por último dice:

–Será una buena coartada prestar dinero a mi hermano.

–Pero no demasiado. No es seguro, digamos, que vaya a devolverlo.

Se ríen. Después Claude y su silbido se dirigen al cuarto de baño, mi madre se vuelve de lado y se duerme, y yo me quedo a oscuras frente a este hecho indignante y pienso en mi estupidez.

Cuando oigo el zumbido agradable de los coches que pasan y una brisa ligera mece lo que creo que son hojas de un castaño de Indias, cuando un transistor debajo de mí produce un tintineo rasposo y un resplandor de coral en penumbra, un prolongado atardecer tropical, ilumina tenuemente mi mar interior y el trillón de pecios a la deriva, sé que mi madre está tomando el sol en el balcón de la biblioteca de mi padre. Sé también que la ornamentada

barandilla de hierro colado, con su diseño de hoja de roble y bellota, se sostiene gracias a las capas históricas de pintura negra y no hay que apoyarse en ella. La plataforma voladiza de hormigón que se desmorona donde mi madre está sentada ha sido declarada insegura incluso por constructores que no tienen ningún interés en arreglar nada. La angostura del balcón permite colocar una tumbona en posición oblicua, casi paralela a la fachada. Trudy está descalza, con el sujetador del bikini y un pantalón vaquero corto que apenas me deja sitio. Unas gafas de sol con montura rosa en forma de corazón y un sombrero de paja coronan el atuendo.

Lo sé porque mi tío –¡mi *tío!*– le ha preguntado por teléfono qué ropa llevaba puesta. Coquetamente, ella se lo ha dicho.

Hace unos minutos la radio nos ha informado de que son las cuatro. Estamos compartiendo una copa, quizá una botella, de un sauvignon blanco de Marlborough. No es mi preferido y, de la misma cepa y un gusto menos herbáceo, yo habría optado por un Sancerre, preferiblemente de Chavignol. Un regusto de definición mineral silíceo habría mitigado el ataque directo del sol y la explosión de calor de horno que irradia la fachada agrietada de nuestra casa.

Pero estamos en Nueva Zelanda, la llevamos dentro, y yo estoy más contento que los dos últimos días. Trudy enfría nuestro vino con cubitos de plástico de etanol congelado. No tengo nada que objetar. Me brindan el primer atisbo del color y la forma, porque mi madre tiene el vientre orientado hacia el sol y yo distingo, por tanto, como en la mancha rojiza de un cuarto oscuro fotográfico, mis manos delante de la cara y el cordón enrollado alrededor de mi barriga y mis rodillas. Veo que mis uñas necesitan un corte, aunque no se me espera hasta dentro de dos semanas. Me gustaría pensar que el propósito de mi madre al estar aquí fuera es generar vitamina D

para mi crecimiento óseo, que ha bajado la radio para contemplar mejor mi existencia, que la mano que acaricia el lugar donde cree que tengo la cabeza es un gesto de ternura. Pero quizá esté ocupada con su bronceado y tiene demasiado calor para oír en la radio el drama sobre el emperador mogol Aurangzeb y se limita a aliviar con las uñas la incomodidad de la hinchazón del final del embarazo. En resumen, no estoy seguro de su amor.

Al cabo de tres copas el vino no resuelve nada, y persiste el dolor del reciente descubrimiento. Aun así, siento un agradable toque de disociación: ya me he distanciado unos pasos

provechosos y me veo a mí mismo unos cinco metros más abajo, como un alpinista caído y despatarrado boca arriba encima de una roca. Empiezo a asimilar mi situación, puedo pensar y también sentir. Un modesto blanco del nuevo mundo me haría lo mismo. En fin. Mi madre ha preferido al hermano de mi padre, ha engañado a su marido y ha destrozado a su hijo. Mi tío le ha robado la mujer a su hermano, ha engañado al padre de su sobrino y ha insultado al hijo de su cuñada. Mi padre es un ser indefenso por naturaleza, yo lo soy por circunstancias. Mi tío, una cuarta parte de mi genoma, la mitad del de mi padre, pero no más parecido a mi padre que yo

a Virgilio o a Montaigne. ¿Qué porción menospreciable de mí mismo es Claude y cómo lo sabré? Yo podría ser mi propio hermano y engañarme como él ha engañado al suyo. Cuando nazca y por fin me permitan estar solo, habrá una cuarta parte de mí que querré apuñalar. Pero el que empuñe el cuchillo será también mi tío, alojado en mi genoma. Entonces veremos que el cuchillo no se mueve. Y en cierto modo esta percepción es también suya. Y ésta.

Mi asunto con Trudy no va bien. Yo pensaba que podía dar por sentado su amor. Pero he oído a biólogos debatiendo al alba. Las madres embarazadas tienen que combatir a los

inquilinos de su útero. La naturaleza, madre ella también, ordena una lucha por los recursos que pueden ser necesarios para criar a mis futuros rivales fraternos. Mi salud depende de Trudy, pero ella tiene que preservarse contra mí. Entonces, ¿por qué iba a preocuparse por mis *sentimientos*? Si el que yo esté desnutrido sirve a sus intereses y a los de esos don nadie que aún no han sido concebidos, ¿por qué va a inquietarle que me disguste una cita con mi tío? Los biólogos también sugieren que la reacción más sensata de mi padre es engañar a otro hombre para que críe a su hijo mientras él —¡mi padre!— reparte su retrato entre otras

mujeres. Qué deprimente, qué desamor. Así que todos estamos solos, incluso yo, cada uno camina por una autopista desierta, cargando en un hatillo atado a un palo al hombro los planes, los diagramas de flujo, para un progreso inconsciente.

Es excesivo para sobrellevarlo, demasiado triste para ser cierto. ¿Por qué iba a configurarse el mundo de una manera tan cruel? Entre otras muchas cosas, la gente es buena y sociable. La madurez no lo es todo. Mi madre es más que mi casera. Mi padre no anhela la diseminación más amplia posible de su identidad sino a su mujer y, sin duda, a su hijo. No creo a los sabios de las

ciencias de la vida. Él tiene que amarme, quiere volver a casa, cuidará de mí, si tiene ocasión. Y ella nunca me ha hecho saltarme una comida, y hasta esta tarde ha tenido la decencia de rechazar por mi causa una tercera copa. No es su amor el que falla. Es el mío. Es mi rencor el que se interpone entre nosotros. Me niego a decir que la odio. ¡Pero abandonar por Claude a un poeta, a cualquier poeta!

Es duro, y lo que también es duro es que el poeta sea tan blando. John Cairncross, expulsado de su hogar, propiedad de su abuelo, en virtud de una filosofía de «crecimiento personal», una expresión tan paradójica como «fácil de

escuchar». Separarse para poder estar juntos, darse la espalda para poder abrazarse, dejarse de amar para poder enamorarse. Él se tragó este cuento. ¡Qué tonto! Entre su debilidad y la perfidia de Trudy estaba la fisura fétida que generó espontáneamente a un tío gusano. Y yo acucillado aquí, recluido en mi vida privada, en un atardecer lento y bochornoso, soñando impacientemente.

Lo que podría hacer si me encontrara en mi mejor momento. Pongamos dentro de veintiocho años. Tejanos descoloridos y ajustados, abdominales tensos y marcados, moviéndome con la elegancia de una pantera, temporalmente

inmortal. Saliendo de Shoreditch para ir a buscar en taxi a mi anciano padre para instalarlo, sordo a las protestas de matrona de Trudy, en su biblioteca, en su cama. Agarrando por el pescuezo al viejo Tío Gusano para arrojarlo a la cuneta llena de hojas de Hamilton Terrace. Haciendo callar a mi madre con un despreocupado beso en la nuca.

Pero aquí surge la verdad que más limita la vida: siempre es ahora, siempre es aquí, nunca es entonces y allí. Y ahora, en un balcón poco sólido, nos estamos friendo en una ola de calor londinense. La oigo llenar la copa otra vez, el *plof* de los cubitos de plástico, su leve suspiro, más de inquietud que de

satisfacción. Una cuarta copa, pues. Debe de pensar que soy lo bastante mayor para tomarla. Y lo soy. Nos estamos emborrachando porque incluso ahora su amante está hablando con su hermano en el despacho sin ventanas de Cairncross Press.

Para distraerme envío mis pensamientos a espiarles. Es un puro ejercicio de imaginación. Aquí nada es real.

El préstamo blando es depositado en el repleto escritorio.

—John, ella te quiere de verdad, pero me ha pedido como familiar de confianza que te pida que te mantengas apartado una temporada. Es lo mejor

para tu matrimonio. Hum. Al final todo saldrá bien. Debería haber adivinado que estás atrasado en el pago del alquiler. Pero. Di que sí, por favor, coge el dinero, deja que Trudy disponga de su espacio.

Entre ellos, en la mesa, hay cinco mil libras en billetes sucios de cincuenta, cinco malolientes montones de billetes rojos. A cada lado hay libros de poesía y manuscritos apilados en desorden, lápices afilados y dos ceniceros de cristal bien llenos, una botella de whisky escocés, un Tomintoul suave del que quedan unos centímetros, un vaso de cristal con una mosca muerta dentro, varias aspirinas sobre un pañuelo de

papel sin usar. Indicios sórdidos de un trabajo honrado.

Conjeturo lo siguiente. Mi padre nunca ha comprendido a su hermano menor. Nunca ha pensado que valiera la pena el esfuerzo. Y a John no le gustan los enfrentamientos. Su mirada no se posa en el dinero encima de la mesa. No se le ocurre explicar que lo único que quiere es volver a casa con su mujer y su hijo.

Dice, en cambio:

—Ayer llegó esto. ¿Te gustaría oír un poema sobre un búho?

Exactamente el tipo de capricho irrelevante que Claude detestaba cuando era niño. Dice que no con la cabeza, *no*,

por favor, ahórramelo, pero es demasiado tarde.

Mi padre sostiene en su mano escamosa una hoja mecanografiada.

—«Bardo sangre sabia» —empieza. Le gustan los trímetros trocaicos.

—Entonces no lo quieres —le interrumpe malhumorado su hermano—. Me parece muy bien.

Y con dedos agusanados de banquero recoge los montones, estampa con suavidad los bordes contra la superficie de la mesa, saca de la nada una goma y en cuestión de dos segundos se ha guardado el dinero en un bolsillo interior de su blazer de botones

plateados, y se queda de pie, con aire acalorado y mareado.

Sin precipitarse, mi padre lee el segundo verso.

—«Curioso que nos emocione tan estentórea crueldad» —Se detiene y dice mansamente—: ¿Tienes que irte?

Ningún observador atento podría descifrar la taquigrafía fraterna, la tristeza de este diálogo abreviado. Los ritmos, las normas se establecieron hace demasiado tiempo para poder revisarlos. La riqueza relativa de Claude tiene que pasar inadvertido. Sigue siendo el hermano menor, inadecuado, cohibido, furioso. A mi padre le desconcierta su pariente vivo

más cercano, pero sólo un poco. No dará su brazo a torcer y su actitud parece burlona. Pero no se burla. Es algo peor: le importa un bledo y apenas se da cuenta de que le importa un bledo. El alquiler o el dinero o la oferta de Claude. Pero como es un hombre considerado se levanta cortésmente para acompañar a su visitante y en cuanto le ha despedido y se ha sentado de nuevo ante el escritorio olvida el dinero que había encima y se olvida de Claude. Con una mano vuelve a sostener el lápiz, con la otra un cigarrillo. Reanuda la única tarea importante, corregir galeradas de poemas para la imprenta, y no levantará la vista hasta las seis, la hora del whisky

con agua. Primero tirará la mosca que hay dentro del vaso.

Regreso al útero como si volviese de un largo viaje. Nada ha cambiado en el balcón, excepto que estoy un poco bebido. Como para darme la bienvenida, Trudy se sirve el resto de la botella. Los cubitos ya no están fríos, el vino está casi tibio, pero hace bien, más vale apurarlo ahora. No se conservará. La brisa sigue meciendo los castaños de Indias, repunta el tráfico de la tarde. La temperatura sube conforme el sol baja. Pero el calor me da igual. Cuando me llega el último trago del sauvignon blanco me pongo a recapitular. He estado ausente, he saltado la alambrada

sin escalera ni cuerda, libre como un pájaro, y he dejado atrás mi aquí y ahora. La verdad limitadora no era cierta: puedo irme cuando me apetezca, expulsar a Claude de la casa, visitar a mi padre en su despacho, ser un fisgón cariñoso e invisible. ¿Las películas son tan buenas como esto? Lo averiguaré. Uno podría ganarse la vida ideando excursiones así. Pero la realidad, la realidad circunscrita, es también absorbente y aguardo impaciente a que Claude vuelva y nos diga qué ha sucedido realmente. Seguro que mi versión es errónea.

Mi madre también está ansiosa por saberlo. Si no estuviera bebiendo para

dos, si yo no compartiera la dosis, ella estaría en el suelo. Veinte minutos después entramos y atravesamos la biblioteca para subir al dormitorio. Hay que tener cuidado si se camina descalzo por esta casa. Mi madre grita cuando aplasta algo con los pies, nos caemos y damos un bandazo mientras ella embiste la barandilla. Recuperamos la estabilidad cuando se detiene para examinarse la planta del pie. Masculla una maldición con calma, así que debe de haber sangre pero no demasiada. Cruza renqueando el dormitorio, quizá dejando un reguero en lo que sé que es una alfombra sucia de color hueso, sembrada de ropa usada, zapatos y

maletas a medio deshacer de viajes anteriores a mi tiempo.

Llegamos al cuarto de baño lleno de ecos, que por lo que he oído es un caos espacioso y sucio. Abre un cajón, revuelve con impaciencia su contenido crepitante y chirriante, abre otro, y en el tercero encuentra la tirita para el corte. Se sienta en el borde de la bañera y descansa su pobre pie encima de la rodilla. Pequeños gruñidos y jadeos exasperados sugieren que el corte está en un lugar de difícil acceso. Ojalá pudiera arrodillarme y ayudarla. Aunque es joven y delgada, no es fácil encorvarse con el estorbo de mi mole. Decide que lo mejor, lo más estable, es

despejar un espacio y sentarse en las duras baldosas del suelo. Pero tampoco es fácil. Y todo por mi culpa.

Ahí donde estamos y ocupados en la cura, oímos la voz de Claude, un grito desde el pie de la escalera.

—¡Trudy! Oh, Dios mío. ¡Trudy!

El estampido de unos pasos rápidos y vuelve a gritar su nombre. Después, su fuerte respiración en el cuarto de baño.

—Me he cortado el pie con un estúpido pedazo de cristal.

—Hay sangre por todo el dormitorio. Pensaba... —No nos dice que esperaba mi fallecimiento—. Déjame a mí. ¿No habría que limpiar antes la herida?

—Ponme la tiritita.

–No te muevas. –Ahora le toca a él gruñir y jadear. Y a continuación–: ¿Has estado bebiendo?

–No me jodas. Pónmela.

Él se la pone por fin y la ayuda a levantarse. Los dos se balancean.

–¡Jesús! ¿Cuánto has bebido?

–Sólo una copa.

Trudy vuelve a sentarse en el borde de la bañera.

Él entra en el dormitorio y vuelve al cabo de un minuto.

–Nunca podremos quitar esa sangre de la alfombra.

–Prueba a frotarla con algo.

–Te digo que no se quita. Mira. Aquí hay una mancha. Prueba tú.

Nunca le he oído tan rotundo. No desde el «podemos».

También mi madre percibe la diferencia y dice:

—¿Qué ha pasado?

Ahora la voz de Claude es quejosa.

—Ha cogido el dinero sin darme las gracias. Y escucha esto. Ha dado el preaviso en el piso de Shoreditch. Se muda aquí. Dice que le necesitas, por más que digas que no.

Los ecos del baño aminoran. Pero, a juzgar por la respiración de ambos, hay un silencio mientras lo piensan. Creo que se están mirando uno a otro con una mirada larga, elocuente.

—Ya está —dice él finalmente con el

tono vacuo de siempre. Aguarda y añade—: ¿Entonces?

En esto el corazón de mi madre inicia una aceleración progresiva. No sólo late más rápido, sino más fuerte, como el golpeteo hueco de una cañería defectuosa. También le pasa algo en la tripa. Se le aflojan los intestinos, con un chirrido expansivo, y más arriba, en algún lugar por encima de mis pies, se precipitan jugos por tubos sinuosos hacia destinos desconocidos. Le palpita el diafragma. Aprieto aún más el oído contra la pared. En medio de este crescendo sería facilísimo que me pierda un hecho vital.

El cuerpo no puede mentir, pero la

mente es otro país, porque cuando mi madre habla por fin, su tono es suave, muy bien controlado.

—Estoy de acuerdo.

Claude se le acerca, habla en voz baja, casi susurrando.

—Pero. ¿Qué piensas?

Se besan y ella empieza a temblar. Siento que los brazos de Claude le rodean la cintura. Se besan de nuevo con lenguas insonoras.

—Espeluznante —dice ella.

Y él dice, respondiendo a una broma secreta entre ellos:

—Horripilante.

Pero no se ríen. Noto que Claude empuja la entrepierna contra la de ella.

¡Que se exciten en un momento semejante! Qué poco sé. Trudy le busca la cremallera, tira de ella hacia abajo, acaricia, mientras él con el dedo índice le hurga dentro del pantalón corto. Mi frente percibe la presión recurrente. ¿Vamos a ir a la cama? Pero no, gracias a Dios, Claude no ceja.

–Decide.

–Tengo miedo.

–Pero recuerda. Dentro de seis meses. En mi casa, siete millones en el banco. Y hemos colocado al bebé en algún sitio. Pero. ¿Qué va a..., hum, ser?

Su propia pregunta práctica le calma, le permite retirar el dedo. Pero el pulso de mi madre, que empezaba a sosegar, se

da un salto al oír la pregunta. No sexo, sino peligro. La sangre le late a través de mí con un ruido sordo, como un lejano fuego de artillería, y siento que le embarga una duda. Soy un órgano de su cuerpo no desconectado de sus pensamientos. También participo en lo que se dispone a hacer. Cuando por fin toma una decisión, la orden que imparte en voz baja, el único término pérfido, parece salir de mi propia boca inexperta. Mientras se besan de nuevo ella lo dice dentro de la boca de su amante. La primera palabra del bebé.

—Veneno.

Cómo el solipsismo se convierte en el nonato. Mientras Trudy, descalza, duerme nuestras cinco copas en el sofá del cuarto de estar y nuestra casa sucia rueda hacia el este rumbo a la densa noche, yo medito tanto sobre el *colocado* de mi tío como sobre el *veneno* de mi madre. Al igual que un DJ encorvado sobre la mesa de mezclas, muestreo la frase rayándola: *Y.. hemos colocado al bebé en algún sitio*. Al repetirlas, las palabras se frotan hasta

quedar limpias como la verdad y el futuro que me asignan resplandece, despejado. *Colocado* es el cognado falso de *abandonado*. Y *el bebé* soy yo. *En algún sitio* es también una mentira. ¡Madre desalmada! Esto será mi perdición, mi ruina, porque sólo en los cuentos de hadas los bebés huérfanos no deseados suben de categoría. La duquesa de Cambridge no me aceptará. Mi vuelo en solitario de autocompasión me sitúa en algún punto de la planta decimotercera del brutal bloque de pisos que mi madre dice que a veces mira con tristeza desde la ventana del dormitorio de arriba. Lo mira y piensa:

Tan cerca y sin embargo tan lejos como el valle de Swat. Imagínate vivir allí.

Exactamente así. Educado sin libros, con juguetes electrónicos, azúcar, grasa y collejas. Swat, ciertamente. Sin cuentos a la hora de acostarse que alimenten la plasticidad de mi cerebro de niño. El panorama mental, desprovisto de curiosidad, del moderno campesinado inglés. ¿Y qué queda entonces de la cría de gusanos en Utah? Pobre de mí, pobre niño de tres años, fornido, con el pelo al rape y pantalones de camuflaje, perdido en una niebla de ruido televisivo y humo secundario. Los tobillos tatuados e hinchados de su madre adoptiva pasan tintineando,

seguidos por el perro maloliente de su novio transitorio. Querido padre, rescátame de este valle de Desesperanza. Llévame contigo. Deja que me envenenen a tu lado en vez de *colocarme en algún sitio*.

Típica autocompasión del tercer trimestre. Lo único que sé de los ingleses pobres lo he conocido por medio de la televisión y las publicaciones satíricas. No sé nada. Pero mi razonable sospecha es que la pobreza es la privación a todos los niveles. Nada de clases de clavicordio en el piso trece. Si la hipocresía es el único precio, compro la vida burguesa y la considero barata. Y más aún,

acumularé cereales, seré rico, tendré un escudo de armas. NON SANZ DROICT, y el mío es el derecho al amor de una madre y es absoluto. Me niego a refrendar sus planes de abandonarme. Yo no me exiliaré, pero ella sí. La ataré con cordón viscoso, la engatusaré el día de mi cumpleaños con una mirada grogui de recién nacido, con un gemido de gaviota solitaria con el que arponar su corazón. Después, forzada por mi recio amor a convertirse en mi niñera constante, su libertad mermada como una costa nacional en retroceso, Trudy será mía, no de Claude, tan capaz de abandonarme como de arrancarle a ella los pechos de

la caja torácica y tirarlos por la borda.
Yo también puedo ser despiadado.

Y así proseguí mis cábalas, borracho, supongo, expansivo e intrascendente, hasta que ella despertó gruñendo y buscó sus sandalias debajo del sofá. Bajamos juntos renqueando a la húmeda cocina, en cuya semioscuridad, que casi podría ocultar la suciedad, ella se inclina para beber un largo trago de agua fría del grifo. Todavía lleva la ropa playera. Enciende las luces. Ni rastro de Claude, ninguna nota. Vamos a la nevera y mira dentro, expectante. Veo —me imagino que veo con una retina aún sin usar— su brazo pálido e indeciso que se

cierno en la luz fría. Me encanta su bonito brazo. En un estante inferior, algo en otro tiempo vivo y ahora purulento parece removerse dentro de una bolsa de papel, lo cual le arranca un reverencial grito ahogado y la obliga a cerrar la puerta. Así que cruzamos la cocina hasta el aparador de productos secos y allí encuentra una bolsa de nueces saladas. Poco después le oigo marcar el número de su amante.

—¿Todavía estás en casa?

A él no le oigo por el ruido que hace mi madre al masticar.

—Bueno —dice ella, después de escuchar—. Tráelo aquí. Tenemos que hablar.

De la suavidad con que cuelga el auricular deduzco que él viene hacia aquí. Mal asunto. Pero estoy sufriendo mi primer dolor de cabeza, justo en la frente, una bandana estridente, un dolor despreocupado que baila al ritmo del pulso de ella. Si lo compartiera conmigo, recurriría a un analgésico. En justicia, el dolor es suyo. Pero está encarando de nuevo la nevera y ha encontrado en lo alto de la puerta, en un estante de metacrilato, una cuña de veinte centímetros de parmesano histórico más viejo que Matusalén, duro como una piedra. Pero si le hinca el diente sufriremos juntos, después de las nueces, una segunda marea de sal

adentrándose por el estuario y espesándonos la sangre hasta convertirla en un flujo salobre. Agua, debería beber más agua. Levanto las manos para buscar las sienas. Monstruosa injusticia este dolor antes de que mi vida haya empezado.

He oído argumentar que hace mucho tiempo se consideraba que el dolor generaba conciencia. Para evitar graves daños cualquier criatura necesita desarrollar los golpes y los agujones de un bucle subjetivo, de una experiencia vivida. No sólo una luz roja de aviso en la cabeza —¿quién hay ahí para verla?—, sino una picadura, un dolor, una punzada que *duele*. La adversidad nos impuso

conciencia, y funciona, nos lastima cuando nos acercamos demasiado al fuego, cuando amamos demasiado intensamente. Experimentar estas sensaciones es el comienzo de la invención del ego. Y si esto funciona, ¿por qué no va a darnos asco la mierda, por qué no va a asustarnos el borde de un precipicio, por qué no hemos de temer a los desconocidos, por qué no vamos a recordar insultos y favores, a disfrutar del sexo y de la comida? Dios dijo: Que haya dolor. Y hubo poesía. Al final.

Entonces, ¿de qué sirve un dolor de cabeza o de corazón? ¿De qué me está avisando o qué me dice que haga? No

permitas que tu tío y tu madre incestuosos envenenen a tu padre. No malgastes ocioso y cabeza abajo tus preciosos días. ¡Nace y actúa!

Ella se sienta en una silla de la cocina con un gemido de resaca, la melodía del malestar elegido. No hay muchas alternativas para la noche que sigue a una tarde de bebida. De hecho, sólo dos: remordimiento o beber más y un mayor remordimiento. Ha elegido la primera, pero todavía es pronto. El queso está en la mesa, ya olvidado. Claude viene hacia aquí desde donde vivirá mi madre, una millonaria que se habrá librado de mí. Claude cruzará Londres en taxi porque nunca ha aprendido a conducir.

Intento ver a Trudy tal como es, como debe de ser, una mujer de veintiocho años grávidamente madura, juvenilmente desplomada (insisto en el adverbio) al otro lado de la mesa, rubia y con trenzas como un guerrero sajón, tan hermosa que escapa al realismo, esbelta si no fuese por mí, casi desnuda, con los antebrazos rosados por el sol, haciéndose un hueco en la mesa de la cocina para apoyar los codos entre los platos con una costra de yema de huevo de hace un mes, los restos de tostada con azúcar sobre los que vomitan todos los días las moscas, los envases hediondos y las cucharas sucias, los líquidos reseco en los sobres de propaganda. Trato de verla y

de amarla como debo y luego imagino sus cargas: el granuja que ha tomado como amante, el santo que ha repudiado, el acto al que ha dado su conformidad, el querido niño que piensa entregar a unos extraños. ¿La amas todavía? Si no, no la has amado nunca. Pero sí la he amado. La amo.

Se acuerda del queso y extiende la mano para coger el utensilio más cercano y le da una buena puñalada. Se desprende un pedazo y lo tiene en la boca, una piedra seca que chupar mientras sopesa su estado. Pasan unos minutos. Su estado no es bueno, pienso, aunque después de todo no se le espesará la sangre porque la sal que está

engullendo la necesita para los ojos y las mejillas. Oír llorar a la madre desgarrar al hijo. Se enfrenta al mundo incontestable que se ha creado ella misma con todo lo que ha consentido, los nuevos deberes que necesito enumerar otra vez: matar a John Cairncross, vender la herencia, repartir el dinero, abandonar al niño. Debería ser yo el que llora. Pero los nonatos son estoicos ceñudos, budas sumergidos, inexpresivos. Aceptamos, a diferencia de nuestros congéneres menores, los bebés llorones, que las lágrimas forman parte de la naturaleza de las cosas. *Sunt lacrimae rerum*. El llanto infantil es un

dislate total. La cuestión es esperar. ¡Y pensar!

Trudy se ha recuperado para cuando oímos a su amante en la entrada, maldiciendo mientras remueve el basural con el calzado de cuero de una talla enorme que a ella le gusta que se ponga. (Claude tiene su propia llave. Es mi padre el que tiene que llamar al timbre.) Claude baja a la cocina del sótano. El crujido lo produce una bolsa de plástico que contiene comestibles o herramientas de muerte o ambas cosas.

Él advierte al instante que ella está alterada y dice:

—Has llorado.

No es tanto solicitud como una

constatación, o una orden. Ella se encoge de hombros y mira a otra parte. Él saca una botella de la bolsa y la deposita pesadamente donde ella pueda ver la etiqueta.

—Un Jean-Max Roger Sancerre Cuvée «Les Caillottes» de 2010. ¿Te acuerdas? Didier Dagueneau, el dueño del viñedo de al lado, murió en un accidente aéreo.

Habla de la muerte de padres.

—Me gustará si es blanco y está frío.

Lo ha olvidado. El restaurante donde el camarero tardaba en encender la vela. A ella le encantó entonces, y a mí más aún. Ahora el descorche, el tintineo de las copas —espero que estén limpias—, y

Claude ya está sirviendo. No puedo decir que no.

—¡Salud! —Ha suavizado rápidamente el tono.

Él le sirve de nuevo y luego dice:

—Dime por qué ha sido.

Cuando ella empieza a hablar se le contrae la garganta.

—Estaba pensando en nuestro gato. Yo tenía quince años. Se llamaba Hector, era un cielo, la mascota de la familia, dos años mayor que yo. Negro, con calcetines y un babero blancos. Un día volví a casa de la escuela de un humor de perros. Él estaba encima de la mesa de la cocina, donde se suponía que no debía estar. Buscaba comida. Le solté un

porrazo que lo hizo volar por el aire. Sus viejos huesos crujieron al aterrizar. A partir de entonces desapareció durante días. Pusimos letreros en árboles y farolas. Alguien lo encontró tendido junto a un muro, sobre un montículo de hojas adonde se había arrastrado para morir. Pobre, pobre Hector, tieso como un palo. Nunca lo dije, nunca me atreví, pero sé que lo maté yo.

No es entonces por su malvada empresa, ni por la inocencia perdida, ni por el niño que piensa abandonar. Empieza a llorar de nuevo, más fuerte que antes.

—Le había llegado la hora —dice

Claude—. No puedes saber si lo mataste tú.

Ahora ella solloza.

—Sí, lo sé, ¡fui yo! ¡Oh, Dios!

Lo sé, lo sé. ¿Dónde he oído esto?

Mata a su madre pero no puede ponerse pantalones grises. Pero seamos generosos. Una mujer joven, con la barriga y los pechos hinchados a reventar, en perspectiva un dolor prescrito por Dios, leche y mierda a continuación y una caminata insomne por una tierra recién descubierta de tareas ingratas donde un amor brutal le robará la vida; y el espectro de un gato viejo que la acecha suavemente con sus

calcetines, exigiendo venganza por haberle privado de la suya.

Aun así. La mujer que fríamente está planeando..., que llora por... Omitamos los detalles.

—Los gatos pueden ser un puñetero fastidio —dice Claude con aire servicial—. Se afilan las uñas en los muebles. Pero.

No tiene nada antitético que añadir. Esperamos a que Trudy se harte de llorar. Después llega el momento de volverle a llenar la copa. ¿Por qué no? Un par de tragos, una pausa neutralizadora, luego él mete de nuevo la mano en la bolsa y saca otra añada.

Un sonido más tenue cuando la deposita.
La botella es de plástico.

Esta vez Trudy lee la etiqueta, pero no en voz alta.

—¿En verano?

—El anticongelante contiene etilenglicol, una sustancia bastante buena. Una vez la usé con el perro de un vecino, un pastor alemán enorme que me tenía enloquecido con sus ladridos noche y día. A lo que iba. Incoloro, inodoro, un sabor agradable, tirando a dulce, lo más apropiado para añadirlo a un *smoothie*. Hum. Destroza los riñones, un dolor atroz. Unos diminutos cristales afilados cercenan las células. Trastabillará y farfullará como un

borracho, pero sin oler a alcohol. Náuseas, vómitos, hiperventilación, convulsiones, infarto, coma, insuficiencia renal. Y fin. Tarda un rato, siempre que no se mezclen cosas con el tratamiento.

—¿Deja rastro?

—Todo deja rastro. Tienes que considerar las ventajas. Es fácil de conseguir, incluso en verano. También sirve un limpiador de alfombras, pero no sabe tan bien. Da gusto administrarlo. Baja de maravilla. Lo único que tenemos que hacer es desvincularte del momento en que lo tome.

—¿Yo? ¿Y tú?

—No te preocupes. Yo estaré

desvinculado.

 Mi madre no se refería a esto, pero lo pasa por alto.

6

Trudy y yo nos estamos emborrachando otra vez y nos encontramos mejor, mientras que Claude, que ha empezado más tarde y tiene una mayor masa corporal, lleva unos tragos de retraso. Ella y yo compartimos dos copas del Sancerre, él se bebe el resto y vuelve a su bolsa de plástico en busca de un borgoña. La botella gris de plástico que contiene glicol está junto a la vacía, centinela de nuestro festejo. O *memento mori*.

Después de un blanco penetrante, un pinot noir es una balsámica mano materna. ¡Ah, vivir mientras existe una uva así! Una floración, un buqué de paz y razón. Como parece que nadie quiere leer la etiqueta me veo obligado a hacer una conjetura y aventurar un Échézeaux Grand Cru. Si me pusiesen el pene de Claude o, menos estresante, una pistola contra la cabeza para que dijese el nombre de la bodega aventuraría la Romanée-Conti, sólo por el casis aromático y la grosella negra. El toque a violetas y los delicados taninos sugieren aquel verano indolente y benévolo de 2005, respetado por las olas de calor, aunque un cercano y provocador aroma

a moca, más cercano aún, a plátano de piel negra, evoca la bodega de Jean Grivot en 2009. Pero nunca lo sabré. A medida que el inquietante conjunto de sabores, formado en la cúspide de la civilización, se abre camino dentro de mí, yo me pongo meditabundo en medio del horror.

Empiezo a sospechar que mi impotencia no es transitoria. Concédeme todos los medios que el cuerpo humano puede soportar, devuélveme mi joven yopantera, de músculos esculpidos y larga mirada fría, y dirígelo hacia la medida más extrema: matar a su tío para salvar a su padre. Ponle un arma en la mano, una llave inglesa, una pierna de

cordero congelada, colócale detrás de la silla de su tío, desde donde vea el anticongelante y se sienta vivamente espoleado. Pregúntate: ¿podría él — podría yo— hacerlo, machacar ese velludo bulto óseo y desparramar su contenido gris sobre la suciedad de la mesa? ¿Y asesinar después a su madre, por ser el único testigo, y deshacerse de los dos cadáveres en la cocina del sótano, una tarea realizada sólo en sueños? ¿Y, más tarde, limpiar esa cocina: otra tarea imposible? Añádele la perspectiva de la cárcel, del tedio enloquecedor y la infernal compañía de otra gente, y no la mejor. Tu compañero de celda, aún más fuerte que tú, quiere

ver la televisión todos los días durante treinta años. ¿Vas a contrariarle? Entonces mira cómo mete unas piedras en la funda amarillenta de la almohada y gira lentamente la mirada hacia ti, hacia tu propio bulto óseo.

O presupón lo peor, que el acto ha sido consumado: un cristal del veneno abrasa las últimas células del riñón de mi padre. Ha vomitado en su regazo el corazón y los pulmones. Agonía, después coma y después muerte. ¿Y si me vengara? Mi avatar se encoge de hombros y coge su abrigo, murmurando mientras sale que la venganza por razón de honor no tiene cabida en la polis moderna. Dejémosle hablar a él.

«Tomarte la justicia por tu mano es algo obsoleto, propio de ancianos albaneses enemistados y de subsecciones del islam tribal. La venganza ha muerto. Hobbes tenía razón, joven amigo. El Estado debe poseer el monopolio de la violencia, un poder público que nos mantiene intimidados a todos.»

«Entonces, amable avatar, telefona al Leviatán ahora mismo, llama a la policía, diles que investiguen.»

«¿Qué, exactamente? El humor negro de Claude y Trudy?»

El policía: «¿Y ese glicol de la mesa, señora?»

«Nos lo recomendó un fontanero,

agente, para que no se nos congelen en invierno los viejos radiadores.»

«Entonces, mi querido y mejor yo futuro, ve tú mismo a Shoreditch, avisa a mi padre, dile todo lo que sabes.»

«¿Que la mujer a la que ama y venera planea asesinarle? ¿Cómo he obtenido semejante información? ¿He tenido acceso a conversaciones íntimas, estaba debajo de la cama?»

Así habla la forma ideal de un ser poderoso y competente. ¿Qué posibilidades tengo entonces yo, un ciego y mudo cabeza abajo, un casi niño que todavía vive en casa, sujeto a la asesina en potencia por el cordón de sangre arterial y venosa?

Pero ¡chsss! Los conspiradores están hablando.

—No está mal que se empeñe en mudarse aquí —dice Claude—. Finge que te resistes y luego déjale que venga.

—Ah, sí —dice ella, fría y satírica—. Y le doy un *smoothie* de bienvenida.

—No he dicho eso. Pero.

Pero yo creo que casi lo ha dicho.

Hacen una pausa para pensar. Mi madre coge su copa de vino. Su epiglotis sube y baja pegajosa mientras bebe y el líquido desciende a raudales por sus cauces naturales, pasando — como pasan muchos cerca de las plantas de mis pies, girando hacia dentro y

encaminándose hacia mí. ¿Cómo no voy a quererla?

Deja la copa y dice:

—No podemos dejar que muera aquí.

Con qué soltura habla de la muerte de mi padre.

—Tienes razón. Es mejor en Shoreditch. Podrías visitarle.

—¡Y llevarle una botella de un reserva de anticongelante en recuerdo de los viejos tiempos!

—Le llevas un pícnic. Salmón ahumado, una ensalada con mayonesa, galletas de chocolate. Y... la cosa.

—¡Arggg! —Es difícil transcribir el sonido del explosivo escepticismo de mi madre—. Le dejo plantado, le echo de su

casa, me busco un amante. ¡Y luego le llevo un pícnic!

Hasta yo percibo el resentimiento de mi tío por el «me busco un amante», como si él fuera uno de muchos sin nombre, de muchos que aún no han llegado. Y es el «me busco», es el «un». Pobre tipo. Sólo intenta ayudar. Está sentado en una cocina sofocante enfrente de una joven hermosa con trenzas doradas, en sujetador de bikini y pantaloncito corto, y ella es una fruta turgente y preciosa, un premio que él no soportaría perder.

—No —dice Claude, con cuidado. La ofensa a su amor propio eleva su tono de voz—. Es una reconciliación. Le estás

desagraviando. Pidiéndole que vuelva. Que estéis juntos. Una especie de ofrecimiento de paz, un momento para celebrar, para extender los manteles. ¡Para estar felices!

Le recompensa el silencio de Trudy, que está pensando. Igual que yo. La misma pregunta de siempre. ¿Es así de estúpido Claude en realidad?

Alentado, añade:

—Una posibilidad es una macedonia de frutas.

Hay poesía en su insipidez, una forma de nihilismo que infunde vida al lugar común. O a la inversa, la normalidad que desarma la idea más vil. Sólo él

podría superar eso, y lo hace al cabo de cinco segundos de reflexión.

—El helado queda descartado.

Puro sentido común. Vale la pena decirlo. ¿Quién iba a hacer helado con anticongelante?

Trudy suspira. Dice, en un susurro:

—¿Sabes, Claude? Hubo un tiempo en que le amaba.

¿Él la ve como yo me la imagino? Se le están empañando los ojos verdes y, una vez más, una primera lágrima le resbala por la mejilla. Tiene la piel rosada y húmeda, unos cabellos finos se han liberado de las trenzas y las luces del techo los convierten en filamentos brillantes.

—Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos. Es decir, nos conocimos demasiado pronto. En una pista de atletismo. Él lanzaba la jabalina para su club y batió un récord local. Se me aflojaban las piernas cuando le veía correr con aquella lanza. Como un dios griego. Una semana después me llevó a Dubrovnik. Ni siquiera teníamos balcón. Dicen que es una ciudad preciosa.

Oigo el intranquilo crujido de una silla de cocina. Claude ve las bandejas del servicio de habitaciones amontonadas frente a la puerta, las empalagosas sábanas revueltas del dormitorio, ve a la chica de diecinueve años casi desnuda ante un tocador de

contrachapado pintado, su espalda perfecta, una toalla de hotel, gastada por los lavados, alrededor de su regazo, una señal de adiós a la decencia. John Cairncross queda excluido de la escena por los celos, mojigatadamente fuera de foco, pero enorme, y también desnudo.

Sin hacer caso del silencio de su amante, Trudy se apresura a alzar la voz antes de que la acalle del todo el nudo de la garganta.

—Buscando un bebé todos estos años. Y justo cuando, cuando...

¡Justo cuando! ¡Qué inútil baratija adverbial! Cuando se cansó de mi padre y su poesía yo ya estaba demasiado bien instalado para que me desalojaran.

Ahora llora por John del mismo modo que lloraba por el gato Hector. Quizá el carácter de mi madre no le permita un segundo crimen.

—Hum —dice Claude al fin, ofreciendo su migaja de consuelo—. De nada sirve llorar sobre la leche derramada.

Leche, repulsiva para el nonato que se alimenta de sangre, sobre todo después del vino, pero es mi futuro, a fin de cuentas.

Claude aguarda pacientemente para expresar su idea del pícnic. No es una ayuda que lloren por su rival. O quizá le concentra el pensamiento. Sus dedos tamborilean ligeramente sobre la mesa, una de sus costumbres. Cuando se pone

de pie revuelve las llaves de su casa en el bolsillo del pantalón o carraspea infructuosamente. Estos gestos vacuos, inconscientes, son siniestros. Hay un tufillo de azufre en Claude. Pero por ahora vamos a una, porque yo también estoy aguardando, aquejado de una enfermiza fascinación por conocer su plan, como quien espera el desenlace de una obra de teatro. Difícilmente puede exponerlo mientras ella llora.

Un minuto después ella se suena la nariz y dice, con la voz ronca:

–De todas formas, ahora le odio.

–Te hizo muy infeliz.

Ella asiente y se suena de nuevo. Ahora escuchamos mientras él presenta

su folleto verbal. Su discurso es el de un evangelista que va por las casas y conduce a Trudy hacia una vida mejor. Es esencial, nos dice Claude, que mi madre y yo vayamos al menos una vez a Shoreditch antes de la última y fatídica llamada. Inútil ocultar a los forenses que ella fue a verle un día. Conveniente demostrar que ella y John se habían reconciliado.

Dice que debe parecer un suicidio, como si Cairncross se hubiese preparado un cóctel para endulzar el sabor del veneno. Por consiguiente, en su última visita Trudy dejará allí, vacías, las botellas originales de glicol y el *smoothie* comprado en una tienda.

No debe haber ningún rastro de sus huellas digitales en los dos envases. Tendrá que encerarse las yemas de los dedos. Él tiene la sustancia adecuada. Y es puñeteramente buena. Antes de abandonar el piso de John, Trudy guardará los restos del pícnic dentro de la nevera. Tampoco tiene que haber huellas en las fiambreras o en los envoltorios. Deberá parecer que él comió solo. Como beneficiaria de su testamento, investigarán a la viuda, sospecharán una conspiración. Por tanto, habrá que eliminar todas las huellas de Claude, en especial las del dormitorio y las del cuarto de baño, habrá que erradicarlas, limpiarlas hasta

extinguirlas, hasta el último pelo y escama de piel. Y –intuyo que ella piensa– cada cola ya inmóvil, cada cabeza aquietada de hasta el último espermatozoide. Eso puede llevar tiempo.

Claude prosigue. No hay que ocultar las llamadas que ella le ha hecho. La compañía telefónica conservará un registro.

–Pero recuerda. Yo soy sólo un amigo.

Le cuesta decir estas últimas palabras, en especial cuando mi madre las recita como si fueran el catecismo. Estoy empezando a comprender que las

palabras pueden revestir de verdad a las cosas.

–Tú eres sólo mi amigo.

–Sí. Venía a verte de vez en cuando. Para charlar. Tu cuñado, que te echa un cable. Nada más.

Ha expuesto su relato de un modo neutro, como si se ganara la vida asesinando a diario a hermanos y maridos, como si su oficio fuera el de honrado carnicero de la calle mayor cuyo mandil ensangrentado se mezcla con las sábanas y las toallas de la colada familiar.

–Pero escucha –empieza a decir Trudy, y Claude la corta en seco para decir algo que acaba de recordar.

—¿Lo has visto? Hay una casa en nuestra calle, en la misma mano, con la misma superficie, en idéntico estado. ¡En venta por *ocho* millones!

Mi madre lo asimila en silencio. Es el «nuestra» lo que capta su atención.

Eso es. Hemos ganado otro millón no asesinando antes a mi padre. Qué cierto es lo de que nosotros mismos forjamos nuestra suerte. Pero. (Como diría Claude.) Todavía no sé mucho de homicidios. Aun así, su plan es más panadero que carnicero. Está a medio cocer. La ausencia de huellas en la botella de glicol despertará sospechas. Cuando mi padre empiece a sentirse mal, ¿qué le impide llamar a urgencias?

Le harán un lavado de estómago. Se repondrá. ¿Y después qué?

—Me da igual el precio de las casas — dice Trudy—. Eso es para más adelante. La cuestión más importante es la siguiente: ¿qué riesgo corres tú, a qué te expones cuando quieras una parte del dinero? Si algo sale mal y me descubren, ¿dónde estarás tú cuando haya borrado todo tu rastro de mi dormitorio?

Su franqueza me sorprende. Y experimento no exactamente alegría, sino la expectación de la misma, un frío desenroscarse de mis tripas. Una disputa entre malhechores, el complot ya inútil fracasado, mi padre salvado.

–Trudy, yo estaré contigo a cada paso.

–Estarás a salvo en tu casa. Las coartadas ya listas. Un desmentido perfecto.

Ella lo ha estado pensando. Sin que yo lo sepa. Es una tigresa.

–La cosa es... –dice Claude.

–Lo que yo quiero –dice mi madre, con una vehemencia que endurece las paredes de mi encierros que te implique en esto, y plenamente. Si yo fallo, tú fallas. Si yo...

El timbre suena una, dos, tres veces, y nos deja helados. Nadie, que yo recuerde, ha llamado nunca tan tarde a la puerta. El plan de Claude es tan inútil que ya ha fracasado, porque la policía

está aquí. Nadie más llama a un timbre con tan terca insistencia. Han instalado hace mucho micrófonos en la cocina, lo han oído todo. Trudy se saldrá con la suya: nos trincarán a los tres. *Bebés entre barrotes* era un documental radiofónico demasiado largo que yo oí una tarde. A unas asesinas condenadas en los Estados Unidos se les autorizó a dar el pecho a sus hijos en las celdas. Se presentaba el hecho como un avance progresista. Pero recuerdo que pensé: Estos rorros no han hecho nada malo. ¡Pónganlos en libertad! Ah, bueno. Sólo en los Estados Unidos.

—Voy yo.

Claude se levanta y cruza la

habitación hasta el videoportero de la pared, junto a la puerta de la cocina. Mira la pantalla.

–Es tu marido –dice, débilmente.

–Dios mío. –Mi madre cavila unos segundos–. No sirve de nada fingir que no estoy. Más vale que te escondas en algún sitio. En el lavadero. Él nunca...

–Viene con alguien. Una mujer. Una mujer joven. Bastante guapa, diría.

Otro silencio. El timbre vuelve a sonar. Más tiempo que antes.

La voz de mi madre es serena, aunque forzada.

–Pues ve a abrirles. Pero, Claude, cariño. Haz el favor de esconder esa botella de glicol.

Algunos artistas del grabado o de la pintura florecen, como los futuros bebés, en espacios reducidos. Sus restringidos temas pueden confundir o decepcionar. El cortejo entre aristócratas del siglo XVIII, la vida en el mar, conejos que hablan, liebres esculpidas, óleos de personas obesas, retratos de perros, de caballos, de aristócratas, desnudos yacentes, millones de natividades, de crucifixiones, de asunciones, fruteros, jarrones de flores. Y pan y queso

holandeses con o sin un cuchillo al lado. Algunos escriben simplemente de sí mismos. También en la ciencia hay quien dedica su vida a un caracol albanés y quien a un virus. Darwin consagró ocho años a los percebes. Y en la madurez, a las lombrices. Miles de científicos estudiaron durante toda su vida el bosón de Higgs, una cosa diminuta, quizá ni siquiera una cosa. Estar encerrado en una cáscara de nuez, ver el mundo en cinco centímetros de marfil, en un grano de arena. ¿Por qué no, si toda la literatura, todo el arte, todo el esfuerzo humano, no es más que una mota en el universo de las cosas posibles? E incluso este universo puede ser una mota

en una multitud de universos reales y posibles.

Entonces, ¿por qué no ser un poeta de búhos?

Los conozco por sus pasos. Primero baja Claude por la escalera abierta que lleva a la cocina, después mi padre, seguido por su nueva amiga que ha fichado, con tacones altos, botas, quizá, no es lo ideal para ir de caza por hábitats forestales. Por asociación nocturna la visto con pantalón vaquero y una chaqueta ajustada de cuero negro y la imagino joven, pálida, bonita, independiente. Mi placenta, como antenas de radio bifurcadas, bien sintonizadas, recibe señales de que mi

madre la detesta al instante. Pensamientos irracionales trastornan el pulso de Trudy, un nuevo y agorero son de tambor, que se eleva como desde un lejano poblado de la selva, habla de posesión, rabia, celos. Podría haber problemas.

Me siento obligado por mi padre a defender a nuestra visitante: su tema no es tan limitado, los búhos son más grandes que los bosones o los percebes, con doscientas especies y una amplia resonancia folclórica. La mayoría son de mal agüero. A diferencia de Trudy, con sus certidumbres viscerales, a mí me asaltan dudas. O bien mi padre, que no es un incauto ni un santo, ha venido a

presentar a su amante, a poner a mi madre en su sitio (que está en el pasado) y a mostrar indiferencia por la infamia de su hermano. O bien es incluso más incauto y más santo, y aparece castamente acompañado por una de sus autoras a modo de escudo de protección social, con la esperanza de gozar de la presencia de Trudy todo el tiempo que ella le tolere. O hay algo detrás de estas dos cosas, algo demasiado opaco para poder determinarlo. Lo más sencillo, al menos por el momento, es seguir el ejemplo de mi madre y dar por sentado que esa amiga es la amante de mi padre.

Ningún niño, y mucho menos un feto, ha dominado el arte de la cháchara, ni

querría. Es un recurso de adultos, un pacto con la falsedad y el tedio. En este caso sobre todo lo primero. Tras un tentativo chirrido de sillas, la invitación a un vino, el descorche de una botella, un comentario de Claude sobre el calor que hace obtiene de mi padre un murmullo neutro de asentimiento. Una intermitente conversación entre los hermanos proyecta la mentira de que nuestros visitantes pasaban por allí. Trudy guarda silencio, incluso cuando la poeta es presentada como Elodie. Nadie comenta la elegante geometría social de un matrimonio y sus amantes respectivos alzando una copa en torno a una mesa,

un *tableau vivant* de la frágil vida moderna.

A mi padre no parece extrañarle encontrar a su hermano en su cocina, descorchando el vino, actuando de anfitrión. John Cairncross, por ende, nunca ha sido el ingenuo, el cornudo que no sabe. Mi subestimado padre da un sorbo suave de vino y pregunta a Trudy qué tal se encuentra. No demasiado cansada, espera. Lo cual puede ser o no ser una afable indirecta, una alusión sexual. Ha desaparecido el tono quejumbroso de John. Lo han reemplazado la distancia o la ironía. Sólo el deseo satisfecho podría haberle liberado. Trudy y Claude deben de

preguntarse qué hace allí su víctima, aquí, qué quiere, pero no sería correcto preguntárselo.

Claude, en cambio, le pregunta a Elodie si vive cerca. No, no vive cerca. Vive en Devon, en un estudio, en una granja cercana a un río, con lo cual quizá esté notificando a Trudy que en Londres pasa las noches entre las sábanas de John en Shoreditch. Está reivindicando un derecho. Me gusta el sonido de su voz, la aproximación humana, yo diría, al oboe, ligeramente rajado, que grazna las vocales. Y hacia el final de sus frases emite un gargarismo, un gruñido que los lingüistas norteamericanos han

denominado *vocal fry*. Se está extendiendo por el mundo occidental, se habla mucho al respecto en la radio, se ignora su etiología y significa, piensan, sofisticación, practicada principalmente por mujeres jóvenes e instruidas. Un enigma agradable. Con una voz así podría hacer frente a mi madre.

Nada en la conducta de mi padre indica que esta misma tarde su hermano le ha ofrecido cinco mil libras en metálico. Ninguna gratitud, el mismo menosprecio fraterno de siempre. Esto debe de azuzar el antiguo odio de Claude. Y en mí, algo más hipotético, un rencor *en potencia*. Si bien considero a mi padre un insensato perdidamente

enamorado, siempre he presupuesto que si la relación con Claude se vuelve intolerable y si no consigo unir a mis padres, podría vivir con mi padre, al menos durante un tiempo. Hasta que pueda valerme por mí mismo. Pero no creo que esta poeta se hiciese cargo de mí: unos vaqueros negros ajustados y una chaqueta de cuero no son un atuendo maternal. Forman parte de su atractivo. Para mi mentalidad estrecha, mi padre estaría mejor soltero. Una belleza pálida y el aplomo de una voz de pato no son mis aliados. Pero puede que no haya nada entre ellos, y ella me gusta.

Claude acaba de decir: «¿Un estudio? ¿En una granja? Qué maravilla.» Elodie

está describiendo con su gruñido urbanita una cabaña con tejado a dos aguas a la orilla de un río oscuro y de curso rápido que espumea alrededor de peñascos de granito, con una pasarela precaria en la otra ribera, un soto de hayas y abedules, un claro luminoso tapizado de anémonas y celidonias, campanillas y euforbias.

—Perfecto para una poeta de la naturaleza —dice Claude.

Tan trillado y soso es el comentario que Elodie titubea. Claude insiste.

—¿A cuánto está de Londres todo eso?

Por «todo eso» se refiere al río innecesario y a las rocas, los árboles y

las flores. Desarbolada, ella apenas
acierta a glotalizar las palabras.

—A unos trescientos kilómetros.

Ha adivinado que él le preguntará por
la estación de tren más próxima y cuánto
dura el trayecto, información que
olvidará enseguida. Pero él pregunta,
ella responde y nosotros tres
escuchamos, sin asombro y sin un ligero
aburrimiento. Los tres, cada uno desde
su diferente punto de vista, estamos
pendientes de lo que no se dice. Los
amantes, si es que Elodie lo es, las dos
partes ajenas al matrimonio, son la
doble carga que dinamitará este hogar. Y
a mí me lanzará por el aire, hacia el
infierno, hacia mi decimotercer piso.

Con un tono amable de rescate, John Cairncross declara que le gusta este vino, un mensaje para que Claude vuelva a llenar las copas. Mientras lo hace se instaura un silencio. Yo evoco una cuerda de piano tensada que aguarda el súbito macillo de fieltro. Trudy está a punto de hablar. Lo sé por el tropezón sincopado de sus latidos, justo antes de su primera palabra.

—Esos búhos. ¿Son reales o, digamos, simbolizan algo?

—Oh, no —se apresura a decir Elodie—. Son auténticos. Me inspiro en la vida. Pero el lector, ya se sabe, *importa* los símbolos, las asociaciones. No puedo evitarlos. Así funciona la poesía.

–A los búhos siempre los veo sabios
–dice Claude.

La poeta hace una pausa, sondeando el aire en busca de sarcasmos. Le está tomando la medida a Claude y dice, plácidamente:

–Pues qué quiere que le diga. No puedo cambiar eso.

–Los búhos son maléficos –dice Trudy.

Elodie:

–Como los petirrojos. Como la naturaleza.

Trudy:

–Son incomedibles, al parecer.

Elodie:

–Y el mochuelo acollarado es

venenoso.

Trudy:

–Sí, ese mochuelo puede matarte.

Elodie:

–No creo. Sólo te enferma.

Trudy:

–Quiero decir si te clava las zarpas en la cara.

Elodie:

–Eso nunca sucede. Es demasiado tímido.

Trudy:

–No si le provocan.

La conversación es relajada, el tono intrascendente. Charla trivial o un intercambio de amenazas e insultos: me falta la experiencia social para saberlo.

Si yo estoy borracho Trudy también tiene que estarlo, pero en ella no hay indicios. Aborrecer a Elodie, ahora considerada una rival, puede ser un elixir de sobriedad.

John Cairncross parece contento de ceder su mujer a Claude Cairncross. Esto fortalece a mi madre, que piensa que lo de descartar o ceder es *ella* quien lo decide. Puede privar a mi padre de Elodie. Puede privarle de la vida. Pero tal vez me equivoque. Mi padre recitando en la biblioteca, según parece apreciando cada segundo en presencia de mi madre, y luego le permite que le eche a la calle. (*Vete.*) No me fío de mi juicio. Nada encaja.

Pero ahora no es el momento de pensar. Él está de pie, se cierne sobre nosotros con la copa en la mano, balanceándose apenas, se dispone a pronunciar un discurso. Todo el mundo calla.

—Trudy, Claude, Elodie, podría ser breve, podría no serlo. ¿Qué más da? Quiero decir lo siguiente. Cuando el amor muere y un matrimonio está en ruinas, la primera víctima es la memoria honesta, el recuerdo amable e imparcial del pasado. Demasiado inoportuno, demasiado perjudicial para el presente. Es el espectro de la antigua felicidad en el festín de la desolación y el fracaso. Así que contra el viento de cara del

olvido quiero colocar mi pequeña vela de verdad y ver hasta dónde proyecta su luz. Hace casi diez años, en la costa dálmata, en un hotel barato sin vistas al Adriático, en una habitación una octava parte de ésta, en una cama que no llegaba a los noventa centímetros de ancho, Trudy y yo nos revolcamos de amor, nos perdimos en el éxtasis y la confianza, el júbilo y la paz sin horizonte, sin tiempo, más allá de las palabras. Dimos la espalda al mundo para inventar y construir el nuestro. Nos excitamos uno a otro con una violencia fingida, y también nos mimamos y nos arrullamos, nos pusimos apodos, empleamos un lenguaje privado.

Habíamos superado el pudor. Dimos y recibimos y nos permitimos todo. Éramos heroicos. Creíamos que estábamos en una cumbre que nadie más había escalado, ni en la vida ni en toda la poesía. Nuestro amor era tan bello y grandioso que nos parecía un principio universal. Era un sistema ético, un medio tan fundamental de relacionarnos con los demás que el mundo, por alguna razón, lo había obviado. Revivíamos cuando acostados cara a cara en la estrecha cama nos hablábamos mirándonos al fondo de los ojos. Ella me tomaba de las manos y por primera vez en mi vida yo no me avergonzaba de ellas cuando me las besaba. Nuestras

familias, que nos describimos mutuamente con detalle, por fin poseían un sentido. Las amábamos con urgencia, a pesar de todas las dificultades del pasado. Y lo mismo hacíamos con nuestros mejores amigos, los más importantes. Pudimos redimir a todos nuestros conocidos. Nuestro amor beneficiaba al mundo. Trudy y yo nunca habíamos hablado ni escuchado con mayor atención. Hacer el amor era una extensión de nuestras conversaciones, y éstas lo eran de hacer el amor.

»Cuando terminó aquella semana y regresamos y nos instalamos juntos aquí en mi casa, el amor continuó, durante meses que se convirtieron en años.

Parecía que nada podría interponerse. Así que, antes de seguir adelante, alzo mi copa por aquel amor. Por que nunca lo neguemos, lo olvidemos, lo tergiversemos o lo rechazemos como un espejismo. Por nuestro amor. Sucedió. Fue verdad.

Oigo un arrastrar de pies y un murmullo de conformidad reticente y, más cerca, oigo a mi madre tragar saliva antes de fingir que brinda. Creo que está ofendida por lo de «mi casa».

—Ahora —continúa mi padre, bajando la voz, como si entrara en una funeraria— aquel amor ha seguido su curso. Nunca se degradó a mera rutina o a protección para la vejez. Murió rápida,

trágicamente, como debe hacer un amor de gran voltaje. Ha caído el telón. Se ha acabado, y me alegro. Trudy se alegra. Todos los que nos conocen se alegran y sienten alivio. Confiábamos el uno en el otro y ahora no. Nos amábamos y ahora yo la detesto tanto como ella a mí. Trudy, cariño, apenas soporto verte. Ha habido veces en que te habría estrangulado. He tenido sueños, sueños felices, en los que me veo apretando los pulgares contra tus arterias carótidas. Sé que sientes lo mismo por mí. Pero no es un motivo de lamentación. Al contrario, alegrémonos. Son sólo los sentimientos oscuros que necesitamos para liberarnos, para renacer a una nueva

vida y un nuevo amor. Elodie y yo hemos encontrado ese amor y estamos ligados para el resto de nuestra vida.

–Espera –dice Elodie. Creo que teme el gusto de mi padre por la indiscreción. Pero él no la deja interrumpirle.

–Trudy y Claude, estoy contento por vosotros. Os habéis unido en el momento perfecto. Nadie negará que os merecéis mutuamente.

Esto es una maldición, aunque mi padre parece impenetrablemente sincero. Estar atada a un hombre como Claude, tan insulso pero tan vigoroso sexualmente, es un destino complejo. Su hermano lo sabe. Pero silencio, que sigue hablando.

–Hay disposiciones que tomar. Habrá discusiones y estrés. Pero el plan general es sencillo, y en esto hemos tenido suerte. Claude, tú tienes tu sitio grande y bonito en Primrose Hill, y tú, Trudy, puedes mudarte allí. Mañana traeré aquí algunas pertenencias que me llevé. En cuanto te hayas ido y los decoradores hayan terminado su trabajo, Elodie se instalará aquí conmigo. Propongo que no nos veamos durante un año o así, y que luego lo repensemos. El divorcio debería ser simple. Lo importante es recordar en todo momento que debemos ser racionales y cívicos, y la suerte que hemos tenido por haber vuelto a encontrar el amor. ¿De

acuerdo? Bien. No, no, no os levantéis. Conocemos la salida. Trudy, si estás aquí mañana te veré alrededor de las diez. No me quedaré mucho tiempo; tengo que ir directamente a St. Albans. Y, a propósito, he encontrado mi llave.

Se oye el sonido de una silla cuando Elodie se levanta.

—Espera, ¿puedo decir algo ahora?

—Mi padre es cordial y firme.

—No es ni remotamente oportuno.

—Pero...

—Venga, tenemos que irnos. Gracias por el vino.

Un momento de carraspeos y luego sus pasos cruzan la cocina y suben la escalera.

Mi madre y su amante permanecen sentados en silencio mientras les oímos irse. Oímos que la puerta de la calle se cierra arriba con un sonido de puntuación definitivo. Un punto y aparte. Trudy y Claude están atónitos. Yo estoy agitadísimo. ¿Qué era yo en la perorata de mi padre? Un muerto. De cabeza en un túmulo dentro de la barriga de su odiada ex mujer. Ni una alusión, ni en un aparte, ni siquiera algo descartado como una irrelevancia. Tiene que transcurrir un año «o así» hasta que mi salvador me vea. Ha rendido homenaje a un recuerdo sincero y se ha olvidado de mí. En su carrera hacia su renacimiento ha desechado el mío. Padres e hijos. Oí

algo una vez que no olvidaré. *¿Qué les une en la naturaleza? Un instante de ardor ciego.*

Elucubremos. Se mudó a Shoreditch para probar un lugar de encuentro con Elodie. Abandonó Terrace para que Claude pudiera instalarse aquí y tener un buen motivo para echar a Trudy. Las visitas inquietas, la poesía seria, hasta la llave perdida eran tretas, la estaba incitando a sentirse más segura con Claude, los estaba juntando.

Claude sirve más vino. En estas circunstancias es un consuelo que busque con necia precisión su pensamiento más huero.

—Figúrate.

Trudy no dice nada durante medio minuto. Cuando por fin habla sus palabras son pastosas pero su resolución es clara.

—Lo quiero muerto. Y tiene que ser mañana.

Fuera de estas paredes cálidas y vivas, una historia glacial fluye hacia su horrendo desenlace. Las nubes de mediados de verano son densas, no hay luna ni la más leve brisa. Pero mi madre y mi tío están provocando una tormenta invernal. Descorchan otra botella y luego, demasiado pronto, otra más. Soy arrastrado por la corriente de la borrachera, mis sentidos emborronan sus palabras pero capto en ellas la forma de mi perdición. Figuras de sombra sobre

una pantalla sanguinolenta debaten con su destino una lucha desesperada. Las voces se alzan y caen. Cuando no acusan o atacan, conspiran. Lo que dicen gravita en el aire, como un esmog pequinés.

Esto acabará mal y la casa también nota la ruina. En pleno verano, el vendaval de febrero gira y rompe los carámbanos que cuelgan de los canalones, bate los ladrillos romos de los remates de los aguilones, arranca las pizarras —esas pizarras en blanco— de los tejados voladizos. Este frío introduce sus dedos por la masilla podrida de los cristales sucios, irrumpe por los desagües de la cocina. Tirito

aquí dentro. Pero esto no tendrá fin, el mal será interminable hasta que terminar mal parezca una bendición. Nada se olvidará, nada será eliminado. Una sustancia hedionda persiste en recodos invisibles a los que no puede acceder el fontanero, flota en los roperos donde Trudy guarda los abrigos de invierno. Este hedor tan sólido nutre a los ratones tímidos por detrás de los zócalos y los engorda tanto que los convierte en ratas. Los oímos roer y oímos sus maldiciones levantiscas, pero nadie se extraña. A intervalos, mi madre y yo nos retiramos para que ella se acuclille y gimie y me copiosamente. Siento que su vejiga se contrae contra mi cráneo y noto alivio.

De vuelta a la mesa, más intrigas y largas arengas. Era mi tío el que maldecía, no las ratas. La que roía era mi madre comiendo los frutos secos salados. Ella come incesantemente por mí.

Aquí dentro sueño con mis derechos: seguridad, paz ingrávida, indolencia, ningún delito ni culpa. Estoy pensando en lo que mi reclusión debería haberme dado. Me acosan dos ideas opuestas. Las oí en un podcast que mi madre dejó encendido mientras hablaba por teléfono. Estábamos en el sofá de la biblioteca de mi padre, otro mediodía sofocante, con las ventanas abiertas de par en par. El aburrimiento, decía el tal

Monsieur Barthes, no dista mucho de la dicha; uno considera el tedio desde las orillas del placer. Exactamente. La condición del feto moderno. Pensémoslo: no debe hacer nada más que ser y crecer, y el crecimiento apenas es un acto consciente. La alegría de la pura existencia, el tedio de los días iguales unos a otros. La felicidad prolongada es el auténtico aburrimiento existencial. Este confinamiento no debería ser una prisión. Aquí dentro se me deben el privilegio y el lujo de la soledad. Hablo como un inocente, pero imagino un orgasmo prolongado hasta la eternidad; sufrirás aburrimiento en el reino de lo sublime.

Tal era mi patrimonio hasta que mi madre ha deseado ver muerto a mi padre. Ahora vivo dentro de una historia y me inquieta su desenlace. ¿Dónde están aquí el tedio o la dicha?

Mi tío se levanta de la mesa y se dirige a bandazos hacia la pared para apagar las luces y desvelar la aurora. Si hubiera sido mi padre quizá habría recitado una alborada. Pero ahora la única preocupación práctica es que es hora de acostarse. Qué liberación que estén demasiado borrachos para el sexo. Trudy se pone en pie, los dos nos balanceamos. Mi mareo sería más ligero si pudiese ponerme vertical un minuto.

Cuánto añoro mis días espaciosos de volteretas oceánicas.

Con un pie en el primer escalón, ella se detiene para evaluar la ascensión. La escalera se empina mucho y se pierde de vista, como hacia la luna. Noto cómo se agarra a la barandilla por mi causa. Todavía la amo, me gustaría que ella lo supiera, pero si se cae de espaldas muero. Ahora más que nada subimos. Más que nada, Claude nos precede. Deberíamos ir atados con una cuerda. ¡Agárrate más fuerte, madre! Es un esfuerzo y nadie habla. Al cabo de muchos minutos, de muchos suspiros y gemidos, llegamos al rellano del segundo piso y lo que queda, los últimos

cuatro metros, aunque llanos, también son penosos.

Trudy se sienta en su lado de la cama para desatarse una sandalia, se derrumba de costado con ella en la mano y se queda dormida. Claude la sacude para despertarla. Los dos trastean en el cuarto de baño, revuelven los cajones rebosantes en busca de dos gramos de paracetamol para cada uno, un recurso contra la resaca.

—Mañana será un día ajetreado — observa Claude.

Se refiere a hoy. Mi padre vendrá a las diez, ahora son casi las seis. Finalmente nos acostamos todos. Mi madre se queja de que el mundo, su

mundo, da vueltas cuando cierra los ojos. Yo pensaba que Claude sería más estoico, que estaba hecho, como él quizá diría, de una pasta más dura. Pero no. Pocos minutos después, corre a la puerta contigua para caer de rodillas y abrazarse a la taza del retrete.

—Levanta la tapa —le grita Trudy.

Tras un silencio llegan los esforzados chorros. Pero hace ruido. Un largo grito truncado como si un hinchador de fútbol hubiera sido apuñalado en la espalda en mitad de un alirón.

Hacia las siete ya duermen. Yo no. Mis pensamientos giran a tenor del mundo de mi madre. El rechazo de mi padre, su posible destino, mi

responsabilidad en el asunto, y luego mi propia suerte, mi incapacidad de avisar o actuar. Y mis compañeros de cama. ¿Demasiado tocados para hacer el intento? O peor aún, para hacerlo mal, que los pillen y los encarcelen. De ahí la prisión espectral que últimamente me atormenta. Empezar la vida en una celda, la felicidad desconocida, el aburrimiento un privilegio arduamente conseguido. Y si lo logran..., entonces es el valle de Swat. No veo un plan, un itinerario plausible hacia una felicidad concebible. Me gustaría no nacer nunca...

Me he quedado dormido. Me

despiertan un grito y un baile violento y arrítmico. Mi madre en la Pared de la Muerte. No es eso. O no es esa pared. Es ella bajando la escalera demasiado deprisa, con una mano negligente que apenas se sirve de la barandilla. Así podría acabar esto, la varilla suelta de la alfombra o un borde raído que se curva, la caída de cabeza y luego mi penumbra personal convertida en oscuridad eterna. Sólo puedo aferrarme a la esperanza. El grito procedía de mi tío. Vuelve a llamar.

—He salido a buscar el brebaje. Tenemos veinte minutos. Prepara el café. Yo hago lo demás.

La súbita prisa de mi madre ha

frustrado su débil plan de Shoreditch. Después de todo John Cairncross no es el bufón de Trudy. La va a echar de casa, y enseguida. Ella tiene que actuar hoy. No hay tiempo para ocuparse de sus trenzas. Ha recibido a la amante de su marido: la han plantado antes de poder plantar ella, como dicen en los consultorios sentimentales de la tarde. (Llaman adolescentes con problemas que dejarían perplejos a un Platón o a un Kant.) La ira de Trudy es oceánica; vasta y profunda, es su medio, su mismidad. Lo percibo en la sangre alterada que circula en mi interior, en el desasosiego granular que incomoda y comprime a las células, que agrieta y

astilla las plaquetas. Mi corazón combate contra la sangre airada de mi madre.

Estamos a salvo en la planta baja, entre el bullicioso zumbido de las moscas que sobrevuelan la basura del recibidor. Para ellas las bolsas de plástico sin atar se yerguen como relucientes torres residenciales que tienen jardines en el tejado. Las moscas acuden ahí a pastar y a vomitar a su antojo. Su general indolencia embotada evoca una sociedad de apacible ocio, de propósitos comunes, de tolerancia mutua. Esta tropa somnolienta, carente de notocardio, está en paz con el mundo, ama la vida rica en toda su putrefacción.

Nosotros, por el contrario, somos una forma inferior, medrosa y en constante discordia. Nos ponemos nerviosos, vamos demasiado deprisa.

La mano deslizante de Trudy se aferra al poste del pie de la escalera y ejecutamos un veloz cambio de sentido. Diez pasos y estamos en la cima de la escalera que baja a la cocina. No hay pasamanos en el que apoyarse. He oído que se desgajó de la pared, en una explosión de polvo y crines antes de mi tiempo, si es que éste lo es. Sólo quedan agujeros irregulares. Los peldaños son de pino crudo, con nudos resbaladizos y grasientos, palimpsestos de residuos olvidados, carne y grasa pisoteadas y

mantequilla derretida caída de la tostada que mi padre solía llevar a la biblioteca sin un plato. Una vez más, ella se acelera y la zambullida de cabeza podría producirse ahora. Apenas esta idea ha activado mis temores cuando noto que un pie resbala hacia atrás, un bandazo hacia delante, un impulso de vuelo coartado de inmediato por una rigidez despavorida de los músculos lumbares, y por detrás del hombro oigo un sonido desgarrador de tendones que se estiran y ponen a prueba sus anclajes en el hueso.

—La espalda —gruñe—. La puta espalda.

Pero el dolor es beneficioso, porque

recupera el equilibrio y da con precaución los pasos que le quedan. Atareado junto al fregadero, Claude hace una pausa para emitir un sonido compasivo, y a continuación prosigue sus tareas. El tiempo vuela, como podría él decir.

Ella está a su lado.

–Qué dolor de cabeza –susurra.

–Y yo –dice él, y se lo enseña–. Creo que es su preferido. Plátano, piña, manzana, menta y germen de trigo.

–¿Amanecer tropical?

–Exacto. Y aquí está el quid. Basta para tumbar a diez bueys.

–Bueyes.

Vierte los dos líquidos en la batidora

y la pone en marcha.

Cuando el estruendo ha cesado ella dice:

—Mételo en la nevera. Yo preparo el café. Esconde esos vasos de papel. No los toques sin los guantes.

Estamos delante de la cafetera. Ha encontrado los filtros, echa las cucharadas de café y añade el agua. Lo está haciendo bien.

—Lava unas tazas —dice ella—. Y ponlas en la mesa. Prepara eso para el coche. Los guantes de John están en el cobertizo. Habrá que quitarles el polvo. Y hay una bolsa de plástico en alguna parte.

—Ya va, ya va. —Claude, que se ha

levantado mucho antes que ella, parece irritable cuando ella toma el mando. Yo me esfuerzo en seguir su conversación.

—Lo mío y el extracto bancario están encima de la mesa.

—Lo sé.

—No olvides el ticket.

—No.

—Estrújalo un poquito.

—Ya lo he hecho.

—Con tus guantes. No con los suyos.

—¡Sí!

—¿Llevabas el sombrero en Judd Street?

—Por supuesto.

—Ponlo donde él lo vea.

—Ya lo he hecho.

Pero está en el fregadero, enjuagando las tazas sucias, haciendo lo que le han dicho. Impermeable a su tono, ella añade:

—Habría que ordenar esto.

Él refunfuña. La idea es descabellada. Trudy, la buena esposa, quiere recibir a su marido con una cocina limpia.

Pero sin duda nada de esto funcionará. Elodie sabe que estamos esperando a mi padre. Quizá lo sepan también media docena de amigos. De norte a este, todo Londres señalará con un dedo el cadáver. Se trata de una bonita *folie à deux*. ¿Podría mi madre, que nunca ha trabajado, estrenarse como asesina? Un oficio duro, no sólo en la

planificación y ejecución, sino por el período siguiente, cuando empiezas a ejercerlo en serio. Ten en cuenta, quiero decirle, incluso antes que la ética, los inconvenientes: la cárcel o la culpa o las dos cosas, jornadas prolongadas, fines de semana, y todo eso cada noche, de por vida. Sin sueldo, sin incentivos, sin más pensión que el remordimiento. Está cometiendo un error.

Pero los amantes están absortos, como sólo pueden estarlo los amantes. La tarea en la cocina les mantiene tranquilos. Recogen de la mesa los últimos vestigios de la víspera, barren o retiran a un lado los residuos de comida del suelo y luego toman más analgésicos

con un sorbo de café. Es mi único desayuno. Convienen en que no hay nada más que hacer en el fregadero. Mi madre farfulla instrucciones, directrices. Claude se mantiene lacónico. Cada vez que habla, la corta en seco. Puede que se lo esté pensando mejor.

—Alegre, ¿de acuerdo? Como si hubiéramos pensado lo que dijo anoche y hubiésemos decidido...

—Entendido.

Al cabo de unos minutos de silencio:

—No se lo ofrezcas demasiado pronto.

Necesitamos...

—Descuida.

Y de nuevo:

—Dos vasos vacíos para que vea que

nosotros ya hemos tomado. Y el vaso del Smoothie Heaven...

—Hecho. Los tienes detrás de ti.

Cuando dice esto último nos sobresalta la voz de mi padre desde lo alto de la escalera. Pues claro, tiene su llave. Ha entrado en casa. Llama desde arriba.

—Voy a descargar el coche. Ahora bajo con vosotros.

Su tono es áspero, competente. El amor sobrenatural le ha vuelto mundano.

Claude susurra:

—¿Y si lo cierra con llave?

Estoy cerca del corazón de mi madre y conozco sus ritmos y vuelcos repentinos. ¡Y ahora! Se le acelera al oír

la voz de su marido, y hay un sonido adicional, una perturbación en las cavidades, como un lejano triquitraque de maracas, o de gravilla agitada suavemente dentro de una lata. Desde aquí abajo yo diría que es una válvula semilunar cuyas cúspides se cierran demasiado fuerte y se atascan. O podrían ser sus dientes.

Pero exteriormente se mantiene serena. Sigue siendo la dueña y señora de su voz, que no se altera ni se rebaja a susurros.

—Es poeta. Nunca cierra con llave el coche. Cuando te dé la señal, sal ahí fuera con el vaso.

Querido padre:

Antes de que mueras, me gustaría decirte algo. No tenemos mucho tiempo. Mucho menos del que piensas, así que perdóname que vaya al grano. Tengo que refrescarte la memoria. Hubo una mañana en la biblioteca, un domingo de insólita lluvia estival en que el aire por una vez estaba limpio de polvo. Las ventanas estaban abiertas, oíamos el tamborileo de las hojas. Tú y mi madre

casi parecíais una pareja feliz. Recitaste un poema demasiado bueno para ser tuyo, creo que serías el primero en reconocerlo. Corto, denso, amargo hasta el extremo de la resignación, difícil de entender. De esos que te impactan, te duelen, antes de que hayas asimilado exactamente lo que dicen. Se dirigía a un lector despreocupado, indiferente, un amante perdido, una persona real, creo yo. En catorce líneas hablaba de apego sin esperanza, de obsesión desdichada, de un anhelo irresuelto e inconfesado. Invocaba a un rival de un gran talento o posición social o ambas cosas, y agachaba la cabeza con humildad. Al final, el tiempo se tomaría su desquite,

pero no le importaría a nadie o ni siquiera lo recordaría alguien, a menos que por azar leyera esos versos.

Pienso que el destinatario del poema es como el mundo que pronto conoceré. Ya lo amo con excesiva intensidad. No sé qué hará él de mí, si me protegerá o si siquiera advertirá mi existencia. Desde aquí parece cruel, indiferente a la vida, a las vidas. El noticiario es brutal, irreal, una pesadilla de la que no podemos despertar. Lo escucho con mi madre, absorto y sombrío. Adolescentes esclavizadas, a las que bendicen y después violan. Barriles que se utilizan como bombas sobre las ciudades, niños utilizados como bombas en los

mercados. Oímos que en Austria había un camión cerrado con setenta y un inmigrantes muertos dentro de pánico, asfixia y descomposición. Sólo los valientes se atreverían a imaginar sus últimos momentos. Son los nuevos tiempos. Quizá sean antiguos. Pero además ese poema me recuerda a ti y tus palabras de anoche, y que no quieres o no puedes corresponder a mi amor. Aquí donde estoy, tú y mi madre y el mundo son una sola y única cosa. Es una hipérbole, lo sé. El mundo también está lleno de maravillas, y por eso lo amo locamente. Y os amo y admiro a vosotros dos. Lo que estoy diciendo es que el rechazo me asusta.

O sea que recítame otra vez ese poema con tu último aliento, y yo te lo repetiré a ti. Que sea lo último que oigas en tu vida. Entonces sabrás a qué me refiero. O elige el camino más amable, vivir en lugar de morir, acepta a tu hijo, estréchame en tus brazos, reclámame como tuyo. A cambio te daré unos consejos. No bajes la escalera. Grita un adiós despreocupado, sube a tu coche y vete. O si tienes que bajar, no aceptes la bebida de fruta, quédate el tiempo justo para despedirte. Te lo explicaré más adelante. Hasta entonces, sigo siendo tu hijo obediente...

Estamos sentados a la mesa de la cocina, en silencio y atentos a los golpes

de los pasos de mi padre arriba, mientras baja cajas de libros y las deja en la sala. Antes del crimen, la conversación intrascendente les parece una carga a los asesinos. La boca seca, el pulso débil, el pensamiento revuelto. Hasta Claude está acobardado. Él y Trudy toman más café. A cada sorbo depositan la taza sin hacer ruido. No utilizan platillos. El tictac de un reloj en el que hasta ahora no me había fijado adopta una cadencia de yambos meditabundos. En la calle, la música pop de una camioneta de reparto se aproxima y se aleja con un leve efecto Doppler, el grupo tristón sube y baja un microtono sin desafinar. Hay un mensaje

ahí para mí, pero queda fuera de mi alcance. Los analgésicos empiezan a actuar, pero sólo producen lucidez cuando me convendría más el embotamiento. Lo han repasado de cabo a rabo dos veces y todo está preparado. Las tazas, el brebaje, «eso», lo del banco, el sombrero, los guantes y el ticket, la bolsa de plástico. Estoy perplejo. Debería haber escuchado anoche. No sabré si el plan va bien o si está a punto de fracasar.

—Podría subir a ayudarle —dice Claude finalmente—. Ya sabes, muchas manos aligeran...

—Vale, vale. Espera.

Mi madre no soporta oír el resto. Ella

y yo tenemos mucho en común.

Oímos que cierran la puerta de la calle y segundos después esos mismos zapatos –de suelas de cuero de las de antes– producen en la escalera el mismo ruido que hicieron anoche cuando John bajó con su amante y selló su suerte. Silba desafinando cuando se acerca, más Schönberg que Schubert, más que nada una ostentación de desenvoltura. Nervioso, pues, a pesar de su discurso altanero. No es cosa fácil echar de la casa que amas a tu hermano y a la mujer a la que odias y que lleva a tu hijo en su vientre. Ya está más cerca. Pego de nuevo el oído a la pared pegajosa. No quiero perderme ninguna inflexión,

ninguna pausa, ninguna palabra entre dientes.

Mi familia informal prescinde de saludos.

—Esperaba ver tu maleta en la puerta — dice él, jocosamente, e ignora a su hermano, como de costumbre.

—Ni lo sueñes —dice mi madre, con suavidad—. Siéntate a tomar un café.

Él se sienta. Un rumor de líquido vertido, una cucharilla de café que tintinea.

Entonces dice mi padre:

—Van a venir a retirar la espantosa suciedad del recibidor.

—No es suciedad. Es una declaración.

—¿De qué?

–De protesta.

–¿Ah, sí?

–Por tu abandono.

–¡Ya!

–De mí. Y de nuestro niño.

Cabría atribuir esto a la noble causa del realismo, de la verosimilitud. Un recibimiento untuoso podría ponerle en guardia. Y recordarle su deber paterno..., ¡bravo, madre!

–Estarán aquí a las doce. También vienen los servicios de desratización. Van a fumigar la casa.

–No, mientras estemos aquí.

–Tú verás. Empiezan al mediodía.

–Tendrán que esperar uno o dos meses.

—Les he pagado el doble para que no te hagan caso. Y tienen una llave.

—Oh —dice Trudy, aparentando un pesar auténtico—. Lamento que hayas malgastado tanto dinero. El dinero de un poeta.

Claude aprovecha para intervenir, demasiado pronto a juicio de Trudy.

—He preparado este delicioso...

—Amor mío, todo el mundo necesita más café.

El hombre que aniquila a mi madre entre las sábanas obedece como un perro. Empiezo a comprender que el sexo constituye su propio reino de montaña, secreto e intacto. Al valle de abajo sólo nos llegan rumores.

Cuando Claude se inclina sobre la cafetera en el rincón más alejado de la cocina mi madre le dice a su marido, con tono afable:

—Por cierto, he oído que tu hermano ha sido muy generoso contigo. ¡Cinco mil libras! Un chico con suerte. ¿Le has dado las gracias?

—Se las devolveré, si te refieres a eso.

—Como la última vez.

—Se lo devolveré también.

—Detesto pensar que te lo vas a gastar todo en fumigadores.

Mi padre se ríe con auténtico regocijo.

—¡Trudy! Casi recuerdo por qué te amaba. A propósito, estás preciosa.

–Un poco desarreglada –dice ella–. Pero gracias. –Baja la voz teatralmente, como excluyendo a Claude–. Cuando te fuiste nos corrimos una juerga. Duró toda la noche.

–Celebrando el desalojo.

–Dilo como quieras.

Nos inclinamos los dos, yo con los pies por delante, y tengo la impresión de que ella ha posado una mano sobre la de él. Mi padre está ahora más cerca del dulce desorden de sus trenzas, de la amplia mirada verde, de la perfectamente rosada piel, que huele al perfume que él le compró hace mucho en el dutyfree de Dubrovnik. Qué previsoras es.

—Tomamos un par de copas y hablamos. Tomamos una decisión. Tienes razón. Es hora de separar nuestros caminos. El piso de Claude es agradable y St. John's Wood es un vertedero comparado con Primrose Hill. Y estoy muy contenta por tu nueva amiga. Threnody.

—Elodie. Es encantadora. Tuvimos una pelea terrible cuando llegamos anoche.

—Pero si parecíais de lo más felices...
Noto que mi madre ha alzado el tono de voz.

—Ha decidido que sigo enamorado de ti.

Eso también produce un efecto en Trudy.

—Pero si lo dijiste tú mismo. Nos odiamos.

—Exactamente. Ella cree que me quejo demasiado.

—¡John! ¿Quieres que la llame? ¿Que le diga cuánto te aborrezco?

La risa de mi padre suena insegura.

—¡Eso sería mi perdición!

Me recuerdan mi misión: el deber sagrado, imaginario, del hijo de padres separados es unirlos. Perdición. Una palabra de poeta. Perdido y condenado. Soy un idiota por haber permitido que mis esperanzas crezcan un punto o dos, como un mercado de futuros después de un desplome y antes del siguiente. Mis padres sólo están jugando, haciéndose

cosquillas en sus partes respectivas. Elodie se equivoca. Lo que se interpone entre el matrimonio no es más que una ironía protectora.

Ahí viene Claude con una bandeja y una invitación algo pesada o mohína.

—¿Más café?

—Dios, no —dice mi padre, con el tono simple y despectivo que le reserva a su hermano.

—También tenemos un estupendo...

—Cariño, yo tomaré otra taza. Una grande. Tu hermano —le dice mi madre a mi tío— ha caído en desgracia con Threnody.

—Un *threnos* —le define mi padre con

un esmero exagerado— es una canción para los muertos.

—Como «Candle in the Wind» —dice Claude, reviviendo.

—Por el amor de Dios.

—De todos modos —dice Trudy, retrocediendo unos pasos en la conversación—, éste es el domicilio conyugal. Me iré cuando esté preparada, y no será esta semana.

—Vamos. Sabes que lo del fumigador era una broma. Pero no puedes negarlo. Esta casa es una pocilga.

—Si me presionas más, John, puede que decida quedarme. Te veré en el juzgado.

—Recibido. Pero no te importará que

quitemos la basura de la entrada.

–Pues un poquito sí.

Después, tras considerarlo un momento, asiente con la cabeza.

Oigo que Claude coge la bolsa de plástico. Su jovialidad no convencería ni al niño más tonto.

–Me disculparéis. Tengo cosas que hacer. ¡No hay paz para los malvados!

Hubo un tiempo en que la última frase de Claude me habría arrancado una sonrisa. Pero últimamente, no me preguntéis por qué, he perdido el gusto por la comedia, las ganas de hacer ejercicio aunque dispusiera de espacio, el placer del fuego o de la tierra, de las palabras que en su día me descubrían un mundo dorado de estrellas majestuosas, la belleza de la comprensión poética, la alegría infinita de la razón. Los admirables noticiarios y tertulias de la

radio, los excelentes podcasts que me conmovían parecen, en el mejor de los casos, aire caliente, y en el peor, un vapor fétido. Ya no me emociona la magnífica sociedad en la que pronto voy a ingresar, la noble congregación de la humanidad, sus costumbres, sus dioses y ángeles, sus ideas exaltadas y sus fermentos brillantes. Un peso muy grande carga sobre el dosel que envuelve mi pequeño armazón. Apenas tengo el tamaño para ser un animalillo, y aún menos para dar forma a un hombre. Mi futuro es la esterilidad del nacido muerto, y después el polvo.

Estos tristes y altisonantes pensamientos, que ansío declamar a

solas en algún sitio, vuelven para agobiarme cuando Claude desaparece escaleras arriba y mis padres están sentados en silencio. Oímos que se abre y se cierra la puerta de la calle. Aguzo el oído en vano para captar el ruido que hace Claude al abrir la portezuela del coche de su hermano. Trudy vuelve a inclinarse hacia delante y John le coge la mano. La casi imperceptible subida de nuestra tensión arterial sugiere que él estruja sus dedos aquejados de psoriasis contra la palma de Trudy. Ella pronuncia su nombre en voz baja, con un tono decreciente de reproche cariñoso. Él no dice nada, pero mi intuición más clara es que está moviendo la cabeza y que

contrae los labios en una fina sonrisa, como diciendo: «Bueno, bueno. Mira cómo hemos acabado.»

Ella dice, afectuosa:

—Tenías razón, esto es el fin. Pero podemos hacerlo con delicadeza.

—Sí, es lo mejor —conviene mi padre con su voz agradable y resonante—. Pero Trudy. Sólo por los viejos tiempos. ¿Te leo un poema?

El énfasis infantil con que mi madre sacude la cabeza me mece con suavidad sobre mis soportes, pero sé tan bien como ella que para John Cairncross no en poesía significa sí.

—Por favor, John, por el amor de Dios, no.

Pero él ya está cogiendo aire. He oído este poema, pero entonces tenía menos sentido.

—«Como no tiene remedio, besémonos y adiós...»

Es innecesario, creo, que diga algunas frases con tanta fruición. «Ya de mí nada obtienes», «por lo que limpiamente puedo liberarme», «ni un ápice del antiguo amor conservas». Y al final, cuando la Pasión vela junto a su lecho de muerte, y hay una posibilidad remota de que se recuperase sólo con que Trudy lo deseara, mi padre reniega de todo con una cadencia inteligente y sarcástica.

Pero ella tampoco lo desea y habla mientras él recita las últimas palabras.

—No quiero oír otro poema en mi vida.

—No lo oirás —dice mi padre, afablemente—. Con Claude no.

En esta conversación sensata entre las partes, no hay ninguna disposición que me concierna. Otro hombre sospecharía si su ex mujer no negociara las asignaciones mensuales a que tiene derecho la madre de su hijo. Otra mujer, si no tuviera planeado algo, sin duda lo exigiría. Pero soy lo bastante mayor para asumir mi responsabilidad e intentar ser el dueño de mi destino. Como el gato del avaro, guardo unas sobras secretas para mi subsistencia, mi único bocado salvador. Lo he utilizado a

altas horas de la noche para provocar insomnio y conseguir una tertulia radiofónica. Dos golpes contra la pared, bruscos, bien espaciados, con el talón en vez de con los dedos del pie, que casi no tienen huesos. Es como un impulso de anhelo solitario, sólo para oír que hablan de mí.

—Ah —suspira mi madre—. Está dando patadas.

—Entonces debería irme —murmura mi padre—. ¿Dos semanas, digamos, para que desalojes?

Le hago señas con las manos, por así decirlo, ¿y qué consigo? Entonces, por consiguiente, en ese caso y por tanto, él *se va*.

–Dos meses. Pero espera un minuto, hasta que vuelva Claude.

–Sólo si se da prisa.

Un avión, a unos pocos miles de pies por encima de nuestras cabezas, ejecuta un glissando aéreo en descenso hacia Heathrow, un ruido amenazador, pienso siempre. John Cairncross quizá esté sopesando un último poema. Podría desempolvar, como hacía siempre antes de un viaje, «Una despedida: prohibido el duelo». Esos tetámetros relajantes, ese tono maduro y reconfortante, me inspirarían nostalgia de los tristes días pasados de sus visitas. Pero él tamborilea los dedos en la mesa,

carraspea y se limita a esperar. Trudy dice:

—Esta mañana hemos traído *smoothies* de Judd Street. Pero creo que no te hemos dejado ninguno.

Estas palabras por fin dan comienzo a la intriga.

Una voz apagada, como si llegara desde los bastidores de un teatro, durante una producción nefasta de una obra horrible, dice desde la cima de la escalera:

—No, le he guardado uno. Fue él quién nos habló de ese sitio. ¿Te acuerdas?

Habla mientras baja. Cuesta creer que unos borrachos hayan ensayado de madrugada esta entrada tan bien

calculada, estas palabras tan torpes e inverosímiles.

El envase de poliestireno, con la tapa y la paja de plástico está en la nevera, que ahora se abre y se cierra. Claude lo deja en la mesa ante mi padre con un entrecortado y maternal: «Toma.»

—Gracias. Pero no sé si me entrará ahora.

Primer error. ¿Por qué le ofrece la bebida el despreciable hermano, en vez de la sensual esposa? Tienen que empujarle a que siga hablando y luego confiemos en que cambie de idea. ¿*Confiemos*? Así ocurre, así son las historias cuando conocemos a unos asesinos desde el inicio de su crimen.

No podemos evitar ponernos de parte de ellos y de sus planes, saludamos desde el muelle cuando su barquito de maldad se dispone a zarpar. *Bon voyage!* No es fácil, es todo un logro matar a alguien con impunidad. La rúbrica del éxito es «el crimen perfecto». Y la perfección difícilmente es humana. Las cosas irán mal a bordo, alguien tropezará con una soga desenrollada, la nave irá demasiado al suroeste. Ardua tarea, y toda en alta mar.

Claude se sienta a la mesa, jadea, juega su mejor carta. Dar palique trivial. O lo que él considera que es palique.

—¿Y esos inmigrantes, eh? Menudo problema. ¡Y cómo nos envidian desde

Calais! ¡La selva! Gracias a Dios por el canal de la Mancha.

Mi padre no puede contenerse.

—«Ah, Inglaterra, cercada por el mar triunfante, cuya costa rocosa repele el envidioso asedio.»

Estas palabras le levantan el ánimo. Creo que oigo que se acerca el vaso. Después dice:

—Pues por mí que les inviten a entrar a todos. ¡Adelante! Un restaurante afgano en St. John's Wood.

—Y una mezquita —dice Claude—. O tres. Y miles de hombres que maltratan a sus mujeres y de violadores de niñas.

—¿Alguna vez te he hablado de la mezquita Goharshad de Irán? La vi una

vez al amanecer. Me quedé atónito. Lloraba. No puedes imaginar qué colores, Claude. Cobalto, turquesa, berenjena, azafrán, el verde más claro, un blanco cristalino y todos los matices de entremedio.

Pocas veces le he oído llamar a su hermano por su nombre. Una extraña euforia ha invadido a mi padre. Alardea ante mi madre, la deja que compare para que sepa lo que se perderá.

O bien se libera de las pringosas reflexiones de su hermano, que ahora dice, con un tono de concesión cautelosa:

—Nunca he pensado en Irán. Pero Sharm el-Sheij, el hotel Plaza. Precioso.

Con todas las comodidades. Casi hace demasiado calor para ir a la playa.

—Yo estoy con John —dice mi madre—. Sirios, eritreos, iraquíes. Hasta macedonios. Necesitamos su juventud. Y, cariño, ¿me traes un vaso de agua?

Claude se planta al instante en el fregadero. Desde allí dice:

—¿Necesitamos? Yo no *necesito* que me descuarticen en la calle. Como pasó en Woolwich.

Vuelve a la mesa con dos vasos. Uno es para él. Creo que ya sé cómo va a acabar esto. Claude continúa:

—No he bajado al metro desde aquel siete de julio.

Con la voz que pone para hacer caso

omiso de Claude, mi padre dice:

–Una vez vi los cálculos. Si el sexo interracial se mantiene al ritmo actual, dentro de cinco mil años todos los habitantes de la tierra serán del mismo color café claro.

–Brindo por eso –dice mi madre.

–En realidad, yo no estoy en contra –dice Claude–. Así que salud.

–Por el fin de la raza –propone mi padre, jovialmente. Pero no creo que haya levantado el vaso. Vuelve, en cambio, a los asuntos que tienen entre manos–. Si no os importa, pasaré por aquí el viernes con Elodie. Quiere tomar medidas para las cortinas.

Imagino un henil desde el que lanzan

un saco de cien kilos de cereales al suelo del granero. Después otro, y después un tercero. Así son los golpetazos del corazón de mi madre.

—No hay ningún inconveniente, por supuesto —dice, con voz de persona razonable—. Podríais quedaros a comer.

—Gracias, pero tenemos un día ajetreado. Y ahora tengo que irme. Hay mucho tráfico.

El chirrido de una silla; y qué fuerte suena aquí, a pesar de la grasa de las baldosas, como el ladrido de un perro. John Cairncross se levanta. Adopta de nuevo un tono amistoso.

—Trudy, ha sido...

Pero ella también se ha levantado y

piensa rápidamente. Se lo noto en los tendones, en la rigidez de los repliegues del mesenterio. Hace un último intento y todo queda en la cordialidad más natural. Le cierra el paso en un arranque de sinceridad.

—John, antes de que te vayas quiero decirte algo. Sé que puedo ser difícil, a veces hasta una bruja. Más de la mitad de la culpa de esta situación es mía. Lo sé. Y lamento que la casa sea un basurero. Pero lo que dijiste anoche. Lo de Dubrovnik.

—Ah —afirma mi padre—. Dubrovnik.

Pero ya se ha alejado varios pasos.

—Lo que dijiste era verdad. Me lo recordaste todo y me traspasó el

corazón. Lo que creamos fue una obra maestra, John. Lo que ha ocurrido desde entonces no la desluce. Estuviste muy acertado al decir aquello. Fue hermoso. Nada de lo que suceda en el futuro podrá borrarlo. Y aunque en mi vaso sólo haya agua, quiero brindar por ti, por nosotros, y agradecerte que me lo recordaras. Da igual si el amor dura o no. Lo importante es que exista. Así que por el amor. Por nuestro amor. Tal como fue. Y por Elodie.

Trudy se lleva el vaso a los labios. Me ensordece brevemente el ascenso y el descenso de su epiglotis y sus sinuosos movimientos peristálticos. Desde que la conozco nunca había oído

a mi madre pronunciar un discurso. No es lo suyo. Pero curiosamente me ha hecho pensar en algo. ¿En qué? En una colegiala nerviosa, la nueva delegada que impresiona con un temblor desafiante y tópicos enfáticos al director, al profesorado y al colegio entero.

Un brindis al amor y por ende a la muerte, a Eros y a Tánatos. Parece ser un hecho de la vida intelectual que cuando dos conceptos están muy alejados o son opuestos se dice que están estrechamente ligados. Puesto que la muerte se opone a todo lo vivo, se proponen diversos emparejamientos. Arte y muerte. Naturaleza y muerte.

Inquietantemente, nacimiento y muerte.
Y, gozosamente repetido, amor y muerte.
Respecto a este último, y desde donde
yo estoy, no puede haber dos ideas más
mutuamente irrelevantes. Los muertos no
aman a nadie ni a nada. En cuanto salga
de aquí al mundo, podría intentar una
monografía. El mundo pide a gritos
empiristas jóvenes.

Cuando mi padre habla parece más
cercano. Está volviendo a la mesa.

—Bueno —dice, con mayor
cordialidad—, así me gusta.

Juro que tiene en la mano el vaso del
amor mortal.

Una vez más, lanzo patadas con los
dos talones contra su destino.

–Oh, oh, mi topito –exclama mi madre, con voz dulce y maternal–. Se está despertando.

–No has mencionado a mi hermano –dice John Cairncross. Es propio de su condición de poeta viril amplificar un brindis ajeno–. Por nuestros amores futuros, Claude y Elodie.

–Por todos nosotros, pues –dice Claude.

Un silencio. El vaso de mi madre ya está vacío.

Entonces llega el larguísimo suspiro de satisfacción de mi padre. Un poco exagerado, por simple cortesía.

–Más azucarado de lo habitual. Pero no está nada mal.

El vaso de poliestireno que deja encima de la mesa produce un sonido hueco.

Me vuelve a la memoria, tan nítido como una bombilla de dibujos animados. Un programa sobre el cuidado de los animales domésticos exponía los peligros mientras Trudy se cepillaba los dientes una mañana lluviosa después del desayuno: desventurado el perro que lame el dulce líquido verde vertido sobre el suelo de un garaje. Muerte al cabo de unas horas. Exactamente como dijo Claude. Química despiadada, sin deliberación ni lamentaciones. El cepillo eléctrico de mi madre ahogó el resto. Estamos

sujetos a las mismas normas que acechan a nuestros perros. También nosotros llevamos alrededor del cuello la gran cadena de la inexistencia.

—Bueno —dice mi padre, y lo que dice significa más de lo que cree—. Me voy.

Claude y Trudy se levantan. Es la temeraria emoción del arte del envenenador. La sustancia ingerida, el acto aún incompleto. En tres kilómetros a la redonda desde aquí hay muchos hospitales, muchas bombas para hacer lavados de estómago. Pero la línea de la criminalidad ha sido traspasada. El acto no tiene enmienda. Lo único que pueden hacer es apartarse y aguardar la

antítesis, a que el anticongelante le deje frío.

Claude dice:

—¿Este sombrero es tuyo?

—¡Oh, sí! Me lo llevo.

¿Es la última vez que oigo la voz de mi padre?

Nos dirigimos hacia la escalera, luego la subimos, con el poeta a la cabeza. Tengo pulmones pero no aire para gritar una advertencia o llorar de vergüenza por mi impotencia. Soy todavía una criatura del mar, no un ser humano como los demás. Ahora estamos cruzando el caos del recibidor. Se abre la puerta de la entrada. Mi padre se vuelve para darle a mi madre un beso en

la mejilla y asestar a su hermano un puñetazo afectuoso en el hombro. Quizá por primera vez en su vida.

Cuando sale grita por encima del hombro:

–Esperemos que el maldito coche arranque.

Una pálida y delgada planta sembrada por unos borrachos en la madrugada se esfuerza en alcanzar la lejana y nutritiva luz del sol del éxito. El plan es el siguiente. Encuentran a un hombre sin vida al volante de su coche. En el suelo del vehículo, junto al asiento trasero, casi fuera de la vista, hay un vaso de poliestireno con el logotipo de un establecimiento de Judd Street, cerca de Camden Town Hall. En el vaso, los restos de una bebida de fruta triturada

que contiene etilenglicol. Cerca del vaso, una botella vacía de la misma sustancia letal. Cerca de la botella, con la fecha del día, un ticket de compra de la bebida. Escondidos debajo del asiento del conductor, unos cuantos extractos bancarios, algunos de una editorial pequeña y otros de una cuenta personal. Las dos muestran descubiertos de unas decenas de miles de libras. En uno de los extractos la letra del difunto ha garabateado la palabra «¡Basta!» («idea» de Trudy). Al lado de los extractos, un par de guantes que el fallecido usaba a veces para ocultar la psoriasis. Ocultan parcialmente una página de periódico hecha una bola que

contiene una crítica hostil de una recopilación de poemas reciente. En el asiento del copiloto, un sombrero negro.

La policía londinense tiene una dotación insuficiente y sobrecargada. Los detectives veteranos se quejan de que los jóvenes investigan sin moverse de delante de sus pantallas, reacios a gastar suela de zapatos. Cuando hay otros casos sangrientos que atender la conclusión de éste no parece difícil. El medio es infrecuente pero no raro, de fácil obtención y sabor agradable, letal en grandes dosis y muy conocido por los escritores de novelas policíacas. La investigación indica que además de deudas el matrimonio tenía problemas,

la mujer vivía ahora con el hermano del muerto, que llevaba unos meses deprimido. La psoriasis minaba su autoestima. Los guantes que usaba para ocultarla explican la ausencia de huellas en el vaso y en la botella de anticongelante. Las imágenes de videovigilancia le muestran en Smoothie Heaven con el sombrero puesto. Aquella mañana se dirigía a su casa de St. John's Wood. Al parecer, no se sentía capaz de ser padre, ni de afrontar la quiebra de su empresa o su fracaso como poeta, ni su soledad en Shoreditch, donde vivía de alquiler. Tras una pelea con su mujer se marchó angustiado. La esposa se culpa a sí misma. Hubo que suspender varias

veces la entrevista con ella. El hermano del difunto también estaba presente e hizo lo que pudo por ayudar.

¿Se puede programar de antemano la realidad de una manera tan fácil y minuciosa? Mi madre, Claude y yo esperamos en tensión en la entrada con la puerta abierta. Entre la concepción de un acto y su representación se extiende una maraña de horribles contingencias. Primero, el motor gira pero no arranca. No es de extrañar. El vehículo pertenece a un sonetista soñador. Al segundo intento, el mismo resuello fallido, que se repite al tercero. El estárter suena como un viejo demasiado débil para aclararse la garganta. Si John Cairncross muere en

nuestras manos, nos hundimos todos. Al igual que si sobrevive en nuestras manos. Hace una pausa antes de intentarlo de nuevo, confiado en su suerte. El cuarto intento es más flojo que el tercero. Imagino que le veo a través del parabrisas, encogiéndose de hombros para nosotros burlonamente, su silueta casi borrada por los reflejos de unas nubes de verano.

—Dios mío —dice Claude, un hombre de mundo—. Va a ahogar el carburador.

Las vísceras de mi madre orquestan sus desesperadas esperanzas. Pero al quinto intento, una transformación. Con una lenta palpitación y cómicos petardeos, el motor inicia una

combustión interna. La planta de crecimiento anárquico de Claude y Trudy echa un brote prometedor. Cuando el coche, en marcha atrás, entra en la calzada mi madre sufre un acceso de tos que yo interpreto como una nube del tubo de escape que sopla hacia nosotros. Entramos en casa y la puerta se cierra de un portazo.

No volvemos a la cocina, sino que subimos la escalera. Nadie habla, pero la cualidad del silencio –cremosamente espeso– sugiere que algo más que la fatiga y la bebida nos impulsa hacia el dormitorio. Una desgracia tras otra. Esto es una injusticia feroz.

Cinco minutos más tarde. Estamos en

el dormitorio y la cosa ya ha empezado. Claude se acucilla al lado de mi madre y quizá ya esté desnudo. Oigo su respiración en el cuello de ella. La está desvistiendo, una cumbre de generosidad sensual que hasta hoy no había escalado.

—Ten cuidado —dice Trudy—. Estos botones son perlas.

Él responde con un gruñido. Sus dedos son inexpertos, sólo satisfacen sus propias necesidades. Alguna prenda de él o de ella aterriza en el suelo de la habitación. Un zapato o unos pantalones con un cinturón pesado. Ella se retuerce extrañamente. Impaciencia. Él imparte una orden en forma de segundo gruñido.

Yo me encojo. Esto es feo, seguro que sale mal, en un estado de gestación tan avanzado. Llevo semanas diciéndolo. Sufriré.

Trudy, obediente, se ha puesto a cuatro patas. Es un *a posteriori*, al estilo canino, pero no por mi causa. Él se le pega a la espalda como un sapo en celo. Primero encima, ahora dentro de ella, y a fondo. Qué poco de mi pérfida madre me separa del asesino potencial de mi padre. Nada es lo mismo este mediodía de sábado en St. John's Wood. Esto no es el habitual encuentro, breve y frenético, que podría amenazar la integridad de un cráneo totalmente nuevo. Más bien es un ahogamiento

pegajoso, como algo meticuloso que se arrastra por un pantano. Las membranas mucosas pasan resbalando unas sobre otras y con un débil crujido en sus giros. Horas de intrigas han conducido accidentalmente a los conspiradores al arte del erotismo deliberativo. Pero nada sucede entre ellos. Se revuelven mecánicamente a cámara lenta, un proceso industrial ciego a media máquina. Lo único que quieren es desahogarse, cumplir, disfrutar unos segundos de un descanso de sí mismos. Cuando llega, en rápida sucesión, mi madre jadea horrorizada. Por lo que le espera, y por lo que aún tiene que ver. Su amante emite el tercer gruñido de la

tanda. Se separan para yacer de espaldas sobre las sábanas. Después los tres dormimos.

Va transcurriendo la tarde, y en este largo e insulso lapso tengo mi primer sueño, a todo color y con una rica intensidad visual. La línea, la frontera establecida entre el sueño y la vigilia es vaga. No hay vallas ni cortafuegos en los árboles. Sólo unas garitas sin centinela señalan el camino. Doy mis primeros e inseguros pasos en este terreno nuevo tal como debe hacerlo un principiante, con una masa amorfa o una mezcla de contornos vacilantes y mal iluminados, personas y lugares que se disuelven, voces indistintas que cantan o

hablan en espacios abovedados. Al cruzar siento el dolor de un remordimiento sin nombre, inalcanzable, una sensación de haber abandonado a alguien o algo y haber traicionado un deber o un amor. Luego lo veo bellamente nítido. Una niebla fría el día de mi deserción, un viaje de tres días a caballo, largas filas de los hoscos indigentes ingleses en los caminos de surcos, olmos gigantes se perfilan sobre prados inundados por el Támesis, y por fin la emoción familiar y el bullicio de la ciudad. El olor en las calles a excrementos humanos sólidos como los muros de las casas da paso, al doblar una angosta esquina, al aroma de carne

asada y romero y a una entrada anodina que franqueo para ver a un joven de mi edad, en la penumbra atravesada por un rayo oscuro, sentado a una mesa en la que escancia vino de una jarra de barro, un hombre guapo, recostado en una mesa de roble manchada, que me retiene con una historia que guarda en la memoria, algo que ha escrito él o he escrito yo, y quiere una opinión, o dar una suya, una corrección, una puntualización. O quiere que le diga el modo de proseguir. Este desdibujamiento de la identidad es un aspecto del amor que me inspira y que casi aplaca la culpa que quiero dejar atrás. Fuera, en la calle, tañe una campana. Nos agolpamos fuera para

aguardar al cortejo fúnebre. Sabemos que es una muerte importante. La procesión no aparece, pero no cesa el tañido de campana.

Es mi madre la que oye el timbre. Antes de que yo haya emergido de la novedad de la lógica onírica, ella se ha puesto la bata y estamos bajando la escalera. Al llegar al último peldaño lanza un grito de sorpresa. Yo presiento que han limpiado el muladar mientras dormíamos. El timbre vuelve a sonar, fuerte, alto, furioso. Trudy mientras abre la puerta grita:

—¡Por el amor de Dios! ¿Estás borracho? Voy lo más rápido que...

Titubea. Si tuviera confianza en sí misma no se sorprendería al ver lo que el miedo ya me ha permitido ver: un policía, no, dos, que se quitan la gorra.

Una voz amable y paternal, dice:

—¿Es usted la señora Cairncross, la esposa de John Cairncross?

Ella asiente.

—Soy el sargento Crowley. Me temo que traemos una mala noticia. ¿Podemos entrar?

—Oh, Dios mío —se acuerda de decir mi madre.

Nos siguen a la sala, que apenas utilizamos y está casi limpia. Si no hubieran limpiado el recibidor, creo que mi madre habría sido automáticamente

una sospechosa. El trabajo de la policía es intuitivo. Lo que permanece, quizá, es un olor residual que es fácil confundir con el de un plato de cocina exótica.

Una segunda voz, más juvenil, dice, con una solicitud fraternal:

–Nos gustaría que se sentara.

El sargento notifica la noticia. Han encontrado el coche del señor Cairncross en el arcén de emergencia de la autopista M1 en dirección al norte, a treinta y dos kilómetros de Londres. La portezuela del coche estaba abierta y no muy lejos, en un talud de hierba, yacía de bruces. Ha llegado una ambulancia y han intentado reanimarle durante el

trayecto al hospital, pero ha muerto en el camino.

Un sollozo como una burbuja de aire en aguas profundas asciende por el cuerpo de mi madre, llega hasta mí y explota en las narices del atento policía.

—¡Oh, Dios mío! —grita ella—. Hemos tenido una pelea horrible esta mañana.

Se encorva. Noto que se lleva las manos a la cara y que empieza a tiritar.

—Es mi deber decírselo —prosigue el mismo policía. Hace una pausa con delicadeza, consciente del doble respeto que se debe a una viuda en avanzado estado de gestación—. Hemos intentado localizarla esta tarde. Un amigo de su marido ha identificado el cuerpo. Me

temo que nuestra primera impresión apunta al suicidio.

Cuando mi madre endereza la columna y lanza un grito, yo sucumbo a mi amor por ella, por todo lo que se ha perdido: Dubrovnik, la poesía, la vida cotidiana. Ella le amó en otro tiempo, y él a ella. Recordar este hecho y eliminar otros realza su actuación.

—Debería... Debería haberle retenido aquí. Oh, Dios mío, toda la culpa es mía.

Qué inteligente, esconderse bien a la vista, detrás de la verdad.

El sargento dice:

—A menudo la gente dice eso mismo. Pero usted no tiene que hacerlo, no debería. Es un error culparse.

Una inhalación profunda y un suspiro. Mi madre parece a punto de hablar, se detiene, vuelve a suspirar, se recupera.

—Tengo que explicarlo. Las cosas no iban bien entre nosotros. Él salía con alguien, se marchó de casa. Y yo empecé a... Su hermano vino a vivir conmigo. John se lo tomó muy mal. Por eso digo...

Antes lo ha hablado con Claude, decirles lo que ellos iban a descubrir de todos modos. Si, en un arrebato, dijera ahora: «Lo he matado yo», no correría ningún riesgo.

Oigo el ruido áspero de un velcro, páginas que pasan en una libreta, el raspado de un lápiz. Ella les dice con una voz apagada todo lo que ha

ensayado y al final reitera su culpabilidad. No debería haberle dejado subirse al coche en semejante estado.

El hombre más joven dice, con reverencia:

—Señora Cairncross, usted no podía saberlo.

Entonces ella cambia de táctica, suena casi enfadada.

—Creo que no lo estoy asimilando. Ni siquiera sé muy bien si les creo.

—Es comprensible. —Habla el sargento paternal. Tosiendo educadamente, él y su colega se levantan, se disponen a marcharse—. ¿Hay alguien a quien pueda llamar? ¿Alguien que pueda quedarse con usted?

Mi madre reflexiona su respuesta. Se encorva de nuevo, con la cara entre las manos. Habla a través de los dedos, con una voz incolora.

—Mi cuñado está aquí. Está arriba, durmiendo.

Los guardianes de la ley puede que estén intercambiando una mirada lasciva. Cualquier señal de escepticismo me ayudaría.

—En su momento también nos gustaría hablar con él —dice el más joven.

—La noticia va a matarle.

—Supongo que ahora querrá quedarse sola.

Otra vez surge, como una fina cuerda de salvamento, la insinuación que

sostiene mi cobarde esperanza de que la Fuerza –el Leviatán, no yo– se vengará.

Necesito estar solo un momento, fuera del alcance de las voces. Me ha absorbido, me ha impresionado demasiado el arte con que Trudy se asoma al pozo de mi aflicción. Y más allá de eso, el misterio de cómo el amor a mi madre crece en proporción a mi odio. Ella es ahora el único progenitor que tengo. No sobreviviré sin ella, sin la envolvente mirada verde a la que sonreír, sin la voz amorosa que me susurre dulzuras al oído, sin las manos frescas que se ocupen de mis partes pudendas.

Los agentes se van. Mi madre sube la

escalera con pasos lentos y trabajosos. Con la mano bien agarrada a la barandilla. Uno-dos y pausa, uno-dos y pausa. Emite un tarareo repetido sobre una nota menguante, exhala por las narinas un gemido de compasión o de tristeza. *Nnng...*, *nng*. La conozco. Algo se está gestando, el preludio de una constatación. Urdió una trama, un puro artificio, un maligno cuento de hadas. Ahora su fantasiosa historia la está abandonando, cruza la frontera como yo he hecho esta tarde, pero a la inversa, pasa por delante de las garitas sin centinelas, se alza en su contra y se suma al bando de la realidad social, de la insipidez cotidiana del mundo laboral,

de los contactos humanos, las citas, las obligaciones, las videocámaras, los ordenadores con memorias inhumanas. En suma, de las consecuencias. El cuento se ha vuelto cruento.

Machacada por la bebida y por el sueño atrasado, camina conmigo auestas en dirección al dormitorio. *Estaba claro que no podía resultar, se dice a sí misma. No era más que mi estúpido despecho. Sólo soy culpable de un error.*

El siguiente paso está cerca, pero no lo dará todavía.

Avanzamos hacia el sueño profundo de Claude, un montículo, una curva de campana de sonido amortiguado por la ropa de la cama. Al exhalar, un gemido largo y estreñido, cuyo término inminente puntean unas sibilantes eléctricas. Le sigue una pausa prolongada que, si le amases, podría alarmarte. ¿Ha dado el último suspiro? Si no lo amas, esperas que sí. Pero finalmente una aspiración más corta y ávida, marcada por el estertor de una

mucosidad reseca y, en la cumbre ventosa, el triunfal ronroneo del velo del paladar. El aumento del volumen anuncia que estamos muy cerca. Trudy dice su nombre. Siento que extiende la mano hacia Claude mientras él se zambulle en sus sibilantes. Ella está impaciente, necesita compartir su éxito, y le toca no precisamente con suavidad el hombro. Él tose sin arrancar, como el coche de su hermano, y tarda unos segundos en encontrar las palabras para formular la pregunta.

—¿Qué cojones...?

—Está muerto.

—¿Quién?

—¡Por Dios! Despierta.

Arrancado de la fase más profunda del sueño, tiene que sentarse en el borde de la cama, según me informa el colchón quejumbroso, y aguardar a que su circuito neuronal le devuelva a la historia de su vida. Soy lo bastante joven para no dar por sentada esta conexión. Veamos, ¿dónde estaba? Ah, sí, intentando asesinar a su hermano. ¿Ha muerto de verdad? Por fin, Claude vuelve a ser él.

—¡Me dejas de piedra!

Ahora sí se siente con ánimo de levantarse. Son las seis de la tarde, observa. Se levanta, animado, estira los brazos atléticamente con un crujido de hueso y cartílago y luego va del

dormitorio al cuarto de baño silbando alegremente, con un vibrato potente. Por la música ligera que he oído sé que es el tema central de *Éxodo*. Grandioso, con un falso estilo romántico para mi oído recién formado, poesía orquestal redentora para el de Claude. Está feliz. Trudy, entretanto, se sienta en silencio en la cama. Lo está macerando. Por fin, con una sosa monotonía, le cuenta lo de la visita, la amabilidad de la policía, el hallazgo del cadáver, la hipótesis inicial sobre la causa de la muerte. A cada una de estas noticias, transmitidas como si fueran malas, Claude entona: «Maravilloso.» Con un gemido, se

agacha para atarse los cordones de los zapatos. Ella dice:

–¿Qué has hecho con el sombrero?

Se refiere al fedora de mi padre de ala ancha.

–¿No lo has visto? Se lo he dado.

–¿Qué ha hecho con él?

–Lo llevaba en la mano cuando se ha ido. No te preocupes. Estás *preocupada*.

Ella suspira, piensa un momento.

–La policía ha sido encantadora.

–Viuda desconsolada y demás.

–No me fío de ellos.

–Tú tranquila.

–Volverán.

–Tú... tranquila.

Dice estas dos palabras con énfasis y

una siniestra cesura. Siniestra o malhumorada.

Ha vuelto al cuarto de baño, cepillándose el pelo, ya no silba. La atmósfera está cambiando.

Trudy dice:

–Quieren hablar contigo.

–Por supuesto. Con su hermano.

–Les he hablado de lo nuestro.

Hay un silencio antes de que él responda:

–Una pequeña idiotez.

Trudy carraspea. Tiene la lengua seca.

–No, no lo es.

–Déjales que lo descubran. O pensarán que estás ocultado algo, intentando adelantarte.

–Les he dicho que John estaba deprimido por culpa nuestra. Un motivo más para que él...

–Vale, vale. No está mal. Hasta podría ser verdad. Pero.

Se apaga, sin estar seguro de lo que piensa que ella debería saber.

Que John Cairncross podría haberse matado por amor a ella si ella no le hubiera matado antes: hay pathos y culpa en esta idea recursiva. Creo que a ella no le gusta el tono desenfadado y hasta desdeñoso de Claude. Es una mera suposición. Por mucho que te acerques a los demás, nunca puedes meterte en su piel, aunque estés dentro. Creo que se

siente herida. Pero aún no dice nada. Los dos sabemos que pronto llegará.

Surge la pregunta de siempre. ¿Es así de estúpido Claude en realidad? Desde el espejo del baño él sigue el pensamiento de mi madre. Sabe cómo contrarrestar el sentimentalismo en el caso de John Cairncross. Alza la voz:

—Querrán hablar con esa poeta.

Mencionarla es un bálsamo. Cada célula del cuerpo de Trudy admite que su marido merecía la muerte. Odia a Elodie más de lo que ama a John. Elodie estará sufriendo. Un bienestar que emana de la sangre me invade y al instante estoy en la cresta, propulsado hacia delante como un surfista por el

rompiente perfecto de una ola de perdón y amor. Una ola alta, deslizante, lisamente tubular que podría llevarme a donde quizá empezara a sentir afecto por Claude. Pero me resisto. Qué degradación, aceptar de segunda mano cada arranque afectivo de mi madre y estar cada vez más atado a su crimen. Pero es duro separarme de ella cuando la necesito. Y, a fuerza de revolver las emociones, la necesidad se convierte en amor, como la leche en mantequilla.

Ella dice, con una voz dulce y reflexiva:

—Oh, sí, tendrán que hablar con Elodie. —Y después añade—: Claude, sabes que te quiero.

Pero él no lo capta. Lo ha oído demasiadas veces. Y dice:

—No me importaría ser la típica mosca en la pared.

Oh, mosca típica, oh, pared, ¿cuándo aprenderás a hablar sin torturarme? Hablar no es más que una forma de pensar y él debe de ser tan estúpido como parece.

Al salir del eco del cuarto de baño cambia de tema y dice, como si nada:

—Puede que haya encontrado un comprador. Una mínima posibilidad. Pero te lo diré más tarde. ¿Los policías han dejado tarjetas? Me gustaría saber sus nombres.

Ella no lo recuerda y yo tampoco. El

humor de mi madre fluctúa de nuevo. Creo que mira fijamente a Claude cuando dice, simplemente:

–Está *muerto*.

Es, en efecto, un hecho sorprendente, apenas creíble, trascendental, como si acabara de declararse una guerra mundial y el primer ministro se dirigiera al país, mientras las familias se apiñan y las luces se oscurecen por razones que las autoridades no van a revelar.

Claude está de pie a su lado, su mano descansa en el muslo de Trudy cuando la acerca hacia él. Se besan larga, profundamente, enroscando las lenguas y la respiración.

–Bien muerto –murmura él en su boca.

Su dura erección me oprime la espalda. Luego, en un susurro—: Lo hemos hecho. Juntos. Tú y yo juntos somos brillantes.

—Sí —dice ella, entre beso y beso. Me cuesta oírles a causa del roce de la ropa. El entusiasmo de Trudy quizá no es como el de Claude.

—Te quiero, Trudy.

—Y yo a ti.

Hay poco compromiso en ese «y». Cuando ella avanzaba él retrocedía, y ahora es al revés. Así es su baile.

—Tócame.

No es del todo una orden, porque Claude lo dice con voz débil, suplicante. Ella le tira de la cremallera. Crimen y sexo, sexo y culpa. Más dualidades. El

movimiento sinuoso de los dedos de Trudy transmite placer. Pero no suficiente. Él le presiona los hombros, ella se arrodilla, se rebaja y «se lo mete en la boca», tal como les he oído decir. Yo no me imagino deseando algo así. Pero tener a Claude satisfecho, a muchos centímetros de mí, me quita un peso de encima. Me molesta el hecho de que lo que ella traga me llegue en forma de nutriente y me haga parecerme un poco a él. ¿Por qué, si no, los caníbales evitaban comerse a los imbéciles?

Acaban enseguida, con apenas un grito sofocado. Él retrocede y se sube la cremallera. Mi madre traga dos veces. Él no le ofrece nada a cambio y creo que

ella tampoco quiere nada. Pasa de largo ante él, cruza el dormitorio hasta la ventana y se queda allí, de espaldas a la cama. Pienso que mira hacia los bloques de pisos. Mi infeliz sueño de un futuro allí se halla ahora más cerca. Ella repite en voz baja, porque él está chapoteando otra vez en el baño: «Está muerto..., muerto.» No parece convencida. Y al cabo de unos segundos, murmura: «Oh, Dios mío.» Le tiemblan las piernas. Está a punto de llorar, pero no, esto es algo tan serio que no admite lágrimas. Aún tiene que asimilar su propia noticia. Los hechos hermanados son enormes y ella está demasiado cerca para ver

totalmente el doble horror: la muerte de él y su intervención en ella.

La odio a ella y su remordimiento. ¿Cómo ha podido rebajarse de John a Claude, de la poesía a un goteo de clichés? Rebajarse a vivir en una pocilga repugnante y a revolcarse en la basura con un amante idiota, dormir en la mierda y el éxtasis, planear el robo de una casa, infligir un dolor monstruoso y una muerte humillante a un hombre bueno. Y ahora boquea y tiritita por lo que ha hecho, como si la asesina fuera otra persona: una triste hermana que, internada en un psiquiátrico, se ha fugado con el cerebro envenenado y descontrolada, una hermana fea, que

fuma sin parar y sufre compulsiones siniestras, la inveterada vergüenza de la familia, digna de suspiros «Oh, Dios mío» y del reverente susurro del nombre de mi padre. Mira cómo pasa, sin pestañear, el mismísimo día y sin sonrojarse, del asesinato a la autocompasión.

Claude aparece detrás. Las manos que pone de nuevo en sus hombros son las de un hombre recién distendido por un orgasmo, un hombre ansioso de cuestiones prácticas y de especulaciones terrenales incompatibles con una erección que nubla el entendimiento.

—¿Sabes qué? El otro día lo estaba leyendo. Y acabo de darme cuenta. Es lo

que deberíamos haber utilizado. Difenhidramina. Un tipo de antihistamínico. La gente dice que los rusos la usaron con aquel espía al que metieron en una bolsa de deportes. Se lo pusieron en el oído. Antes de marcharse subieron los radiadores para que la sustancia se le disolviese en los tejidos sin dejar rastro. Vaciaron la bolsa en la bañera, no querían que los fluidos les goteasen a los vecinos del piso de abajo...

—Ya basta.

No lo dice enérgica. Más bien resignada.

—Tienes toda la razón. No hay que pasarse. Lo hemos conseguido, de todos

modos. –Se pone a canturrear–. «Dijeron que estás jodido, que tu número se pasa de grosero, pero lo hicimos.»

Las tablas del suelo ceden bajo los pies de mi madre. Claude está haciendo un bailecito.

En vez de volverse, ella se queda inmóvil. Le odia tanto como yo la odiaba antes a ella. Él se ha puesto a su lado, compartiendo el panorama, y trata de encontrar su mano.

–Lo importante es lo siguiente –dice, en tono solemne–. Nos interrogarán por separado. Nuestras versiones tienen que coincidir. O sea: él ha venido esta

mañana. A tomar un café. Muy deprimido.

–He dicho que nos peleamos.

–Muy bien. ¿Cuándo?

–Justo cuando se iba.

–¿Por qué motivo?

–Quería que yo desalojara la casa.

–Bien. O sea: ha venido esta mañana.

A tomar un café. Muy deprimido y...

Ella suspira, como haría yo.

–Escucha. Cuéntalo todo como ha sido, menos los *smoothies*, más la pelea. No hace falta ensayar.

–Vale. Esta noche. Esta noche yo me ocupé de los vasos, de todos. En tres sitios diferentes. Otra cosa. Él llevaba guantes en todo momento.

–Ya sé.

–Y cuando limpies la cocina, ni una pizca de *smoothie* que...

–Ya sé.

Él se aleja para dar otro bailecito por la habitación. Presiente el éxito, está inquieto, nervioso, excitado. Que ella no lo esté también exacerba su impaciencia. Hay cosas que hacer y, en su defecto, cosas que planear. Quiere salir de aquí. ¿Pero adónde? A medias tararea y a medias canta algo nuevo. «Cariño, cariño, te amo...» Eso no me tranquiliza. Ha vuelto a nuestro lado, y ella está rígida junto a la ventana, pero él no intuye el peligro.

–Sobre la venta –dice, interrumpiendo

su canción—. En lo más íntimo siempre he pensado que quizá tengamos que aceptar un precio inferior al del mercado por si tenemos que salir pi...

—Claude.

Murmura su nombre en dos notas, la segunda más baja que la primera. Una advertencia.

Pero él no cede. No le he visto nunca tan contento, o tan desagradable.

—Ese tío es un constructor, un contratista. Ni siquiera necesita mirar alrededor. Lo que cuenta son los metros cuadrados. Apartamentos, ya sabes. Y recoger las *ganancias*...

Ella se vuelve.

—¿Pero no te das cuenta?

–¿De qué?

–¿De verdad eres tan increíblemente estúpido?

La pregunta justa. Pero el humor de Claude también ha cambiado. Si quiere puede sonar peligroso.

–Explícamelo.

–Se te ha pasado por alto.

–Evidente.

–Hoy, hace unas horas.

–¿Sí?

–He perdido a mi marido.

–¡No!

–El hombre a quien amé en un tiempo y que me amaba, y que moldeó mi vida, le dio un sentido...

Un nudo en los tendones de la

garganta le impide seguir. Pero Claude está embalado.

—Mi querida ratita, eso es horrible. Perdido, dices. ¿Dónde has podido dejarlo? ¿Dónde lo pusiste la última vez? Debes de haberlo dejado en algún sitio.

—¡Basta!

—¡Perdido! Déjame pensar. ¡Ya sé! Acabo de recordar. Lo dejaste en la MI, al borde de la carretera, tendido en la hierba con la panza llena de veneno. Figúrate que olvidamos eso.

Podría haber continuado, pero Trudy balancea el brazo y le golpea en la cara. No es una bofetada de mujer, sino un puñetazo que me descoloca la cabeza.

–Estás lleno de rencor –dice ella, con una calma sorprendente–. Porque siempre has estado celoso.

–Vaya, vaya –dice él, con la voz sólo un poco más espesa–. La verdad desnuda.

–Odiabas a tu hermano porque nunca has podido ser un hombre como él.

–Mientras que tú le has querido hasta el final. –Claude ha vuelto a adoptar un asombro fingido–. ¿Y qué era aquello tan inteligente que alguien me dijo no sé si anoche o la noche anterior? «Lo quiero muerto. Y tiene que ser mañana.» No la amorosa mujer de mi hermano, que moldeó su vida.

–Me emborrachaste. Es lo que sueles

hacer.

—¿Y a la mañana siguiente quién fue la que, al proponer un brindis por el amor, engatusó al hombre que dio sentido a su vida para que levantara un vaso lleno de veneno? Sin duda no la amorosa mujer de mi hermano. Oh, no, no mi querida ratita.

Comprendo a mi madre, conozco su corazón. Afronta los hechos tal como los ve. El crimen, en otro tiempo una secuencia de planes y su representación, ahora en su memoria parece un objeto, inamovible, acusador, una fría estatua de piedra en el claro de un bosque. Una medianoche glacial en pleno invierno, una luna menguante, y Trudy huye

deprisa por un helado camino de bosque. Se vuelve para volver a mirar la figura lejana, medio tapada por ramas desnudas y madejas de niebla, y ve que el crimen, el objeto de sus pensamientos, no es en absoluto un crimen. Es una equivocación. Siempre lo ha sido. Lo sospechaba desde el principio. Cuanto más se aleja más claro le parece. Ella no es una malvada, sólo estaba equivocada, y no es una asesina. El crimen debe de estar en otro lugar del bosque y el criminal es otra persona. No admiten discusión los hechos que señalan como culpable principal a Claude. Su tono despectivo no puede protegerle. Le condena.

Y no obstante. Y no obstante. Y no obstante le desea ardientemente. Cada vez que la llama ratita, un arabesco de excitación, una contracción fría se aloja en su perineo, un gancho gélido que tira de ella hacia abajo, hacia una cornisa estrecha, y le recuerda las simas en las que ya se ha desvanecido, las Paredes de la Muerte a las que ha sobrevivido demasiadas veces. ¡Su ratita! Qué humillación. La tiene en la palma de la mano. Mascota. Indefensa. Temerosa. Despreciable. Prescindible. ¡Oh, ser su ratita! Aunque sabe que es una locura. Es tan difícil resistirse. ¿Puede oponer resistencia?

¿Es una mujer o una ratita?

Un silencio que no sé interpretar sigue a la burla de Claude. Tal vez lamenta su sarcasmo o está molesto porque le han bajado de su desenfadada atalaya de júbilo. Quizá ella también está molesta, o quiere recuperar su papel de ratita. Sopeso estas posibilidades mientras él se aparta de ella. Se sienta en el extremo de la cama revuelta y teclea en su móvil. Ella se queda en la ventana, de espaldas a la habitación y de frente a su porción de Londres, el tráfico vespertino que

mengua, los trinos dispersos de los pájaros, rombos de nubes estivales y caos de tejados.

Cuando por fin habla su voz es malhumorada y seca.

—No voy a vender esta casa sólo para que te hagas rico.

La respuesta de Claude es inmediata. Es el mismo tono de punzante burla.

—No, no. Seremos ricos los dos juntos. O, si prefieres, pobres en cárceles separadas.

Lo plantea amablemente como amenaza. ¿Lo creerá ella, que va a hundirles a los dos? Altruismo negativo. Tirar piedras contra tu propio tejado. ¿Cómo debería reaccionar ella? Tengo

tiempo para pensarlo porque aún no ha respondido. Yo diría que está un poco impresionada por este chantaje implícito. Lo lógico sería que ella le insinuara lo mismo. En teoría, los dos tienen el mismo poder sobre el otro. Abandona esta casa. No regreses nunca. *O se lo diré todo a la policía.* Pero hasta yo sé que el amor no se guía por la lógica ni el poder se distribuye equitativamente. Los enamorados llegan a sus primeros besos con tantas cicatrices como anhelos. No siempre buscan beneficios. Algunos necesitan un refugio, otros sólo quieren la hiperrealidad del éxtasis, por lo cual dirán mentiras vergonzosas o harán

sacrificios irracionales. Pero rara vez se preguntan a sí mismos qué necesitan o qué desean. Es débil el recuerdo de fracasos anteriores. Las infancias brillan en la piel adulta, provechosamente o no. Al igual que las leyes de la herencia que determinan una identidad. Los amantes no saben que no existe el libre albedrío. No he oído suficientes radionovelas para saber algo más, aunque las canciones pop me han enseñado que en diciembre no sienten lo mismo que en mayo, y que tener útero puede ser incomprensible para quienes no lo tienen, y que lo contrario también es verdad.

Trudy se vuelve hacia la habitación.

Su voz baja, lejana, me produce un escalofrío.

—Estoy asustada.

Ve ya que sus planes se han torcido, a pesar de los indicios anteriores de éxito. Está tiritando. Reivindicar su inocencia no es viable. La perspectiva de una disputa con Claude le ha revelado lo solitaria que podría ser su independencia. Su gusto por el sarcasmo es nuevo para ella, la asusta, la desorienta. Y desea a Claude, a pesar de que el crimen que han perpetrado le ha corrompido la voz, el tacto y los besos. La muerte de mi padre no será ignorada, se ha desgajado de la tabla o del cajón de acero inoxidable de la morgue y

revolotea en el aire del atardecer por la North Circular, sobre esos mismos tejados del norte de Londres. Ahora está en la habitación, en el pelo, en las manos de mi madre y en la cara de Claude: una máscara iluminada que mira boquiabierta, inexpresiva, el teléfono que tiene en la mano.

—Escucha esto —dice él, como si estuvieran tomando el desayuno el domingo—. De un periódico local. El de mañana. Encontrado el cuerpo de un hombre junto al arcén de la MI, en la confluencia, etcétera, etcétera. Mil doscientas llamadas de motoristas que pasaban a los servicios de urgencia, etcétera. El hombre llegó muerto al

hospital, confirma el portavoz de la policía, etcétera. Aún se desconoce su nombre... Y aquí está lo interesante. «Por el momento, la policía no considera que la muerte sea un homicidio.»

—Por el momento —murmura ella. Luego sube el volumen de voz—. Pero no entiendes lo que intento...

—¿Que es?

—Está muerto. ¡*Muerto!* Es tan... Y... — Está empezando a llorar—. Y duele.

Claude se limita a ser razonable.

—Lo que entiendo es que querías verle muerto y ahora...

—¡Oh, John! —llora ella.

—Así que nos armaremos de valor ante

lo que venga. Y seguiremos con...

–Hemos... hecho... algo horrible –dice ella, olvidando que desmiente su pretensión de inocencia.

–La gente normal no tendría agallas para hacer lo que hemos hecho. Mira, te leo otro. *Luton Herald and Post*. La mañana de ayer...

–¡No! Por favor, no.

–Vale, vale. Dice lo mismo, de todas formas.

Ahora ella está indignada.

–Escriben «un hombre muerto» y para ellos no significa nada. Sólo palabras. Mecanografía. No tienen ni idea de lo que significa.

–Pero tienen razón. Resulta que sé una

cosa. Ciento cinco personas mueren cada minuto en el mundo. Prácticamente dos por segundo. Sólo para darte cierta perspectiva.

Dos segundos de pausa para que ella lo asimile. Después rompe a reír, una risa involuntaria, desprovista de alegría, que desemboca en sollozos; al final se abre paso entre ellos y consigue decir:

—Te odio.

Él se le acerca, le pone la mano en el brazo, le murmura al oído.

—¿Me odias? No me excites otra vez.

Pero ya lo ha hecho. Entre los besos de él y las lágrimas de ella, mi madre dice:

—Por favor. No. Claude.

Ella no se vuelve ni le rechaza. Claude tiene los dedos debajo de mi cabeza, los mueve despacio.

—Oh, no —susurra ella, aproximándose a él—. Oh, no.

¿Pena y sexo? Sólo puedo teorizar. Defensas débiles, tejidos blandos aún más reblandecidos, una resiliencia emocional que cede el paso a una confianza pueril en un abandono gustoso. Espero no averiguarlo nunca.

Claude la ha llevado hacia la cama, le ha quitado las sandalias, el vestido veraniego de algodón, y vuelve a llamarla ratita, aunque sólo una vez. La empuja para que se eche de espaldas. El consentimiento tiene aristas duras.

¿Consiente una mujer en duelo cuando levanta las nalgas para que le despojen de las bragas? Yo diría que no. Ha rodado hacia el costado: la única iniciativa que toma. Entretanto yo estoy tramando un plan, un gesto de último recurso. Mi último cartucho.

Él está arrodillado a su lado, probablemente desnudo. En un momento así, ¿qué sería lo peor? Claude me facilita velozmente la respuesta: a estas alturas del embarazo, el alto riesgo médico de la postura del misionero. Imparte una orden muda —cómo la encandila— y la tumba de espaldas, le separa las piernas con un indiferente golpe de revés y se dispone, por lo que

el colchón me dice, a hundir su protuberancia sobre la mía.

¿Mi plan? Claude excava hacia mí y tengo que ser rápido. Oscilamos, crujiomos, sometidos a una gran presión. Un agudo sonido electrónico aúlla en mis oídos, los ojos me escuecen y se me salen de las órbitas. Necesito usar los brazos, las manos, pero hay muy poco espacio. Lo diré enseguida: voy a suicidarme. Un infanticidio, un homicidio, de hecho, debido a la temeraria acometida de mi tío contra una mujer embarazada, ya casi al final del tercer trimestre. Detienen a Claude, juicio, sentencia, prisión. La muerte de mi padre ha sido vengada. A medias,

porque en la dulce Gran Bretaña no ahorcan a los asesinos. Voy a aleccionar a Claude sobre el arte del altruismo negativo. Para quitarme la vida necesitaré el cordón, tres vueltas de la lazada mortal alrededor del cuello. Oigo a lo lejos los suspiros de mi madre. La ficción del suicidio de mi padre me inspirará para mi propio intento. La vida imitando al arte. Ser un nacido muerto – una definición tranquila extraída de la tragedia– posee un sencillo encanto. Ya llegan los golpes sordos que me aporrean el cráneo. Claude se embala, emprende el galope, su respiración es ronca. Mi mundo se estremece pero el cordón está en su sitio, lo agarro con las

dos manos, doblado hacia atrás tiro muy fuerte, con la devoción de un campanero. Qué fácil. Una presión resbaladiza contra la carótida común, un cauce vital que adoran los degolladores. Puedo. ¡Más fuerte! Una sensación de caída vertiginosa, de sonido que se vuelve sabor, de tacto que se transforma en sonido. Una negrura creciente, la más negra que he visto, y mi madre murmurando sus adioses.

Claro que, por supuesto, destruir el cerebro es matar la voluntad de destruirlo. En cuanto empiezo a desfallecer, los puños se me aflojan y la vida retorna. De inmediato oigo signos de vida robusta: sonidos íntimos, como

a través de las paredes de un hotel barato. Después más nítidos, cada vez más nítidos. Es mi madre. Ahí va, catapultada hacia una de sus emociones peligrosas.

Pero la Pared de la Muerte de mi prisión es demasiado alta. He caído de nuevo al patio de ejercicios de la estúpida existencia.

Al final Claude retira su peso repulsivo —celebro su tosca brevedad— y recupero mi espacio, aunque siento un hormigueo en las piernas. Me estoy recobrando mientras Trudy se recuesta, desmayada por el agotamiento y por los remordimientos habituales.

Lo que más temo no son los parques temáticos del Paraíso y del Infierno –las atracciones celestiales, las muchedumbres infernales–, y podría sobrellevar el insulto del olvido eterno. Ni siquiera me importa no saber a cuál de los dos iré. Lo que temo es perdermelos. Deseo saludable o pura glotonería, en primer lugar quiero mi vida, mi nacimiento, mi cuota infinitesimal de tiempo infinito y la posibilidad fiable de una conciencia. Se me debe un puñado de decenios para probar suerte en un planeta que gira libremente. Ésa es la atracción de mi feria: la Pared de la Vida. Quiero mi *oportunidad*. Quiero *llegar a ser*. Dicho

de otro modo, hay un libro que quiero leer y que todavía no se ha publicado ni se ha escrito, aunque ya está empezado. Quiero leer hasta el final *Mi historia del siglo XXI*. Quiero estar ahí, en la última página, cuando sea octogenario, endeble pero vivaracho, bailando una giga la noche del 31 de diciembre de 2099.

Puede que concluya antes de esa fecha y por eso es una especie de thriller, violento, sensacional, muy comercial. Un compendio de sueños con elementos de terror. Pero también está destinado a ser una historia de amor y un relato heroico de ingenio brillante. Como botón de muestra, leed la precuela, los

cien años anteriores. Una lectura desoladora, por lo menos hasta la mitad, pero absorbente. Unos cuantos capítulos que se salvan, los de, pongamos, Einstein y Stravinski. En el nuevo libro, una de las muchas tramas sin resolver es la siguiente: ¿se librarán de una contienda nuclear sus nueve mil millones de héroes? Veámoslo como una competición de un deporte de contacto. Sorteemos a los equipos. India contra Pakistán, Irán contra Arabia Saudí, Israel contra Irán, Estados Unidos contra China, Rusia contra Estados Unidos y la OTAN, Corea del Norte contra el resto. Para aumentar las posibilidades del

marcador, añadamos más equipos: vendrán los jugadores sin Estado.

¿Hasta qué punto estarán nuestros héroes resueltos a sobrecalentar su chimenea? Un comfortable incremento de 1,6 grados, el pronóstico o la esperanza de unos pocos escépticos, abrirá la tundra a montañas de trigo, chiringuitos de playa en el Báltico y mariposas de colores en los Territorios del Noroeste. En el extremo más oscuro del pesimismo, cuatro grados lacerantes depararán calamitosas inundaciones y sequías y todo tipo de negras y convulsas tempestades políticas. Más tensión narrativa en tramas secundarias de interés local: ¿persistirá en su frenesí

Oriente Medio?, ¿lo verterá en Europa y la cambiará para siempre? ¿Bañará el islam una extremidad febril en el refrigerante estanque de la reforma? ¿Concedería Israel un centímetro o dos de desierto a aquellos a quienes desplazó del mismo? Los sueños seculares de unión de Europa quizá se disipen antes que los odios antiguos, el nacionalismo a pequeña escala, los desastres económicos y las discordias. O quizá mantenga su rumbo. Necesito saberlo. ¿Será apacible el declive de los Estados Unidos? Improbable. ¿Tomará China conciencia, lo hará Rusia? ¿Lo harán las finanzas y las corporaciones globales? Agreguemos después las

seductoras constantes humanas: el sexo y el arte, el vino y la ciencia, las catedrales, los paisajes, una búsqueda más acendrada de sentido. Por último, el océano particular de los deseos: los míos, estar descalzo en una playa alrededor de una hoguera, pescado a la brasa, limonada, música, la compañía de amigos, alguien que me ame y que no sea Trudy. Mi derecho a nacer en un libro.

De modo que mi intento me avergüenza, me alivia haber fracasado. A Claude (que ahora tararea en voz alta en el cuarto de baño resonante) hay que atraparlo por otros medios.

Han transcurrido quince minutos escasos desde que ha desnudado a mi

madre. Intuyo que estamos entrando en una nueva fase de la velada. Por encima del ruido de los grifos abiertos, Claude grita que está hambriento. Tras el degradante episodio que ha vivido y el sosiego de su pulso, creo que mi madre retomará el tema de su inocencia. Juzgará inoportuna la alusión de Claude a la cena. Hasta desalmada. Trudy se incorpora, se pone el vestido, encuentra las bragas entre la ropa de cama, se calza las sandalias y va a mirarse en el espejo de su tocador. Empieza a trenzarse el cabello despeinado del que cuelgan los rizos rubios que su marido un día celebró en un poema. Esto le da tiempo para recuperarse y pensar. Usará

el cuarto de baño cuando Claude haya salido. Ahora le repugna la idea de tenerle cerca.

El asco le devuelve la idea de pureza y de propósito. Hace sólo unas horas ella estaba al mando. Podría recobrarlo, siempre que no recaiga en su flaqueza enfermiza y sumisa. Por el momento está bien, se ha relajado, saciado, es inmune, pero el bichito la acecha, podría inflarse otra vez y volverse una fiera que le trastorne la mente, que la arrastre..., y una vez más Claude sería su dueño. Asumir el mando, sin embargo... La siento cavilar mientras ladea su cara encantadora ante el espejo para hacerse otra trenza. Impartir órdenes como ha

hecho esta mañana en la cocina, idear el paso siguiente, será dominar la ofensiva. Ojalá pudiera asentarse en la pena sin culpa de la viuda doliente.

De momento hay tareas prácticas. Todos los utensilios contaminados, los vasos de plástico, la misma batidora que hay que tirar lejos de la casa. Hay que eliminar las huellas de la cocina. Sólo las tazas de café tienen que quedarse en su sitio encima de la mesa, sin lavar. Estos quehaceres aburridos mantendrán el horror a distancia durante una hora. Quizá por eso ella descansa una mano tranquilizadora en la loma que me contiene, cerca de mi zona lumbar. Un gesto de esperanza amorosa para nuestro

futuro. ¿Cómo ha podido pensar en entregarme a otros? Me necesitará. Yo iluminaré la penumbra de inocencia y patetismo que querrá tener alrededor. Madre e hijo: una gran religión ha tejido sus mejores historias en torno a este poderoso símbolo. Sentado en sus rodillas, apuntando hacia el cielo, yo la haré inmune a la persecución. Por otra parte —cómo odio esta expresión—, no ha habido preparativos para mi llegada, no han preparado ropa ni muebles ni ha habido una compulsiva confección del nido. Que yo sepa, nunca he estado con mi madre en una tienda. El futuro amoroso es una fantasía.

Claude sale del baño y se dirige al

teléfono. Está pensando en comida, un restaurante indio de comida a domicilio, o eso murmura. Ella pasa a su lado y emprende sus propias abluciones. Cuando terminamos él sigue en el teléfono. Ha cambiado la comida india por la danesa: sándwiches abiertos, arenques en escabeche, carnes asadas. Hace un encargo excesivo, un impulso natural después de un asesinato. Para cuando acaba, Trudy ya está lista, con las trenzas hechas, aseada, con ropa interior limpia, un vestido nuevo, zapatos en lugar de sandalias, un toque de perfume. Está asumiendo el mando.

—Hay una bolsa vieja de lona en el armario debajo de la escalera.

–Primero voy a comer. Me muero de hambre.

–Ve ahora. Pueden volver en cualquier momento.

–Lo haré a mi manera.

–Lo harás como te...

¿De verdad iba a decir «como te diga»? Qué distancia ha recorrido para tratarle como a un niño cuando hace un momento era su juguete. Él podría no haberle hecho caso. Podría haber habido una pelea. Pero lo que Claude hace es descolgar el teléfono. No son los daneses confirmando la comanda, ni siquiera es el mismo teléfono. Mi madre se ha puesto detrás de él para mirar. No es el fijo, sino el videoportero. Están

mirando a la pantalla, asombrados. La voz llega distorsionada, sin registros graves, se trata de una súplica aguda y apremiante.

–Por favor. ¡Tengo que verla!

–Oh, Dios –dice mi madre, visiblemente contrariada–. Ahora no.

Pero Claude, todavía irritado por las órdenes que recibe, tiene motivos para reafirmar su autonomía. Aprieta el botón, cuelga el teléfono y hay un momento de silencio. No tienen nada que decirse. O tienen demasiado.

Después todos bajamos la escalera para recibir a la poeta búho.

Mientras bajamos tengo tiempo de reflexionar aún más sobre mi afortunada indecisión, sobre el bucle contraproducente de quien se estrangula. Hay intentos condenados de antemano, no por cobardía sino por su propia naturaleza. Franz Reichelt, el sastre volador, saltó fatídicamente desde la torre Eiffel en 1912, con un traje paracaídas holgado, convencido de que su invento podría salvar vidas de aviadores. Antes del salto hizo una

pausa de cuarenta segundos. Cuando por fin se inclinó hacia delante y se lanzó al vacío, la corriente de aire superior le enrolló la tela al cuerpo de tal manera que cayó como una piedra. Los hechos, las matemáticas, estaban en su contra. Al pie de la torre abrió una tumba somera de quince centímetros en el helado pavimento de París.

Lo cual me retrotrae, en el lento cambio de sentido que realiza Trudy en el primer rellano, por la vía de la muerte, a la cuestión de la venganza. Cada vez está todo más claro y eso me alivia. Venganza: es un impulso instintivo, poderoso... y perdonable. Insultados, engañados, mutilados, nadie

puede resistir la tentación de rumiar desquite. Y aquí, en este extremo remoto, con el asesinato de un ser querido, las fantasías son incandescentes. Somos seres sociables, hubo un tiempo en que nos manteníamos a raya unos a otros mediante la violencia o la amenaza, como una jauría de perros. Hemos nacido con esta exquisita capacidad de expectación. ¿Para qué sirve la imaginación sino para hacer reales y elaborar y repetir las malditas posibilidades? La venganza puede efectuarse cien veces en el curso de una noche de insomnio. El impulso, la intención en sueños, es humano, normal, y deberíamos perdonarnos.

Pero la mano levantada, la auténtica acción violenta, está maldita. Lo dicen las matemáticas. No hay retorno al *statu quo ante*, no hay bálsamo, no hay un dulce respiro o nada de todo eso que dure. Sólo un segundo crimen. Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas, dijo Confucio. La venganza descose una civilización. Es el retorno a un miedo visceral y constante. Mirad a los desdichados de los albaneses, crónicamente sometidos al *kanun*, su necio culto a los pleitos de sangre.

O sea que cuando llegamos al descansillo delante de la valiosa biblioteca de mi padre, yo ya me he

absuelto, no de pensamientos, sino de obra, de vengar su muerte en esta vida o en la posnatal siguiente. Y también me absuelvo de cobardía. La eliminación de Claude no me devolverá a mi padre. Estoy ampliando al tiempo de una vida los cuarenta segundos de vacilación de Reichelt. No a la acción impetuosa. Si hubiera resultado lo del cordón, entonces éste, no Claude, habría sido la causa señalada por cualquier patólogo. Un accidente infortunado, anotaría, pero nada infrecuente. Mi madre y mi tío habrían sentido cierto alivio inmerecido.

Si la escalera deja tanto espacio a la reflexión es porque Trudy baja los peldaños más despacio que el caracol

más lento. Por una vez, se agarra con fuerza a la barandilla. Baja los escalones uno a uno, hace un alto en algunos, pondera, suspira. Conozco la situación. La visitante retrasará las tareas esenciales de la casa. La policía podría volver. Trudy no está de humor para una batalla de posesión celosa. Hay una cuestión de precedencia. Le han usurpado la identificación del cuerpo: eso escuece. Elodie es sólo una amante reciente. O no tan reciente. Podría ser anterior a la mudanza a Shoreditch. Otra herida en carne viva que vendar. Pero ¿por qué se presenta aquí? No para recibir o dar consuelo. Quizá sepa o posea alguna información inculpatoria.

Podría causar la ruina de Trudy y Claude. O se trata de un chantaje. De los preparativos del funeral. Nada de eso. ¡No, no! A mi madre no le cuesta el menor esfuerzo negarse. Qué agotador es para ella, como remate de todo lo demás (una resaca, un asesinato, sexo enervante, un embarazo avanzado), verse obligada a ejercer su voluntad y tener que desplegar un odio exagerado a una invitada.

Pero está decidida. Las trenzas ocultan firmemente lo que piensa a todos menos a mí, mientras que su ropa interior —de algodón, no de seda; lo intuyo— y un vestido estampado y corto de verano, correctamente holgado pero

no voluminoso, ocupan, nuevos, su sitio. Intimidatoria, exhibe los brazos, las piernas desnudos y sonrosados, las uñas de los pies pintadas de violeta, toda su belleza indiscutible. Su aspecto es el de un navío, con todos sus aparejos desplegados a desgana y las escotillas de los cañones bajadas. Una mujer guerrera de la que soy su orgulloso mascarón de proa. Baja con movimientos flotantes pero intermitentes. Hará frente a lo que sea.

Para cuando llegamos a la entrada la función ya ha empezado. Y de mala manera. La puerta de la calle se ha abierto y se ha cerrado. Elodie está dentro y entre los brazos de Claude.

–Sí, sí. Ya, ya –murmura él, en respuesta a la sucesión de frases entrecortadas y lacrimosas de Elodie.

–No debería. No está bien. Pero yo. Oh, lo siento. Lo que tiene que ser. Para ti. No puedo. Tu hermano. No puedo evitarlo.

Mi madre se queda al pie de la escalera, tensa de recelo, no sólo por la visitante. Así que se trata de angustia bárdica.

Elodie todavía no es consciente de nuestra presencia. Debe de tener la cara hacia la puerta. Lo que quiere anunciar brota en un staccato de sollozos.

–Mañana por la noche. Cincuenta poetas. De todo el. ¡Oh, le queríamos!

Una lectura en Bethnal. En la biblioteca Green. O fuera. Velas. Un poema cada uno. Nos gustaría tanto que vinieras.

Se detiene para sonarse la nariz. Al hacerlo se aparta de Claude y ve a Trudy.

—Cincuenta poetas —repite él, impotente. ¿Qué idea podría repugnarle más?—. Son muchos.

Los sollozos de Elodie están casi controlados, pero el pathos de sus propias palabras vuelve a provocarlos.

—Oh. Hola, Trudy. Estoy tan, tan apenada. Si tú o. Podrías recitar algunos. Pero lo comprenderíamos. Si tú. Si no pudieses. Qué duro es esto.

La dejamos con su pena, cuyo

volumen asciende hasta una especie de arrullo. Trata de disculparse y al final oímos:

—Comparado con lo que vosotros. ¡Lo siento tanto! No es mi sitio.

Tiene razón, tal como lo ve Trudy. Desplazada otra vez. Superada en aflicción, superada en gemidos, permanece inmóvil al pie de la escalera. Aquí, en el recibidor, donde todavía persisten los residuos fétidos, estamos retenidos en un limbo social. Escuchamos a Elodie y los segundos pasan. ¿Y ahora qué? Claude tiene la respuesta.

—Bajemos. Hay un Pouilly-Fumé en la nevera.

–Yo no. Sólo he venido a.

–Por aquí.

Cuando él, guiando a Elodie, pasa por delante de mi madre, sin duda intercambian una mirada, es decir, el rechazo que destella Trudy debe de chocar con el anodino encogimiento de hombros de Claude. Las dos mujeres no se abrazan, ni siquiera se tocan ni se hablan cuando están a unos centímetros de distancia. Trudy les deja pasar antes de seguirles abajo, a la cocina, donde los delatores, Etilenglicol y Judd Street Smoothie, se esconden en manchas forenses en medio del caos.

–Si te apetece –dice mi madre cuando pisa los tablones pegajosos–, estoy

segura de que Claude te preparará un sándwich.

Este ofrecimiento inocente oculta muchos dardos: es inadecuado para la ocasión; Claude no ha preparado un sándwich en su vida; no hay pan en la casa; no hay nada que meter entre dos rebanadas, aparte del polvo de los frutos secos salados. ¿Y quién comería sin pensar un sándwich de una cocina semejante? Deliberadamente no se ofrece a prepararlo ella; deliberadamente empareja a Elodie y Claude y ella permanece al margen. Es una acusación, un rechazo, una fría retirada envuelta en un gesto hospitalario. Me impresiona, aunque lo

desapruebo. Estos refinamientos no se aprenden con los podcasts.

La hostilidad de Trudy surte un efecto beneficioso sobre la sintaxis de Elodie.

–No podría comer nada, gracias.

–Podrías beber algo –dice Claude.

–Eso sí.

Sigue la consabida secuencia de sonidos: la puerta de la nevera, un negligente tintineo del sacacorchos contra la botella, el sonoro descorche, las copas de anoche enjuagadas debajo del grifo. Pouilly. Justo en la otra orilla del río de Sancerre. ¿Por qué no? Son casi las siete y media. Las pequeñas uvas con su brumosa pelusa gris nos sentarían bien en otro atardecer de calor

sofocante en Londres. Pero yo quiero más. Es como si Trudy y yo llevásemos una semana sin comer. Estimulado por la comanda telefónica de Claude, me apetece de acompañamiento un plato desfasado en el que ya no piensa nadie: *harengs pommes à l'huile*. Resbaladizo arenque ahumado, cerosas patatas nuevas, el primer prensado de las más finas aceitunas, cebolla y perejil picado; añoro un entrante así. Con qué elegancia lo realzaría un Pouilly-Fumé. Pero ¿cómo convencer a mi madre? Sería tan difícil como degollar yo mismo a mi tío. El refinado país de mi tercera elección nunca me ha parecido tan lejano.

Ahora todos estamos sentados a la

mesa. Claude sirve el vino y las copas se alzan en sombrío homenaje al muerto.

En medio del silencio, Elodie dice, en un susurro lleno de asombro:

–Pero suicidio. Es que parece... tan impropio de él.

–Oh, bueno –dice Trudy, y lo deja suspendido en el aire. Ha visto una oportunidad–. ¿Desde cuándo le conocías?

–Desde hace dos años. Cuando enseñaba...

–Entonces no sabías lo de sus depresiones.

La voz calmada de mi madre me oprime el corazón. Qué consuelo para

ella tener fe en un cuento coherente de enfermedad mental y suicidio.

—Mi hermano no estaba precisamente acostumbrado a un camino de rosas.

Empiezo a comprender que Claude no tiene un gran talento para la mentira.

—No lo sabía —dice Elodie, con un hilo de voz—. Siempre era tan generoso. Sobre todo con nosotros, la generación más joven que...

—Una cara totalmente distinta —asegura Trudy, con firmeza—. Me alegro de que sus alumnos no lo vieran.

—Incluso de niño —dice Claude—. Una vez cogió un martillo de nuestro...

—No es el momento de contar esa historia.

Al cortarla en seco, Trudy la ha hecho más interesante.

—Tienes razón —dice él—. Le amábamos de todas formas.

Siento que mi madre se lleva la mano a la cara para tapársela o enjugarse una lágrima.

—Pero no seguía ningún tratamiento. No aceptaba que estuviese enfermo.

En la voz de Elodie hay protesta o queja que no gustará a mi madre ni a mi tío.

—Eso no tiene sentido. John iba a Luton, a pagar al impresor. En metálico. Estaba contentísimo de saldar una deuda. Y esta noche iba a recitar. En el club de poesía del King's College. Tres

de nosotros íbamos a hacerles de teloneros.

—Él adoraba sus poemas —dice Claude.

La angustia eleva el tono de Elodie.

—¿Por qué se pasó y...? Así, sin más. Cuando ya había terminado su libro. Y le habían seleccionado para el Premio Auden.

—La depresión es feroz. —Claude me sorprende con su perspicacia—. Todas las cosas buenas de la vida desaparecen de tu...

Mi madre le interrumpe. Endurece la voz. Está harta.

—Ya sé que eres más joven que yo. Pero ¿cómo tengo que decírtelo? La

editorial con deudas. Él con deudas. Descontento con su obra. Un hijo en camino que no deseaba. Su mujer follándose a su hermano. Una enfermedad de la piel crónica. Y depresión. ¿Queda claro? ¿No crees que sobran tus aspavientos, tus lecturas de poesía y tus premios y decirme a *mí* que no tiene sentido? Te metías en su cama. Date por afortunada.

Trudy, a su vez, es interrumpida. Por un grito y el impacto de una silla que cae hacia atrás.

En este punto advierto que mi padre se ha desvanecido. Como una partícula en física, al huir de nosotros elude una definición; el enérgico, exitoso poeta-

profesor-editor que se propone con calma recuperar la propiedad de su casa, la casa de su padre; o el cornudo desgraciado y engañado, el ingenuo idiota agobiado por las deudas, la miseria y la falta de talento. Cuanto más sabemos del uno, menos creemos al otro.

El primer sonido que emite Elodie es a la vez una palabra y un sollozo.

—¡Nunca!

Un silencio en el curso del cual intuyo que Claude y después mi madre alargan la mano hacia sus bebidas.

—Yo no sabía lo que iba a decir anoche. ¡Todo era mentira! Quería

recuperarte. Intentaba darte celos. Nunca pensó en echarte.

Se le apaga la voz cuando se agacha para enderezar la silla.

—A eso he venido. A decírtelo, y más vale que lo entiendas bien. ¡Nada! Nunca hubo nada entre nosotros. John Cairncross era mi editor, mi amigo y mi maestro. Él me ayudó a convertirme en escritora. ¿Está claro?

Yo soy despiadadamente receloso, pero ellos la creen. Que no fuera amante de mi padre debería ser una liberación para ellos, pero creo que suscita otras posibilidades. Una mujer inoportuna que es testigo de todos los motivos que mi padre tenía para vivir. Qué mala suerte.

–Siéntate –dice Trudy, en voz baja–.
Te creo. No más gritos, por favor.

Claude vuelve a llenar los vasos. El Pouilly-Fumé me parece demasiado flojo, demasiado penetrante. Quizá demasiado joven, no es el adecuado para la ocasión. Haciendo abstracción del calor de una noche de verano, un Pomerol robusto nos sentaría mejor con tantas emociones fuertes a flor de piel. Ojalá hubiera una bodega y yo pudiera bajar ahora a su penumbra polvorienta a coger una botella del botellero. Guardar silencio un momento con ella en la mano, echar una ojeada a la etiqueta, asentir juiciosamente para mis adentros

cuando la subo. La vida adulta, un oasis ausente. Ni siquiera un espejismo.

Imagino los brazos desnudos de mi madre cruzados sobre la mesa y sus ojos serenos y claros. Nadie adivinaría su tormento. John sólo la amaba a ella. Su invocación de Dubrovnik era sincera: su declaración de odio, sus sueños de estrangularla, su amor por Elodie no eran más que mentiras esperanzadas. Pero Trudy no debe hundirse, tiene que mantenerse firme. Está adoptando un modo, una actitud de interrogatorio serio sin hostilidad aparente.

–Tú has identificado el cuerpo.

Elodie también conserva la calma.

–Han intentado localizarte. No

contestabas. Tenían su móvil y han visto las llamadas que me había hecho. Respecto al recital de esta noche, nada más. Estaba tan asustada que pedí a mi novio que me acompañara.

—¿Qué aspecto tenía?

—Se refiere a John —dice Claude.

—Me ha sorprendido. Parecía en paz. Salvo... —Exhala un suspiro agudo, hacia el interior—. Salvo por la boca. Se le había alargado y ensanchado mucho, estirado casi de oreja a oreja, como la sonrisa de un demente. Pero estaba cerrada. De lo cual me alegré.

A mi alrededor, dentro de las paredes y a través de las cámaras carmesíes que hay detrás, noto que mi madre tiembla.

Otro detalle físico así, y se desmoronará.

Al comienzo de mi vida consciente uno de mis dedos, que entonces ni siquiera estaba sometido a mi influencia, rozó una protuberancia en forma de gamba entre mis piernas. Y aunque la gamba y la punta del dedo se encuentran a distinta distancia de mi cerebro, las dos se percibieron simultáneamente, un ejemplo de desviación que la neurociencia denomina el problema de la integración. Días después me volvió a pasar en otro dedo. Cuando me

desarrollé un poco comprendí las consecuencias. La biología es el destino, y el destino es digital y, en este caso, binario. Era desoladoramente simple. La cuestión extrañamente esencial en el fondo de cada nacimiento quedaba ahora resuelta. O esto o lo otro. Nada más. Nadie exclama en el momento de tu deslumbrante aparición: *¡Es una persona!*, sino: *Es una niña, Es un niño.* Rosa o azul: una mejora mínima con respecto a la oferta de Henry Ford de coches de cualquier color con tal de que fueran negros. Sólo dos sexos. Yo estaba decepcionado. Si los cuerpos, las mentes y los destinos humanos son tan complejos, si somos más libres que

ningún otro mamífero, ¿por qué limitar la gama? Me sulfuré y luego, como todo el mundo, me tranquilicé y saqué el mayor partido de mi herencia. Sin duda la complejidad me llegaría en su momento. Hasta entonces mi plan consistía en presentarme como un inglés nacido libre, una criatura de la posilustración inglesa-y-también-escocesa-y-francesa. Mi identidad la esculpirían el placer, el conflicto, la experiencia, las ideas y mi propio raciocinio, del mismo modo que la lluvia, el viento y el tiempo configuran las rocas y los árboles. Además, en mi confinamiento me preocupaban otras cosas: mi problema con la bebida, los

disgustos familiares, un futuro incierto en el que afrontaba una posible pena de cárcel o una vida «de acogida» en el regazo descuidado del Leviatán, criado en el piso decimotercero.

Pero últimamente, mientras sigo la cambiante relación de mi madre con su crimen, he recordado rumores de una nueva distribución en materia de azul y rosa. Ten cuidado con lo que desees. Hay una nueva política en la vida universitaria. Esta digresión puede parecer intrascendente, pero tengo intención de aplicarla en cuanto pueda. En física, en gaélico, en lo que sea. Así que estoy obligado a interesarme. Una extraña tendencia se ha adueñado de los

jóvenes instruidos. Se han movilizado, a veces enfurecidos, pero sobre todo necesitados, ansiosos, de que una autoridad les bendiga y otorgue validez a las *identidades* que han elegido. Quizá sea la decadencia de Occidente con una nueva apariencia. O la exaltación y la liberación del yo. El sitio web de un medio social muy conocido propone setenta y una opciones de género: neutrois, dos espíritus, bigénero..., el color que usted quiera, señor Ford. En definitiva, la biología no es el destino, y eso es un motivo de celebración. Una gamba no es restrictiva ni estable. Declaro mi innegable simpatía por quien soy. Si resulta que soy blanco, puedo

identificarme como negro. Y viceversa. Puedo anunciarme minusválido, o minusválido en mi contexto. Si mi identidad es la de un creyente, se me hiere fácilmente, mi piel sangra cada vez que cuestionan mi fe. Ofendido, entro en un estado de gracia. Si las opiniones inconvenientes gravitan cerca de mí como ángeles caídos o genios malignos (un kilómetro ya es demasiado cerca), necesitaré la habitación de seguridad especial del campus, equipada con plastilina y vídeos de cachorros retozando. ¡Ah, la vida intelectual! Puede que necesite una alarma si los libros o las ideas perturbadoras amenazan mi persona acercándoseme

demasiado, respirándome en la cara y en el cerebro como perros insanos.

Sentiré, *ergo* seré. Que la pobreza mendigue y que el cambio climático se cueza a fuego lento en el infierno. La justicia social puede ahogarse en tinta. Seré un activista de las emociones, un espíritu ruidoso y reivindicativo que lucha con lágrimas y suspiros para modelar a las instituciones en torno a mi yo vulnerable. Mi identidad será mi única posesión preciosa y verdadera, mi acceso a la única verdad. El mundo tiene que amarla, alimentarla y protegerla como hago yo. Si mi universidad no me bendice, no me reconoce ni me da lo que necesito

claramente, hundiré la cara entre las solapas del vicerrector y lloraré. Luego exigiré su dimisión.

El útero, o este útero, no es un lugar tan malo, es un poco como la tumba «bella y privada» de uno de los poemas preferidos de mi padre. Haré una versión de un útero para mis tiempos de estudiante, dejaré de lado las Ilustraciones de rosbifs, gaiteros y gabachos. Abajo la realidad, los hechos obtusos y la odiada pretensión de objetividad. La sensibilidad es reina. A menos que se identifique como rey.

Ya sé. El sarcasmo encaja mal con los nonatos. ¿Y por qué divago? Porque mi madre se adapta a los nuevos tiempos.

Puede que no lo sepa, pero sigue los pasos de un movimiento. Su estatus de asesina es un hecho, un dato en el mundo exterior a ella. Pero esto es pensar a la antigua. Ella se declara inocente. Incluso mientras se esfuerza en limpiar huellas en la cocina, se siente libre de culpa y en consecuencia lo es..., casi. Su aflicción, sus lágrimas son una prueba de honradez. Empieza a convencerse a sí misma con la historia de la depresión y el suicidio. Casi se cree las pruebas falsas del coche. En cuanto se convenza engañará con soltura y consistencia. Las mentiras serán *su* verdad. Pero su construcción es nueva y frágil. La horrorosa sonrisa de mi padre podría

derribarla, esa fría mueca cómplice que atraviesa el rostro de un cadáver. Por eso es necesario que Elodie confirme la inocencia de mi madre. Y por eso mi madre se inclina ahora hacia delante, conmigo en su interior, y escucha con ternura las palabras vacilantes de la poeta. Porque a Elodie pronto la interrogará la policía. Hay que modelar debidamente sus certezas, que dirigirán su memoria y ordenarán su relato.

Claude, a diferencia de Trudy, admite el crimen. Es un hombre del Renacimiento, un Maquiavelo, un malvado de la vieja escuela que cree que puede salir impune de un asesinato. El mundo no le llega a través de la

niebla de la subjetividad; le llega refractado por la estupidez y la codicia, curvado como a través de un vaso de agua, pero grabado en una pantalla delante del ojo interno, una mentira tan nítida y luminosa como la verdad. Claude no sabe que es un cretino. Si eres un cretino, ¿cómo puedes saberlo? Tal vez se mueva a trompicones entre una maraña de tópicos, pero comprende lo que ha hecho y por qué lo ha hecho. Saldrá adelante, sin mirar atrás, a no ser que le apresen y le castiguen, y en ese caso nunca se culpará a sí mismo, sino a su mala suerte entre una serie de azares. Puede reivindicar su herencia, su condición de ser racional. Los enemigos

de la Ilustración dirán que encarna el espíritu ilustrado. ¡Bobadas!

Pero sé lo que quieren decir.

Elodie me rehúye, como una canción que se recuerda a medias; en realidad, como una melodía inacabada. Cuando se nos coló en el recibidor, cuando todavía era, a nuestro entender, la novia de mi padre, agucé el oído para captar el seductor crujido del cuero. Pero no, creo que hoy viste con un estilo más suave, de colores más vivos. Habría causado impresión en el recital poético de esta noche. Cuando gimoteaba afligida su voz era pura. Pero cuando

contaba su visita a la morgue, aferrada a la muñeca de su novio, cada vez que gruñía una frase recordaba a la urbanita gutural, a su apetitoso desayuno completo. Ahora, cuando mi madre extiende un brazo por encima de la mesa de la cocina para envolver con la suya la mano de la visitante, vuelvo a oír el graznido de pato en las vocales. Elodie se está dejando ganar por la confianza en mi madre mientras elogia, ella, la poeta, los poemas de mi padre. Los que más le gustan son los sonetos.

—Los escribió en un estilo coloquial, pero con un significado denso, y son tan musicales.

Su empleo del tiempo verbal es

correcto pero ofensivo. Habla como si la muerte de John Cairncross hubiera sido plenamente confirmada, asimilada, públicamente reconocida, históricamente dejada atrás sin dolor, como el Saqueo de Roma. A Trudy le importará más que a mí. Yo he sido condicionado para creer que la poesía de mi padre era un desastre. Hoy, todo es susceptible de revalorización.

Con una voz cargada de falsedad, Trudy dice:

—Pasará mucho tiempo hasta que conozcamos su dimensión real como poeta.

—¡Sí, sí, claro! Pero ya sabemos algo.

Es mejor que Hughes. Está a la altura de Fenton, Heaney y Plath.

—Nombres importantes —dice Claude.

Es el problema que tengo con Elodie. ¿Qué hace aquí? Baila como una coribante frenética, entra y sale de foco. Poner por las nubes a mi padre puede ser una manera de consolar a mi madre. Si es así, es una idea pésima. O bien el dolor le ofusca el juicio. Eso es disculpable. O quizá su prepotencia está ligada a la de su mentor. Eso no lo es tanto. O quizá ha venido a averiguar quién ha matado a su amante. Eso es interesante.

¿Elodie debería gustarme o debo desconfiar de ella?

Mi madre la quiere y no le soltará la mano.

—Tú lo sabrás mejor que yo. Un talento tiene un precio. No sólo para él mismo. Amable con quienes no son tan cercanos. También con los desconocidos. Y la gente decía: «Es casi tan amable como Heaney.» Y no es que yo le haya conocido o leído. Pero por dentro John sufría...

—¡No!

—Dudaba de sí mismo. Dolor mental constante. Arremetía contra los seres queridos. Pero era más cruel consigo mismo. Y al final escribía el poema.

—Y entonces sale el sol. —Claude ha captado la idea de su cuñada.

Trudy dice en voz alta, por encima de la de él:

—¿Eso es estilo coloquial? ¿Una larga y encarnizada batalla para arrancárselo del alma...?

—¡Oh!

—La vida personal hecha trizas. Y ahora...

Se atraganta con la minúscula palabra que contiene el fatídico presente. Yo podría equivocarme en un día de la revalorización como éste. Pero siempre he pensado que mi padre escribía deprisa, con una facilidad escandalosa. Se lo recriminaban en la reseña que una vez nos leyó en voz alta para demostrar su indiferencia. Oí que se lo decía a mi

madre en una de sus tristes visitas: Si no brota al instante es que no va a brotar. En la facilidad hay una gracia especial. Todo arte aspira a la condición del de Mozart. Luego se rió de su propia arrogancia. Trudy no se acordará. Y no sabrá nunca que aunque mienta sobre la salud mental de mi padre, su poesía la mejoró a ella en lengua oral. *¿Arremeter? ¿Arrancarse del alma?* ¡Ropa prestada!

Pero ha causado impresión. Mi madre, fría, sabe lo que se trae entre manos. Elodie susurra:

—No lo sabía.

Sigue otro silencio. Trudy aguarda intensamente, como un pescador de caña

que ha emplazado la mosca en el sitio. Claude inicia una palabra, una mera vocal cortada, yo aventuraría, por la mirada de mi madre.

Nuestra visitante empieza con dramatismo:

—Llevo grabadas las instrucciones de John en el corazón. Cuándo se puede romper un verso. «Nunca al azar. No sueltes el timón. Busca un sentido, una unidad de sentido. Decide, decide, decide.» Y dominar la escansión para «interrumpir el ritmo a sabiendas». Luego: «La forma no es una jaula. Es un viejo amigo al que sólo puedes fingir que abandonas.» Y las emociones. Decía: «No desembales tu corazón. Un

solo detalle dice la verdad.» Y también: «Escribe para la voz, no para la página, escribe para la velada informal de la sala parroquial.» Nos hizo leer lo que dice Fenton sobre la genialidad del troqueo. Después nos puso la tarea para la semana siguiente: un poema de cuatro estrofas de tetámetros trocaicos catalécticos. Nos reímos de aquel galimatías. Nos hizo cantar un ejemplo, una canción infantil: «Boys and girls come out to play». Luego recitó de memoria «Autumn Song», de Auden. «Now the leaves are falling fast / Nurse's flowers will not last.»¹ ¿Por qué la sílaba que falta al final del verso es tan eficaz? No supimos responderle.

Entonces, ¿qué tal un poema con la sílaba átona restaurada? «Wendy speeded my undressing. / Wendy is the sheet's caressing.» Se sabía entero el «Indoor Games near Newbury» de Betjeman y nos hizo soltar unas risitas. Así que para aquella tarea escribí mi primer poema de búhos, con la misma métrica que «Autumn Song».

»Nos hacía aprender de memoria nuestros mejores poemas. Así seríamos valientes en nuestro primer recital, de pie en el escenario sin las páginas. Sólo de pensarlo casi me desmayaba. ¡Y ahora me estoy pasando a los troqueos!

El tema de la métrica sólo me interesa a mí. Intuyo la impaciencia de mi madre.

Esto ha durado demasiado. Si tuviera respiración que contener, lo contendría ahora.

—Nos pagaba copas, nos prestaba dinero que nunca le devolvíamos, nos dejaba contarle los problemas con los novios y las novias, las peleas con nuestros padres, hablarle del llamado bloqueo del escritor. Pagó la fianza de un futuro poeta de nuestro grupo que se emborrachó. Escribía cartas para conseguirnos becas o trabajitos en suplementos literarios. Nos gustaban los poetas que a él le gustaban, hacíamos nuestras sus opiniones. Oíamos sus charlas en la radio, íbamos a los recitales que nos recomendaba. Y a los

suyos. Conocíamos sus poemas, sus anécdotas, sus latiguillos. Creíamos que le conocíamos. Nunca se nos pasó por la cabeza que John, el maestro, el sumo sacerdote, tuviera también problemas. O que dudase de su poesía como nosotros dudábamos de la nuestra. A nosotros lo que más nos preocupaba era el sexo y el dinero. Nada parecido a su angustia. Ojalá lo hubiéramos sabido.

El pez ha picado, al recoger el sedal estaba tenso y temblaba, y la captura ya está en la nasa. Noto que mi madre se relaja.

Mi padre, esa partícula misteriosa, está adquiriendo masa, crece en

seriedad e integridad. Estoy dividido entre el orgullo y la culpa.

Con una voz valiente y amable, Trudy dice:

—No habría cambiado nada. No te reproches nada. Claude y yo lo sabíamos todo. Lo intentamos todo.

Claude carraspea, emocionado por la mención de su nombre.

—Imposible ayudarlo. Él mismo era su peor enemigo.

—Antes de que te vayas quiero darte una cosita —dice Trudy.

Subimos la escalera hasta el recibidor y seguimos hasta el primer piso, mi madre y yo con paso lúgubre, Elodie detrás, muy cerca. El objetivo, sin duda,

es permitir que Claude pueda recoger todas las cosas de las que debe deshacerse. Ahora estamos de pie en la biblioteca. Oigo cómo inhala la joven poeta mientras mira alrededor a las tres paredes de poesía.

—Siento que aquí huela tanto a cerrado.

Ya. Los libros, el aire mismo de la biblioteca, están de luto.

—Me gustaría que te llevases uno.

—Oh, no podría. ¿No deberías guardarlos todos juntos?

—Quiero que te lleves uno. A él también le gustaría.

Así que aguardamos mientras ella se decide.

Elodie está incómoda y por lo tanto elige deprisa. Se vuelve para enseñarnos el libro elegido.

—John puso su nombre dentro. Peter Porter. *The Cost of Seriousness*. Incluye «An Exequy». Tetrámetros de nuevo. Los más bellos.

—Ah, sí. Vino a cenar una vez, creo.

El timbre suena a la par que la última palabra. Más fuerte, más prolongado de lo habitual. Mi madre se pone tensa, el corazón le empieza a galopar. ¿Qué teme?

—Sé que tendréis muchas visitas. Muchísimas gracias por...

—¡Chsss!

Salimos en silencio al rellano. Trudy

se inclina con precaución sobre la barandilla. Cuidado ahora. A cierta distancia oímos a Claude hablando por el videointerfono y luego sus pasos que suben desde la cocina.

–Oh, maldición –susurra mi madre.

–¿Estás bien? ¿Necesitas sentarte?

–Creo que sí.

Retrocedemos para que no nos vean desde la puerta de entrada. Elodie ayuda a mi madre a sentarse en la butaca rajada de cuero donde solía soñar despierta mientras su marido le recitaba poemas.

Oímos que abren la puerta de la calle, el murmullo de voces, la puerta que se cierra. Después, sólo una serie de pasos

que vuelven a cruzar el recibidor. Por supuesto, la comida danesa, los sándwiches abiertos, está a punto de cumplirse en parte mi sueño de arenques.

Trudy también se percata.

—Te acompaño a la puerta.

Abajo, cuando está a punto de marcharse, Elodie se vuelve y le dice a mi madre:

—Mañana a las nueve tengo que ir a la comisaría.

—Cuánto lo siento. Va a ser duro para ti. Diles todo lo que sabes.

—Lo haré. Gracias. Gracias por el libro.

Se abrazan y se besan, y Elodie se va.

Supongo que ya tiene lo que ha venido a buscar.

Volvemos a la cocina. Me siento raro. Muerto de hambre. Exhausto. Desesperado. Me inquieta que Trudy le diga a Claude que es incapaz de comer. No puede después de sonar el timbre de la puerta. El miedo es un emético. Moriré nonato, una muerte exigua. Pero mi madre y yo y el hambre somos un solo organismo, y naturalmente las bandejas de papel de aluminio acaban rotas. Ella y Claude comen deprisa, de pie junto a la mesa de la cocina, donde puede que estén todavía las tazas de café de ayer.

Él dice, con la boca llena:

—¿Todo empaquetado y listo?

Arenques en escabeche, pepinillos, una rodaja de limón sobre el pan de centeno. No tardan mucho en llegarme. Pronto me pone en guardia un aroma penetrante más salado que la sangre y el olor fuerte a espuma marina de la carretera de mar abierta donde los bancos de arenques solitarios se dirigen hacia el norte a través de unas aguas limpias, negras y gélidas. Una y otra vez me azota la cara una helada brisa ártica, como si navegara audazmente en la proa de un barco intrépido que se interna en una libertad glacial. Es decir, Trudy come un sándwich detrás de otro y no para hasta dar un primer mordisco al

último y engullirlo. Se tambalea, necesita una silla.

Gime.

—¡Qué buenos estaban! Mira, lágrimas. Estoy llorando de gusto.

—Yo me voy. Y puedes llorar sola — dice Claude.

Durante mucho tiempo he sido casi demasiado grande para este sitio. Ahora soy demasiado grande. Tengo los miembros doblados contra el pecho y la cabeza encajada en mi única vía de escape. Llevo a mi madre como una gorra bien encasquetada. Me duele la espalda, estoy rígido, mis uñas necesitan un corte, soy una piltrafa, aquí metido en esta oscuridad donde el letargo no anula

el pensamiento sino que lo libera. Hambre, después sueño. Satisfecha una necesidad, la sustituye otra. *Ad infinitum*, hasta que las necesidades se convierten en meros caprichos, en lujos. Hay algo en esto que se aproxima a nuestra condición básica. Pero eso es para los demás. Estoy escabechado, los arenques me transportan, viajo en el lomo del banco gigante hacia el norte, y cuando llegue allí oiré la música no de las focas y el hielo que cruje, sino de las pruebas que desaparecen, de los grifos abiertos, el estallido de burbujas de espuma, oiré a medianoche el repicar de cacharros y sillas volcadas sobre la mesa de la cocina para dejar el suelo

despejado y visible su dispersa carga de migas de comida, pelos humanos y cagarrutas de rata. Sí, yo estaba allí cuando él volvió a tentarla para que se acostaran, la llamó ratita, le pellizcó fuerte los pezones, le inundó las mejillas con su aliento embustero y su lengua infestada de clichés.

Y no hice nada.

Despierto casi en el silencio y descubro que estoy horizontal. Escucho con atención, como siempre. Más allá del trote paciente del corazón de Trudy, más allá de sus suspiros y de los chirridos levísimos de su caja torácica, oigo los murmullos y los chorritos de un cuerpo que se mantiene gracias a redes ocultas de limpieza y regulación, como una ciudad bien gobernada en lo más profundo de la noche. Al otro lado de las paredes, el retumbo rítmico de los

ronquidos de mi tío, más silenciosos que de costumbre. Fuera de la habitación no se oye el tráfico. En otro tiempo me habría acomodado lo mejor posible y habría vuelto a sumirme en un sueño sin sueños. Pero ahora una astilla, una verdad aguda del día anterior, perfora el delicado tejido del sueño. Luego todo, todos, el elenco pequeño y voluntarioso, se cuele por el desgarró. ¿Quién es el primero? Mi risueño padre, el rumor nuevo y difícil de su decencia y su talento. La madre a la que estoy atado, y condenado a amar y a aborrecer. El priápico y satánico Claude. Elodie, la poeta escandidora, dáctilo poco fiable. Y mi cobarde yo, que se ha eximido a sí

mismo de ejercer la venganza, de todo menos del pensamiento. Estos cinco personajes giran ante mí, interpretando sus papeles en los hechos exactamente como fueron, y luego como podrían haber sido y como aún podrían ser. No tengo autoridad para dirigir la acción. Sólo puedo observar. Las horas pasan.

Más tarde me despiertan unas voces. Estoy inclinado, lo que indica que mi madre está sentada en la cama, recostada en unos cojines. El tráfico de la calle no ha alcanzado todavía su densidad normal. Calculo que son las seis de la mañana. Mi primera inquietud es que quizá tengamos que hacer una visita matutina a la Pared de la Muerte.

Pero no, ni siquiera se tocan. Sólo conversan. Han disfrutado lo suficiente para que les dure hasta el mediodía como mínimo, lo que ahora abre una oportunidad para el rencor, para el sentido común o incluso para el arrepentimiento. Han elegido lo primero. Mi madre habla con el tono monótono que reserva para sus resentimientos. La primera frase entera que entiendo es ésta:

–Si tú no estuvieras en mi vida, John hoy seguiría vivo.

Claude lo pondera.

–Lo mismo que si tú no estuvieras en la mía.

Un silencio sigue a esta maniobra de

bloqueo. Trudy vuelve a intentarlo.

–Has convertido unos juegos tontos en otra cosa, trayendo ese líquido a casa.

–El líquido que tú le hiciste beber.

–Si tú no hubieras...

–Escucha, cariño.

La palabra afectuosa representa más que nada una amenaza. Él coge aire y reflexiona de nuevo. Sabe que tiene que ser amable. Pero la amabilidad sin deseo, sin la promesa de una recompensa erótica. La tensión se le queda en la garganta.

–Todo está *bien*. No es un asunto criminal. Seguimos nuestro camino. Esa chica va a decir todo lo que conviene que diga.

–Gracias a mí.

–Gracias a ti, vale. El certificado de defunción, bien. El testamento, bien. La incineración y todos los arreglos, bien. El bebé y la venta de la casa, bien...

–Pero cuatro millones y medio...

–Está muy *bien*. En el peor de los casos, el plan B... también está bien.

Sólo la sintaxis induciría a pensar que estoy en venta. Pero seré libre en el momento del parto. O no valdré nada.

Trudy repite, con desprecio:

–Cuatro millones y medio.

–Rápido. Sin preguntas.

Un catecismo de amantes que quizá hayan recitado antes. No siempre estoy escuchando. Ella dice: «¿Por qué esta

prisa?» Él dice: «Por si sale mal.» Ella dice: «¿Por qué debería confiar en ti?» Él dice: «No tienes más remedio.»

¿Ya han llegado los papeles de la venta de la casa? ¿Ella ha firmado ya? No lo sé. A veces dormito y no lo oigo todo. Y no me importa. Como no tengo nada, los bienes no me preocupan. Rascacielos, chabolas de hojalata y todos los puentes y templos en medio. Pueden quedárselos. Lo que me interesa es estrictamente el posparto, la marca de la pezuña en la roca, el cordero ensangrentado que sube al cielo. Siempre hacia arriba. Aire caliente sin globo. Llévame contigo, suelta el lastre. Dame mi *oportunidad*, mi más allá, el

paraíso en la tierra, incluso el infierno, un piso decimotercero. Lo acepto. Creo en la vida después del nacimiento, aunque sé que es difícil separar la esperanza de la realidad. Algo más corto que la eternidad bastará. ¿Setenta? Envuélvamelos, me los llevo. Sobre la esperanza: he sabido de las últimas matanzas como consecuencia de la búsqueda de sueños de la otra vida. Caos en este mundo, felicidad en el otro. Jóvenes de barba reciente, hermosa tez y largas armas de fuego en el Boulevard Voltaire, mirando a los ojos incrédulos y hermosos de su propia generación. No fue el odio lo que mató a los inocentes, sino la fe, ese fantasma famélico,

todavía venerado, incluso en barrios más tranquilos. Hace mucho tiempo alguien sentenció que la certeza infundada era una virtud. Ahora lo dice la gente más educada. He oído las retransmisiones de las mañanas de domingo de las catedrales. Los espectros más virtuosos de Europa, la religión y, cuando ésta ha flaqueado, las utopías ateas, hasta los topes de pruebas científicas, han calcinado juntos la tierra desde el siglo x hasta el xx. Y aquí están otra vez, nacidos en Oriente, buscando su milenio, enseñando a los niños pequeños a degollar a sus ositos. Y aquí estoy yo con mi fe casera en la otra vida. Sé que es algo más que un programa de

radio. Las voces que oigo no están, o no sólo están, en mi cabeza. Creo que llegará mi hora. Yo también soy virtuoso.

La mañana no depara novedades. El intercambio de acritud taciturna entre Trudy y Claude amaina y se resuelve en unas horas de sueño, tras las cuales ella le deja en la cama y se ducha. En el ronroneo cálido de las gotas veloces y el sonido melodioso del tarareo de mi madre experimento una excitación y una alegría inexplicables. No puedo evitarlo, no puedo contener la dicha. ¿Son hormonas prestadas? No importa. Veo el mundo dorado, aunque el tono no

es más que un nombre. Sé que en la escala está cerca del amarillo, que es también sólo un nombre. Pero dorado suena bien, lo noto, lo degusto en las cascadas de agua caliente que me bañan la nuca. No recuerdo un placer tan completo. Estoy listo, voy, el mundo me acogerá, me cuidará porque no puede oponerme resistencia. Vino de la copa y no a través de la placenta, libros directamente a la luz de una lámpara, música de Bach, paseos por la orilla del mar, besos a la luz de la luna. Todo lo que he aprendido hasta ahora me dice que estos deleites no son caros, son asequibles, me aguardan. Incluso cuando cesa el estruendo del agua, cuando

salimos a un aire más frío y la toalla de Trudy me difumina a fuerza de frotarme, tengo una sensación de cantos en mi cabeza. ¡Coros de ángeles!

Otro día caluroso, otro vestido vaporoso, o eso sueño, de algodón estampado, las sandalias de ayer, ningún olor porque el jabón de Trudy, si es la pastilla que le dio Claude, está perfumado con gardenia y pachuli. Hoy no se hace trenzas. En su lugar, atados por encima de las orejas, dos artilugios de plástico, seguro que de colores muy vivos, le sujetan el pelo por los dos lados. Noto que mi buen ánimo empieza a decaer cuando bajamos la familiar escalera. ¡Justo ahora, haber olvidado a

mi padre varios minutos seguidos! Entramos en la cocina limpia, cuyo orden insólito es el homenaje nocturno de mi madre a su marido. Sus exequias. La acústica ha cambiado, el suelo ya no se le pega a las sandalias. Las moscas se han trasladado a otros cielos. Cuando se dirige a la cafetera debe de estar pensando, igual que yo, que Elodie ya habrá terminado el interrogatorio. Los agentes de la ley estarán confirmando o descartando sus primeras impresiones. En efecto, por ahora, ambas posibilidades son reales al mismo tiempo para nosotros. El camino que tenemos delante parece bifurcarse, pero

ya se ha bifurcado. En cualquier caso, habrá una visita.

Estira la mano hacia un armario en busca de la lata de café molido y los filtros, abre el grifo del agua fría, llena una jarra, coge una cuchara. Casi todas las tazas están limpias. Pone dos. Hay pathos en esta rutina familiar, en los sonidos de los objetos domésticos cuando tocan las superficies. Y el pequeño suspiro que ella emite cuando se vuelve o encorva ligeramente nuestro aparatoso volumen. Ya tengo claro que muchas cosas de la vida se olvidan incluso en el momento en que suceden. Casi todas. El presente ignorado se aleja de nosotros, el suave desfile de

pensamientos anodinos, el milagro de la existencia largo tiempo descuidado. Cuando ya no tenga veintiocho años y no esté embarazada y no sea bella, o ni siquiera libre, no recordará el modo en que ha dejado la cuchara ni el sonido que ha hecho en la cerámica, el vestido que se ha puesto hoy, ni el contacto de la tira de las sandalias entre sus dedos, ni el calor del verano, ni el ruido blanco de la ciudad al otro lado de las paredes de la casa, un breve estallido de trinos junto a una ventana cerrada. Todo eso se ha esfumado ya.

Pero hoy es un día especial. Si olvida el presente es porque tiene el corazón en el futuro, el que se acerca. Está

pensando en las mentiras que tendrá que decir, que habrán de ser coherentes, y concordar con las de Claude. Eso es presión, es la sensación que tenía antes de un examen. Un pequeño escalofrío en la barriga, cierta flojedad debajo de las rodillas, una tendencia a bostezar. Tiene que recordar su papel. El coste del suspenso es más alto, más interesante que cualquier prueba rutinaria de la escuela. Podría intentar una antigua frase de la infancia: *Nadie se morirá por eso*. Pero no servirá. Me da lástima. La amo.

Ahora me siento protector. No puedo hacer que se disipe del todo la idea inútil de que las personas muy bellas deberían regirse por diferentes códigos.

Debería haber un respeto especial por una cara como la que imagino que tiene. Para ella la cárcel sería una atrocidad. Algo contra natura. Ya hay nostalgia en este momento doméstico. Es un tesoro, una joya para el almacén de la memoria. Tengo a mi madre para mí solo, aquí, en la cocina ordenada, con la luz de sol y en paz, mientras Claude pasa la mañana durmiendo. Tendríamos que ser íntimos, ella y yo, más íntimos que los amantes. Hay una cosa que tendríamos que susurrarnos.

Tal vez adiós.

A primera hora de la tarde suena el teléfono y el futuro se presenta. La inspectora jefe Clare Allison, ahora a cargo del caso. La voz suena amistosa, ningún indicio de acusación. Puede ser una mala señal.

Estamos de nuevo en la cocina, Claude responde al teléfono. En la otra mano tiene su primer café del día. Trudy se mantiene cerca y oímos a las dos partes. *¿Caso?* La palabra encierra una

amenaza. ¿Inspectora *jefe*? Tampoco eso ayuda.

Calibro la inquietud de mi tío por su celo conciliatorio.

—¡Oh, sí! ¡Sí! Por supuesto. Venga, por favor.

La inspectora jefe Allison se propone visitarnos. La práctica normal sería que ambos fuesen a la comisaría para hablar. O para declarar, si procediese. Sin embargo, debido al avanzado estado de gestación de Trudy y a la aflicción de la familia, la inspectora y un sargento vendrán dentro de una hora. A la inspectora le gustaría echar un vistazo al lugar donde el difunto mantuvo sus últimos contactos.

Esto último, inocente y razonable para mis oídos, produce en Claude una frenética hospitalidad.

—Vengan, por favor. Maravilloso. Vengan. Aquí estaremos. Impacientes. Usted...

Ella cuelga. Él se vuelve hacia nosotros, probablemente pálido, y dice, con tono de decepción:

—Ah.

Trudy no puede evitar imitarle:

—*Todo... bien, ¿no?*

—¿Qué es eso de este *caso*? Si no hay ningún crimen. —Se dirige a un auditorio imaginario, un consejo de ancianos. Un jurado.

—Odio esto —murmura mi madre, más

bien para sí misma. O para mí, me gustaría creer—. Lo odio. Lo *odio*.

—Se supone que es competencia del forense. —Claude se aleja de nosotros, ofendido, da una vuelta por la cocina y vuelve a acercarse, indignado. Ahora su queja es para Trudy—. *No* es un asunto de la policía.

—¿Ah, no? —dice ella—. Mejor que llames a la inspectora para explicárselo.

—Esa poeta. Sabía que no podíamos fiarnos de ella.

Comprendemos que Elodie es en cierto modo responsable de mi madre, que se trata de una acusación.

—Elodie te gustaba.

—Dijiste que nos sería útil.

–Te gustaba.

Pero la reiteración impasible no incomoda a Claude.

–¿Y a quién no? ¿Qué más da?

–A mí no me da igual.

Una vez más me pregunto qué gano yo si se pelean. Eso podría ser su perdición. Entonces me quedaré con Trudy. La he oído decir que en la cárcel las madres que están criando viven mejor. Pero perderé mis derechos de nacimiento, el sueño de toda la humanidad, mi libertad. Mientras que juntos, formando equipo, podrían conseguirlo. Y darme en adopción. No tendré madre, pero seré libre. ¿Entonces qué? Ya le he dado vueltas a esta

cuestión y siempre he llegado al mismo bendito sitio, la única decisión de principios. Arriesgaré el bienestar material y jugaré mis bazas en el mundo exterior. Llevo encerrado demasiado tiempo. Voto por la libertad. Los asesinos tienen que escapar. Por tanto éste es un buen momento, antes de que la discusión sobre Elodie llegue demasiado lejos, para propinar a mi madre otra patada y distraerla de la pelea con la interesante realidad de mi existencia. No una vez ni dos, sino el número mágico de los mejores cuentos. Tres veces, como las que Pedro negó a Jesús.

—¡Oh, oh, oh!

Trudy casi lo dice cantando. Claude saca una silla para ella y le lleva un vaso de agua.

—Estás sudando.

—Es que tengo calor.

Él intenta abrir las ventanas. Hace años que no se mueven. Busca hielo en la nevera. Las cubiteras están vacías a causa de las tres rondas recientes de gintonics. Así que se sienta enfrente de Trudy y le tiende su refrigerante apoyo.

—Todo irá bien.

—No, no irá bien.

El silencio de Claude es una forma de asentir. Yo estaba considerando darle una cuarta patada, pero el humor de Trudy es peligroso. Podría pasar al

ataque y provocar una reacción agresiva.

Tras una pausa, él dice con ánimo conciliador:

–Deberíamos darle un último repaso a todo.

–¿Y si buscamos un abogado?

–Ya es un poquito tarde.

–Diles que no hablaremos sin la presencia de uno.

–Dará mala impresión, cuando sólo vienen a hablar.

–*Odio* esto.

–Deberíamos dar un último repaso.

Pero no lo hacen. Piensan aturdidos en la llegada inminente de la inspectora Allison. En este momento, dentro de una

hora podría significar dentro de un minuto. Como lo sé todo, casi todo, participo del crimen; evidentemente estoy a salvo de un interrogatorio, pero tengo miedo. Y curiosidad e impaciencia por observar las habilidades de la inspectora. Una mente despierta podría despedazar a estos dos en cuestión de minutos. A Trudy traicionada por los nervios, a Claude por la estupidez.

Estoy intentando situar las tazas del café matinal de la visita de mi padre. Ahora creo que las han puesto sin lavar junto al fregadero. El ADN en una taza demostrará que mi madre y mi tío dicen la verdad. Los restos de la comida danesa deben de estar cerca también.

–Rápidamente –dice Claude al final–.

Repasemos. ¿Dónde empezó la pelea?

–En la cocina.

–No. En la entrada. ¿Por qué fue?

–Por dinero.

–No. Porque quería echarte. ¿Cuánto tiempo llevaba deprimido?

–Años.

–Meses. ¿Cuánto le presté?

–Mil libras.

–Cinco mil. Por Dios, Trudy.

–Estoy embarazada. Eso te atonta.

–Tú misma lo dijiste ayer. Todo tal como pasó, más la depresión, menos los *smoothies*, más la discusión.

–Más los guantes. Menos que quería volver a vivir aquí.

–Joder, sí. Otra vez. ¿Por qué estaba deprimido?

–Por nosotros. Por las deudas. Por el trabajo. Por el niño.

–Bien.

Recapitulan por segunda vez. A la tercera ya suena mejor. Qué repugnante complicidad la mía de querer que se libren.

–Pues repítelo, entonces.

–Tal como ocurrió. Menos los *smoothies*, más la discusión y los guantes, menos la depresión, más que quería volver.

–No. ¡Joder, Trudy! Era más la depresión, menos los *smoothies*, más la

discusión y los guantes, menos que quería volver.

Llaman al timbre y se quedan inmóviles.

—Diles que no estamos preparados.

Eso es la idea que tiene mi madre de una broma. O la prueba de su terror.

Mascullando posibles obscenidades, Claude se dirige al videoportero, pero cambia de opinión y se encamina a la escalera y la puerta de entrada.

Trudy y yo arrastramos los pies nerviosamente por la cocina. Ella también murmura mientras repasa su historia. Felizmente, cada esfuerzo sucesivo de memoria la distancia más de los hechos reales. Está memorizando sus

recuerdos. Los errores de transcripción jugarán a su favor. Serán un cojín útil al principio, mientras preparan el terreno para convertirse en verdad. También podría estar diciéndose a sí misma que *ella* no compró el glicol, ni fue a Judd Street, ni mezcló las bebidas, ni puso la botella en el coche, ni tiró la batidora. Ella limpió la cocina: no es ningún delito. Convencida, se liberará del cargo de premeditación y quizá tenga alguna posibilidad. La mentira eficaz, como el swing magistral en el golf, es inconsciente. He oído los comentarios deportivos.

Presto atención y escudriño los pasos que bajan. La inspectora jefe Allison es

liviana de huesos, incluso se parece a un pájaro, a pesar de su rango. Hay apretones de manos. En el acartonado «encantado de conocerles» del sargento reconozco al hombre de más edad de los que nos visitaron ayer. ¿Qué ha atascado su ascenso? La clase social, la educación, el coeficiente intelectual, un escándalo; esto es lo último, espero, de lo que podría ser culpable y no necesita mi compasión.

La ágil inspectora jefe se sienta a la mesa de la cocina y nos invita a todos a imitarla, como si la casa fuera suya. Imagino a mi madre pensando que le sería más fácil engañar a un hombre. Allison abre una carpeta y mientras

habla aprieta varias veces el botón del muelle de su bolígrafo. Nos dice que lo primero que debe decir —y hace una pausa efectista más intensa para mirar profundamente, estoy seguro, a los ojos de Trudy y Claude— es cuánto le apena esta pérdida de un marido querido, un hermano querido, un amigo querido. No de un padre querido. Lucho contra un escalofrío creciente y familiar de exclusión. Pero la voz es cálida, más fuerte que la complexión de la inspectora, relajada en las responsabilidades del cargo. Su leve acento *cockney* constituye el registro mismo de la desenvoltura urbana y no será fácil desafiarlo. No lo harán las

vocales onerosamente constreñidas de mi madre. Ese truco ya no funciona. La historia ha progresado. Algún día la mayoría de los estadistas ingleses hablarán como la inspectora jefe. Me pregunto si llevará pistola. Es demasiado importante. Como la reina, que no lleva dinero. Disparar a la gente es de sargentos para abajo.

Allison explica que se trata de una conversación informal que la ayude a hacerse una idea más completa del trágico suceso. Trudy y Claude no están obligados a contestar a las preguntas. Pero se equivoca. Ellos creen que sí lo están. Negarse parecería sospechoso. Pero la inspectora, con su experiencia,

puede pensar que la conformidad es aún más sospechosa. Los que no tienen nada que ocultar insisten en la presencia de un abogado como precaución contra cualquier error policial o intrusión ilegal.

Cuando nos instalamos alrededor de la mesa advierto y me ofende la ausencia de preguntas corteses acerca de mí. ¿No deberían hacerlas? ¿Niño o niña?

Pero la inspectora no pierde el tiempo.

—Quizá puedan enseñarme la casa cuando acabemos de hablar.

Es más una afirmación que una

petición. Claude está ansioso, demasiado ansioso de acceder.

—Sí. ¡Claro que sí!

La alternativa sería una orden de registro. Pero aparte de la inmundicia no hay nada de interés para la policía en el piso de arriba.

La inspectora le dice a Trudy:

—¿Su marido estuvo ayer aquí a eso de las diez de la mañana?

—Así es.

El tono de mi madre es impasible, un ejemplo para Claude.

—Y hubo tensión.

—Por supuesto.

—¿Por qué por supuesto?

—Yo estaba viviendo con su hermano

en la que John consideraba su casa.

–¿De quién es la casa?

–Es el domicilio conyugal.

–¿El matrimonio estaba roto?

–Sí.

–¿Le importa si se lo pregunto? ¿Él sabía que se había acabado?

Trudy vacila. Puede que haya una respuesta correcta y otra incorrecta.

–Él quería volver conmigo pero también conservar a sus amigas.

–¿Conoce algún nombre?

–No.

–Pero él le habló de ellas.

–No.

–Pero usted lo sabía igual.

–Claro que lo *sabía*.

Trudy se permite un pequeño desdén. Como diciendo que es la mujer de verdad aquí. Pero no ha hecho caso de las instrucciones de Claude. Tenía que decir la verdad, sumando y restando lo que habían convenido. Oigo que mi tío se remueve en su asiento.

Sin hacer pausa, Allison cambia de tema.

–Tomaron un café.

–Sí.

–Los tres. ¿En esta mesa?

–Los tres –dice Claude, inquieto quizá por que su silencio esté causando una mala impresión.

–¿Nada más?

–¿Cómo?

—Con el café. ¿Le ofrecieron algo más?

—No.

La voz de mi madre suena cautelosa.

—¿Y qué había en el café?

—¿Perdone?

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Siempre lo tomaba solo.

Se le ha acelerado el pulso.

Pero Clare Allison mantiene una actitud impenetrablemente neutra. Se dirige a Claude.

—Así que usted le prestó dinero.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco mil libras.

Claude y Trudy responden a coro,

disparejos.

—¿En un cheque?

—En metálico, de hecho. Lo quería así.

—¿Ha estado usted en ese bar de zumos de Judd Street?

La respuesta de Claude es tan rápida como la pregunta.

—Una o dos veces. Fue John el que nos habló del lugar.

—Usted no estuvo ayer allí, supongo.

—No.

—¿Y nunca le pidió prestado el sombrero negro de ala ancha?

—Nunca. No es de mi estilo.

Puede que sea una respuesta errónea, pero no hay tiempo para prepararla. Las preguntas han adquirido un peso nuevo.

El corazón de Trudy late más deprisa. Yo en su caso no hablaría. Pero ella lo hace, con voz forzada.

—Era mi regalo de cumpleaños. Le encantaba ese sombrero.

La inspectora está ya a punto de abordar otro tema, pero retrocede.

—Es lo único que se ve de él en la grabación de videovigilancia. Lo hemos enviado para analizar el ADN.

—No le hemos ofrecido té ni café — dice Trudy, con la voz alterada.

La inspectora debe de haber rechazado ambas cosas para ella y para el sargento que todavía no ha hablado negando con la cabeza.

—Casi todo es así en estos tiempos —

dice Allison, con un tono nostálgico—. Ciencia y pantallas de ordenador. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí. Hubo tensión. Pero veo en las notas que hubo una discusión.

Claude debe de estar haciendo los mismos cálculos acelerados que yo. Encontrarán huellas de su pelo en el sombrero. La respuesta correcta era que sí, que se lo había dejado hacía algún tiempo.

—Sí —dice Trudy—. Una de tantas.

—¿Le importaría decirme el...?

—Quería que me fuera de esta casa. Le dije que me iría cuando me viniera bien.

—¿Cuál era su estado de ánimo cuando se marchó?

–Malo. Estaba hecho un lío. Confundido. En realidad no quería que me fuera. Quería recuperarme. Intentaba darme celos fingiendo que Elodie era su amante. Ella nos lo desmintió. No había nada entre ellos.

Demasiados detalles. Está intentando recobrar el control. Pero habla demasiado rápido. Necesita tomar aire.

Clare Allison guarda silencio mientras aguardamos para saber qué nuevo rumbo adopta. Pero mantiene el actual y expone la cuestión con la mayor delicadeza.

–No es la información que tengo.

Un momento de parálisis, como si hubieran asesinado al propio sonido. El

espacio que me circunda se reduce mientras Trudy parece que se desinfla. La columna vertebral se le curva como la de una anciana. Estoy un poco orgulloso de mí mismo. Sospeché desde el principio. Con qué ansia creyeron a Elodie. Ahora ya lo saben: en efecto, las flores de la niñera no durarán. Pero yo también debería ser cauteloso. La inspectora jefe podría tener razones para mentir. Está apretando el botón del bolígrafo, lista para proseguir.

Mi madre dice, con un hilo de voz:

—Bueno, supongo que yo me engañaba demasiado.

—Lo siento, señora Cairncross, pero mis fuentes son fidedignas. Digamos

simplemente que se trata de una joven complicada.

Yo podría explorar la teoría de que no es malo para Trudy ser la parte perjudicada, tener la confirmación de la historia del marido infiel. Pero estoy desconcertado; los dos lo estamos. Mi padre, ese principio ambiguo, se aleja aún más de mí cuando la inspectora asalta a mi madre con otra pregunta. Ella responde con el mismo hilo de voz y el temblor añadido de una niña castigada.

—¿Violencia?

—No.

—¿Amenazas?

—No.

—Tampoco por parte de usted.

-No.

-¿Y de esa depresión qué puede decirme?

Lo dice con deferencia y debe de ser una trampa. Pero Trudy no se para. Demasiado consternada para inventar más mentiras, demasiado convencida de su verdad, se apoya en todo lo que ha dicho hasta ahora, con el mismo lenguaje improbable. Dolor mental constante..., arremetía contra los seres queridos..., se arrancaba los poemas del alma. Me viene una nítida imagen de un desfile de soldados exhaustos con el plumaje destrozado. Un recuerdo sepia de un podcast, las guerras napoleónicas en muchos episodios. Era cuando mi

madre y yo estábamos a gusto. Oh, aquel Bonaparte se había mantenido dentro de sus fronteras, recuerdo que pensé, y se había puesto a redactar buenas leyes para Francia.

Claude se suma a la conversación.

—Él mismo era su peor enemigo.

La acústica alterada me dice que la inspectora se ha vuelto para mirarle de frente.

—¿Algún otro enemigo, aparte de él mismo?

El tono no es pretencioso. En el mejor de los casos, la forma de la pregunta es desenfadada; en el peor, está cargada de intenciones malévolas.

—No sabría decirle. No estábamos

muy unidos.

—Hábleme de su infancia de hermanos
—dice ella, ahora con una voz más
cálida—. Es decir, si usted quiere.

Claude quiere.

—Me llevaba tres años. Él era bueno
en todo. Deportes, estudios, chicas. A mí
me consideraba un cero a la izquierda.
De adulto me dediqué a lo único que él
no sabía hacer. Ganar dinero.

—Inmobiliarias.

—Digámoslo así.

La inspectora vuelve a dirigirse a
Trudy.

—¿Esta casa está en venta?

—No, desde luego.

—Yo he oído que sí.

Trudy no contesta. Su primer buen movimiento en varios minutos.

Me pregunto si la inspectora lleva puesto el uniforme. Debe de llevarlo. Tendrá la gorra de visera al lado del codo, encima de la mesa, como un pico gigante. La veo sin ninguna simpatía por los mamíferos, una mujer de cara estrecha, labios finos, con los botones del uniforme apretados. Seguramente cuando camina mueve la cabeza como las palomas. El sargento la considera tiquismiquis. Destinada a un ascenso que él no logrará. Pronto alzará el vuelo. O bien se inclina por el suicidio de Cairncross, o bien tiene motivos para creer que una embarazada de casi nueve

meses es una buena tapadera para un crimen. Todo lo que dice, hasta su más nimio comentario, se presta a varias interpretaciones. Nuestro único poder es prever. La inspectora puede ser, al igual que Claude, inteligente o estúpida o las dos cosas al mismo tiempo. No lo sabemos. Nuestra ignorancia refuerza su posición. Mi conjetura es que sospecha poco, que no sabe nada. Que sus superiores la observan. Que tiene que ser delicada porque esta conversación es irregular y podría comprometer el procedimiento. Que optará por lo que convenga antes que por la verdad. Que su carrera es un huevo que empollará y calentará pacientemente.

Pero ya me he equivocado otras veces.

¿Y después qué? Clare Allison quiere echar un vistazo. Una mala idea. Pero negarle el permiso ahora, cuando, por lo que sabemos, las cosas van por mal camino, sólo servirá para empeorarlas. El sargento es el primero en subir las escaleras de madera, seguido por Claude, la inspectora jefe y mi madre y yo. En la planta baja la inspectora pregunta si nos importaría que subiera hasta arriba del todo y desde allí «fuera bajando». Trudy no tiene ganas de subir

más escaleras. Los demás siguen subiendo mientras nosotros entramos en la sala a sentarnos y pensar.

Envío mis pensamientos de pies ligeros para que les precedan, en primer lugar a la biblioteca. Polvo de yeso, un olor a muerte, pero un orden relativo. Luego al piso de arriba, con su dormitorio y su cuarto de baño, un caos de naturaleza íntima, la cama misma un revoltijo de lujuria y sueño interrumpido, la ropa de Trudy desperdigada o amontonada en el suelo, el baño en un estado parecido, con frascos sin tapa, ungüentos y ropa interior sucia. Me pregunto qué revela el desorden a unos ojos suspicaces. No

puede ser moralmente neutro. El desprecio por las cosas, por el orden, por la limpieza debe de figurar en el espectro del desprecio a las leyes, los valores, la vida misma. ¿Qué es un criminal sino un alma desordenada? Sin embargo, el orden excesivo en un dormitorio también puede resultar sospechoso. La inspectora jefe, con sus ojos vivos de petirrojo, lo captará todo de una mirada y saldrá. Pero por debajo del nivel del pensamiento consciente el asco podría condicionar su opinión.

Hay habitaciones encima del segundo piso, pero nunca he subido tan arriba. Traslado mis pensamientos a la planta baja y presto atención como un niño

bueno al estado de mi madre. Su ritmo cardíaco se ha sosegado. Casi parece tranquila. Quizá fatalista. Su vejiga hinchada me presiona la cabeza. Pero no puede tomarse la molestia de moverse. Está haciendo sus cálculos, tal vez pensando en el plan conjunto. Pero debería preguntarse cuáles son sus intereses. Separarse de Claude. Entregarle, de algún modo. No tiene sentido que los dos cumplan condena. Entonces ella y yo podríamos languidecer aquí. No querrá darme en adopción cuando esté sola en una casa grande. En cuyo caso prometo perdonarla. O negociar con ella más adelante.

Pero no hay tiempo para planes. Les oigo bajar. Pasan por delante de la puerta abierta de la sala en dirección hacia la entrada de la casa. Sin duda la inspectora no puede irse sin despedirse respetuosamente de la viuda desconsolada. De hecho Claude ha abierto la puerta de la calle y le está mostrando a Allison dónde estaba aparcado el coche de su hermano, le explica que al principio no arrancaba y que, a pesar de la discusión, le despidieron con la mano cuando el motor arrancó y el coche entró en marcha atrás en la calzada. Una lección de sinceridad.

Ahora él y los policías están delante

de nosotros.

—Trudy..., ¿puedo llamarla así? Ha sido tan servicial en un momento tan terrible. Tan hospitalaria. No puedo... — La inspectora se interrumpe, distraída por algo—. ¿Eran de su marido? —dice. Está mirando las cajas de cartón que mi padre trajo y que dejó debajo de la ventana salediza. Mi madre se levanta. Si va a haber problemas más vale que recurra a su altura. Y a toda su anchura.

—Se estaba mudando. Dejaba Shoreditch.

—¿Puedo verlas?

—Sólo hay libros. Pero adelante.

El sargento jadea cuando se arrodilla para abrir las cajas. Yo diría que la

inspectora está acucillada sobre sus caderas, ya no es un petirrojo, sino un pato gigante. No está bien que le tenga manía. Representa a la ley y yo ya formo parte del tribunal de Hobbes. El Estado debe poseer el monopolio de la violencia. Pero las maneras de Allison me irritan, la forma en que revuelve entre las pertenencias de mi padre, sus libros favoritos, mientras parece hablar consigo misma, sabiendo que no nos queda más remedio que escucharla.

—No sé qué decir. Es triste, tristísimo..., justo en la vía de acceso...

Por supuesto, eso es una actuación, un preludio. Y, efectivamente, se pone en

pie. Creo que está mirando a Trudy. Quizá a mí.

—Pero el verdadero misterio es lo siguiente. Ni una sola huella en esa botella de glicol. Ninguna en el vaso. Acaban de comunicármelo los forenses. Ni rastro. Es extrañísimo.

—¡Ah! —dice Claude, pero Trudy le ataja. Yo debería advertírselo. No tiene que mostrarse tan ansiosa. Su explicación es demasiado rápida.

—Los guantes. Una dolencia de la piel. Le daba vergüenza enseñar las manos.

—¡Ah, los guantes! —exclama la inspectora—. Tiene razón. ¡Lo había olvidado totalmente! —Desdobla una hoja de papel—. ¿Son éstos?

Mi madre da unos pasos para verlos.
Debe de ser una fotografía impresa.

—Sí.

—¿No tenía otro par?

—Como éstos no. Yo le decía que no los necesitaba. Que en realidad a nadie le importaba.

—¿Los llevaba siempre puestos?

—No. Pero los usaba mucho, sobre todo cuando estaba decaído.

La inspectora jefe se dispone a marcharse, lo cual es un alivio. Todos la acompañamos al recibidor.

—Hay algo raro. Otra vez los forenses. Han llamado esta mañana y se me ha ido de la cabeza por completo. Debería habérselo dicho a ustedes. Pero hay

tantos asuntos más: recortes en los servicios, una oleada de delitos locales, en fin. El índice y el pulgar del guante derecho. Nunca lo adivinarían. Un nido de arañas diminutas. Centenares. Y Trudy, le agradecerá saber esto: todas las crías están perfectamente. ¡Ya caminan!

Se abre la puerta de la calle, probablemente la abre el sargento. La inspectora sale. Conforme se aleja su voz va apagándose y se funde con el rumor del tráfico.

—Por más que lo intento no consigo recordar el nombre en latín. Ha pasado mucho tiempo desde que hubo una mano dentro de ese guante.

El sargento descansa la suya en el

brazo de mi madre y habla por fin, dice en voz baja al irse:

–Volvemos mañana por la mañana.
Para aclarar unas últimas cosas.

Por fin ha llegado el momento. Hay decisiones que tomar, urgentes, irreversibles, autoinculporatorias. Pero antes Trudy necesita dos minutos de soledad. Bajamos deprisa al sótano, al recinto que los escoceses graciosos llaman *cludgie*. Allí, mientras se alivia la presión sobre mi cráneo y mi madre se acuclilla unos segundos más de lo preciso, suspirando para sí, se me aclaran las ideas. O toman una nueva dirección. Yo pensaba que los asesinos

debían librarse, en pro de mi libertad. Puede que sea una idea demasiado mezquina, demasiado egoísta. Hay otras consideraciones. El odio a mi tío puede superar el amor a mi madre. Castigarle a él podría ser más noble que salvarla a ella. Pero quizá fuera posible conseguir las dos cosas.

Estas preocupaciones persisten cuando volvemos a la cocina. Parece ser que cuando los policías se han ido Claude ha descubierto que necesitaba un whisky. Cuando entramos, al oír cómo cae de la botella, un sonido seductor, Trudy cae en la cuenta de que también necesita uno. Uno grande. Con agua del grifo, mitad y mitad. En silencio, mi tío

se lo sirve. En silencio se miran uno al otro junto al fregadero. No es momento para brindis. Están sopesando los errores del otro, o incluso los propios. O decidiendo qué hacer. Ésta es la emergencia que temían y que ya habían previsto. Apuran su dosis y sin decir nada se sirven otra. Nuestras vidas están a punto de cambiar. La inspectora jefe Allison gravita sobre nosotros, un dios sonriente y caprichoso. Hasta que sea demasiado tarde no sabremos por qué no nos ha detenido ya, por qué nos ha dejado solos. ¿Para redondear el caso, para esperar el ADN del sombrero, para averiguar otras cosas? Mi madre y mi tío tienen que considerar que tomen la

decisión que tomen podría ser exactamente la que ella ha pensado que tomarán, y está esperando. Es igualmente posible que a Allison no se le haya ocurrido esto, el plan misterioso de Trudy y Claude, y que le lleven la delantera. Es un buen motivo para actuar audazmente. Pero de momento prefieren un trago. Quizá cualquier cosa que hagan beneficia a Clare Allison, incluido este interludio con un whisky de malta. Pero no, su única posibilidad es tomar una decisión radical... y ya.

Trudy levanta un brazo para impedir un tercer whisky. Claude es más constante. Va a la caza rigurosa de la claridad mental. Oímos cómo se sirve

otro –lo toma seco y largo– y después le oímos tragar fuerte, un sonido familiar. Puede que se pregunten cómo evitar una discusión justo cuando necesitan un objetivo común. Llega de lejos el sonido de una sirena, no es más que una ambulancia, pero concuerda con sus temores. El entramado del Estado se extiende invisible por toda la ciudad. Difícil escapar. Es una entrada, porque por fin hay un discurso, una declaración útil de lo obvio.

–Esto se pone feo. –La voz de mi madre es ronca y débil.

–¿Dónde están los pasaportes?

–Los tengo yo. ¿Y el dinero?

–En mi maleta.

Pero no se mueven, y la asimetría del diálogo –la respuesta evasiva de Trudy– no provoca a mi tío. Él ya está despachando el tercero cuando a mí me llega el primero de Trudy. Apenas sensual, pero se adapta o se hunde con arreglo a las circunstancias, a una sensación de final sin principio a la vista. Imagino una vieja carretera militar que atraviesa una fría cañada, un olorcillo a piedra mojada y a turba, el sonido del acero y la trabajosa y paciente caminata sobre piedras, y el peso de una amarga injusticia. Tan lejos de las laderas orientadas al sur, la polvorienta floración sobre protuberantes cúmulos púrpura en torno

a colinas que se desvanecen y sus sombras encabalgadas de un añil cada vez más pálido. Yo preferiría estar allí. Pero me doy por vencido: el whisky, mi primer whisky, es liberador. Una liberación dura: la puerta abierta conduce a la lucha y al miedo de lo que la mente es capaz de idear. Me está sucediendo ahora. Me preguntan, me pregunto a mí mismo qué es lo que más quiero ahora. Quiero cualquier cosa. El realismo no es un factor restrictivo. Corta las amarras, libera la mente. Puedo responder sin pensar: voy a cruzar la puerta abierta.

Pasos en la escalera. Trudy y Claude miran hacia arriba, sobresaltados. ¿La

inspectora ha encontrado una forma de entrar en la casa? ¿Un ladrón ha elegido la peor noche posible? El descenso es lento, pesado. Ven unos zapatos de piel negros, luego una cintura ceñida por un cinturón, una camisa manchada de vómito, luego una expresión terrible, a la vez vacía y resuelta. Mi padre lleva la ropa con la que murió. Tiene la cara exangüe, los labios, ya en descomposición, son de un color negro verdoso, los ojos diminutos y penetrantes. Se queda al pie de la escalera, más alto de como lo recordamos. Ha venido de la morgue a vernos y sabe exactamente lo que quiere. Estoy temblando porque mi madre

tiembla. No hay resplandor, nada espectral. No es una alucinación. Es mi padre corpóreo, John Cairncross, exactamente como es. El gemido de miedo de mi madre obra como un aliciente, porque viene hacia nosotros.

—John —dice Claude, con cautela, con un tono de voz ascendente, como si pudiera despertar a esa figura y sumirla en la inexistencia que le corresponde—. John, somos nosotros.

Parece que esto lo comprende bien. Mi padre se planta cerca delante de nosotros, exudando un miasma dulzón de glicol y carne agusanada. Es a mi madre a la que mira fijamente con ojos duros, negros, hechos de piedra imperecedera.

Los labios repugnantes se le mueven, pero no emite ningún sonido. Tiene la lengua más negra que los labios. Sin dejar de clavar la mirada en Trudy, extiende un brazo. Su mano descarnada agarra la garganta de mi tío. Mi madre ni siquiera puede gritar. Los ojos sin líquido siguen fijos en ella. Lo hace por ella, es un regalo que le hace. La presión implacable con una sola mano aumenta. Claude cae de rodillas, los ojos se le salen de las órbitas, agita las manos y tira en vano del brazo de su hermano. Sólo un chillido lejano, el lastimero sonido de un ratón, nos dice que aún está vivo. Enseguida deja de estarlo. Mi padre, que no le ha mirado ni una sola

vez, le deja caer y ahora atrae hacia él a su mujer, la envuelve en sus brazos delgados y fuertes como varas de acero. Le acerca la cara y la besa fuerte y largamente con sus labios helados y putrefactos. El terror, el asco y la vergüenza la anonadan. Este momento la atormentará hasta que muera. Él la suelta, con indiferencia y se vuelve por donde ha venido. Cuando sube la escalera empieza a desvanecerse.

Bueno, me han preguntado. Me he preguntado yo mismo. Y esto era lo que quería. Una fantasía infantil de Halloween. ¿Cómo, si no, encargar a un espíritu venganza en una época laica? El gótico ha sido razonablemente abolido,

las brujas han huido del brezal, y el materialismo, que tanto trastorna el alma, es lo único que me queda. Una voz en la radio me dijo una vez que nos sentiremos mejor cuando comprendamos perfectamente qué es la materia. Lo dudo. Yo nunca conseguiré lo que quiero.

Cuando emergo de mis ensueños estamos todos en el dormitorio. No recuerdo haber subido. El sonido hueco de la puerta del ropero, el ruido metálico de las perchas, una maleta depositada encima de la cama, y después otra, y el brusco chasquido de cerrojos al abrirse. Deberían haber

dejado preparado el equipaje. La inspectora podría venir incluso esta noche. ¿Llaman un plan a esto? Oigo maldiciones y murmullos.

—¿Dónde está? Lo tenía aquí. ¡En la mano!

Cruzan y descruzan el dormitorio, abren cajones, entran y salen del baño. A Trudy se le cae un vaso que se hace añicos en el suelo. Apenas se inmuta. Por alguna razón la radio está encendida. Claude, sentado con su portátil, habla entre dientes:

—El tren sale a las nueve. Ya viene el taxi.

Yo preferiría París a Bruselas. Mejores conexiones. Todavía en el

cuarto de baño, Trudy musita para sí:
«Dólares..., euros.»

Todo lo que dicen, incluso los ruidos que hacen, tienen un aire de despedida, como un triste acorde resolutivo, un canto de adiós. Esto es el fin; no volveremos atrás. La casa, la casa de mi abuelo donde yo debería haber crecido, está a punto de esfumarse. No la recordaré. Me gustaría elaborar una lista de países que no tienen tratado de extradición. La mayoría son incómodos, caóticos, calurosos. He oído que Pekín es un lugar agradable para los fugitivos. Un próspero pueblo de malhechores anglófonos profundamente sepultado en

la poblada inmensidad de una gran capital. Un estupendo paradero final.

—Somníferos, analgésicos —grita Claude.

Su voz, su tono, me apremia. Es hora de decidir. Está cerrando las maletas, asegurando las correas de cuero. Tan deprisa. Debían de estar ya medio listas. Son de las antiguas de dos ruedas en vez de cuatro. Claude las baja de la cama al suelo. Trudy dice:

—¿Cuál?

Creo que tiene dos bufandas en las manos. Claude le gruñe cuál prefiere él. Esto sólo es una simulación de normalidad. Cuando suban al tren, cuando crucen la frontera, la culpa se

delatará ella sola. Sólo tienen una hora y deberían apresurarse. Trudy dice que no encuentra el abrigo que busca. Claude insiste en que no va a necesitarlo.

—Es ligero —dice ella—. El blanco.

—Llamarás la atención entre el gentío. En las cámaras de vigilancia.

Pero ella lo encuentra, de todos modos, en el mismo momento en que el Big Ben da las ocho y empieza el noticiario. No se paran a escucharlo. Aún quedan cosas que recoger. En Nigeria, guardianes de la llama queman vivos a niños delante de sus padres. Corea del Norte ha lanzado un misil. En todo el mundo, el aumento del nivel del mar supera las predicciones. Pero nada

de esto es la cabecera. La reservan para una nueva catástrofe. Una combinación de pobreza y guerras, con cambio climático en compás de espera, expulsa a millones de personas de sus hogares, una epopeya antigua en un formato nuevo, grandes desplazamientos de gente, como ríos crecidos en primavera, Danubios, Rins y Ródanos de gente furiosa o desolada o esperanzada, apretujada en las fronteras contra las vallas de espino, ahogándose a millares cuando intentan acceder a la opulencia de Occidente. Si esto es bíblico, como dice el nuevo tópico, los mares no se abren para ellos, ni el Egeo ni el canal de la Mancha. La vieja Europa se

desprende de sus sueños, titubea entre la compasión y el miedo, entre la ayuda y el rechazo. Emotiva y amable esta semana, insensible y tan razonable la siguiente, quiere ayudar pero no quiere compartir o perder lo que tiene.

Y siempre hay problemas más inmediatos. Mientras radios y televisiones parlotean por doquier, la gente sigue enfrascada en sus asuntos. Una pareja ha terminado de hacer el equipaje para un viaje. Ya han cerrado las maletas, pero la joven quiere llevarse una foto de su madre. El pesado marco tallado es demasiado grande y no cabe. Sin la herramienta adecuada no se puede extraer la fotografía y la

herramienta, un tipo especial de llave, está en el sótano, en el fondo de un cajón. Un taxi aguarda fuera. El tren sale dentro de cincuenta y cinco minutos, la estación está bastante lejos y puede que haya colas en los controles de seguridad y de pasaportes. El hombre lleva a peso una maleta al rellano y vuelve, jadeando un poco. Debería haber usado las ruedas.

–Tenemos que irnos inmediatamente.

–Tengo que llevarme esa foto.

–Llévatela debajo del brazo.

Pero ella ya lleva el bolso, el abrigo blanco, una maleta que arrastrar, y carga además conmigo.

Con un gemido, Claude levanta la

segunda maleta para llevarla fuera. Se sirve de este esfuerzo innecesario para recalcar la urgencia.

—No tardarás ni un minuto. Está en una esquina delantera del cajón de la izquierda.

Él vuelve:

—Trudy. Nos vamos. Ya.

El diálogo ha pasado de lacónico a amargo.

—Llévame tú.

—Ni hablar.

—Claude. Es mi madre.

—Me da igual. Nos vamos.

Pero no se van. Después de muchas vueltas, reconsideraciones, malentendidos, momentos de lucidez,

tentativas de autodestrucción y lamentaciones por mi pasividad he tomado una decisión. Basta. Mi bolsa amniótica es el bolso de seda translúcido, fino y fuerte, que me contiene. También contiene el líquido que me protege del mundo y de sus malos sueños. Más tiempo no. Es hora de añadirme. De resolver el final. Es hora de empezar. No es fácil liberar mi brazo derecho, encajado muy prieto contra el pecho, ni dotar de movimiento a mi muñeca. Pero ya lo he hecho. Un dedo índice es mi herramienta especial para sacar del marco a *mi* madre. Dos semanas antes de tiempo y las uñas ya tan largas. Hago mi primer intento de

incisión. Tengo las uñas blandas y, por fino que sea, el tejido es fuerte. La evolución sabe lo que hace. Busco a tientas la marca que he hecho con el dedo. Hay un repliegue, bien definido, y es ahí donde hurgo una y otra vez hasta que, al quinto intento, noto una levísima desgarradura y, al sexto, una rotura minúscula. Consigo introducir en ella la punta de la uña, el dedo, después dos dedos, tres, cuatro, y al final mi puño abollado perfora la abertura y sigue un gran torrente, la catarata del comienzo de la vida. Mi protección acuosa ha desaparecido.

Ahora nunca sabré cómo se habría resuelto la cuestión de la fotografía o

del tren de las nueve en punto. Claude ha salido de la habitación y está en la cima de la escalera. Tendrá una maleta en cada mano, listo para bajar.

Mi madre le llama con lo que parece un gemido de desilusión.

—Oh, Claude.

—¿Qué pasa ahora?

—¡He roto aguas!

—Más tarde nos ocupamos de eso. En el tren.

Debe de creer que es una estratagema, una continuación de la discusión, una forma repulsiva de trastorno femenino que está demasiado frenético para pararse a considerar.

Me estoy desprendiendo del amnios,

mi primera experiencia en desvestirme. Soy torpe. De las tres dimensiones parecen sobrar tres. Preveo que el mundo material será un desafío. Tengo retorcido alrededor de las rodillas el sudario del que me he deshecho. Da igual. Tengo asuntos nuevos debajo en la cabeza. No sé cómo sé lo que hay que hacer. Es un misterio. Simplemente llegamos con ciertos conocimientos. En mi caso sé esto y tengo nociones de escansión poética. No hay pizarra en blanco, en definitiva. Me llevo a la mejilla esa misma mano y la deslizo a lo largo de la pared muscular del útero para buscar y encontrar el cérvix. Es una presión muy fuerte contra la nuca. Ahí,

en la abertura del mundo, es donde palpo delicadamente con dedos diminutos y de inmediato, como obedeciendo a un sortilegio, el gran poder de mi madre es invocado, las paredes que me rodean se ondulan, después tiemblan y se cierran. Es un terremoto, es una agitación gigante en su cueva. Como el aprendiz de brujo, me horrorizo y después me aplasta la fuerza desencadenada. Debería haber esperado mi turno. Sólo un idiota jugaría con una fuerza semejante. Oigo gritar a mi madre desde muy lejos. Podría ser un grito de socorro o un chillido de triunfo o de dolor. Y entonces lo noto encima de mi

cabeza, en la coronilla: ¡se ha dilatado un centímetro! No hay vuelta atrás.

Trudy se ha arrastrado hasta la cama. Claude está en algún sitio cerca de la puerta. Ella jadea, emocionada y muy asustada.

—Ha empezado. ¡Va muy rápido! Llama a una ambulancia.

Él no dice nada durante un momento y luego se limita a preguntar:

—¿Dónde está mi pasaporte?

El fallo es mío. Le subestimé. El objetivo de nacer antes era causar la perdición de Claude. Sabía que él era un problema. Pero creí que amaba a mi madre y que se quedaría a su lado. Empiezo a comprender la entereza de

Trudy. Mientras Claude revuelve en su bolso, ella dice, alzando la voz sobre el alegre tintineo de monedas contra el tubo del rímel:

—Lo escondí. Abajo. Por si ocurría esto.

Él reflexiona. Se ha dedicado a la compraventa inmobiliaria, era propietario de un rascacielos en Cardiff y sabe negociar.

—Dime dónde está y llamo a una ambulancia. Después me voy.

La voz de mi madre es cauta. Observa atentamente el estado en que se encuentra, aguarda, desea y teme la siguiente contracción.

—No. Si me pierdo tú te pierdes

conmigo.

–Muy bien. No hay ambulancia.

–Les llamaré yo misma. En cuanto...

En cuanto haya pasado la segunda contracción, más fuerte que la primera. De nuevo su grito involuntario y el cuerpo entero que se comprime mientras Claude cruza la habitación hasta la cama, hasta la mesilla que hay junto a ella, para desconectar el teléfono, y yo experimento una violenta compresión y me levantan en vilo, me succionan hacia abajo y hacia atrás, me desalojan uno o dos centímetros de mi última morada. Una banda de hierro me está oprimiendo la cabeza. Unas fauces están triturando nuestros tres destinos.

Cuando remite la contracción, Claude, como un aduanero, dice tontamente:

–¿El pasaporte?

Ella sacude la cabeza, espera a recuperar el aliento. Ambos mantienen la tensión en una forma de equilibrio.

Ella se recobra y dice, con voz serena:

–Entonces tendrás que ser la comadrona.

–No es mi bebé.

–El bebé nunca es de la comadrona.

Está asustada, pero puede aterrorizarle con sus instrucciones.

–Cuando salga vendrá boca abajo. Tú le levantas con las dos manos, le sostienes la cabeza con mucha suavidad

y me lo pones encima. Siempre boca abajo, entre mis pechos. Cerca de los latidos de mi corazón. No te preocupes por el cordón. Dejará de latir él solo y el bebé empezará a respirar. Le pones un par de toallas encima para mantenerle caliente. Después esperamos.

—¿Esperar? ¡Dios mío! ¿A qué?

—A que salga la placenta.

Si se ha encogido o le han entrado arcadas no lo sé. Quizá todavía pensaba que podíamos superar este trance y pillar un tren más tarde.

Escucho atentamente, concentrado en aprender qué debo hacer. Meterme debajo de una toalla. Respirar. No decir

ni pío. ¡Pero *bebé!* ¡Sin duda, rosa o azul!

—Así que ve a coger un montón de toallas. Todo se va a ensuciar. Restriégate las manos con el cepillo de uñas y mucho jabón.

Tan desbordado, tan lejos de una costa hospitalaria, un hombre sin papeles que debería estar huyendo. Se vuelve para ir a hacer lo que le han dicho.

Y el proceso continúa, contracción tras contracción, gemidos y gritos y súplicas de que acabe el calvario. Avance inmisericorde, expulsión implacable. El cordón se desenrolla a mi espalda mientras me abro camino

despacio. Hacia delante y hacia fuera. Fuerzas despiadadas de la naturaleza intentan aplastarme. Atravieso un sector por donde sé que mi tío ha pasado demasiado a menudo en sentido contrario. No me angustio. Lo que en su tiempo fue una vagina es ahora un orgulloso canal natalicio, mi Panamá, y soy más grande que él, un majestuoso buque de genes, dignificado por un avance pausado, fletado con mi cargamento de información antigua. Ninguna polla esporádica puede competir con esto. Hay un trecho en que estoy sordo, ciego y mudo, me duele por todas partes. Pero más le duele a mi madre, que grita mientras ofrece el

sacrificio que todas las madres hacen por sus bebés cabezotas y gritones.

Un momento serpenteante de emergencia cerosa y rechinante y heme aquí, depositado desnudo en el reino. Estoy asombrado, como el valiente Cortés (recuerdo un poema que mi padre recitó una vez). Con qué estupor y con qué incertidumbre miro hacia abajo, a la superficie de rizo de una toalla de baño azul. Azul. Siempre lo he sabido, al menos verbalmente, siempre he podido deducir qué es el azul —el mar, el cielo, el lapislázuli, la genciana—: meras abstracciones. Ahora lo tengo por fin, lo poseo y me posee. Más espléndido de lo que me atrevía a creer. Es sólo un

comienzo, en el extremo añil del espectro.

Mi fiel cordón, el salvavidas que no me mató, de pronto muere de la muerte que tiene asignada. Respiro. Delicioso. Mi consejo a los recién nacidos: no lloréis, mirad alrededor, saboread el aire. Estoy en Londres. El aire es bueno. Los sonidos son nítidos, brillantes, con los agudos subidos. La toalla fulgurante que irradia su color evoca la mezquita de Goharshad, en Irán, que hizo llorar a mi padre al alba. Mi madre se mueve y me obliga a girar la cabeza. Capto un atisbo de Claude. Más bajo de lo que yo suponía, tiene los hombros estrechos y la mirada astuta. La expresión de asco

es inconfundible. La luz vespertina, a través de un plátano, proyecta un dibujo estimulante en el techo. Ah, el gozo de estirar las piernas, de deducir por el despertador de la mesilla que nunca llegarán al tren. Pero no tengo mucho tiempo para saborear el momento. Las manos delicadas de un asesino comprimen mi flexible caja torácica y me colocan sobre la barriga acogedora y blanda como la nieve de otra asesina.

Los latidos de mi madre son lejanos, apagados, pero familiares, como un antiguo estribillo que hace media vida que no oyes. El tempo de la música es andante, un paso delicado que me conduce a la auténtica puerta abierta. No

puedo negar que siento miedo. Pero estoy extenuado, soy un marinero naufragado en una playa afortunada. Me caigo, incluso mientras el océano me lame los tobillos.

Trudy y yo debemos de haber dormitado. No sé cuántos minutos han transcurrido hasta que oímos el timbre de la puerta. Qué nítido suena. Claude aún sigue aquí, esperando su pasaporte. Debe de haber bajado a buscarlo. Ahora se dirige hacia el videoportero. Mira la pantalla y se aleja. No puede haber sorpresas.

—Son cuatro —dice, más para sí mismo.

Lo pensamos. Se ha acabado. No es un buen final. No podía acabar bien.

Mi madre me mueve para que podamos intercambiar una larga mirada. El momento que yo esperaba. Mi padre tenía razón, es una cara preciosa. El cabello es más oscuro de lo que pensaba, los ojos de un verde más claro, las mejillas todavía coloradas por el esfuerzo reciente, la nariz, en efecto, una miniatura. Creo que veo el mundo entero en esta cara. Bella. Amorosa. Asesina. Oigo que Claude cruza la habitación con paso resignado para dirigirse abajo. No tiene ninguna frase preparada. Incluso en este momento de reposo, durante esta larga y ávida mirada a los ojos de mi

madre, estoy pensando en el taxi que aguarda fuera. Qué desperdicio. Es hora de decirle que se vaya. Y pienso en nuestra celda de la cárcel —espero que no sea demasiado pequeña—, y al otro lado de su pesada puerta, unos pasos cansinos que suben: primero tristeza, luego justicia, luego sentido. Lo demás es caos.

Título de la edición original:

Nutshell

Edición en formato digital: enero de 2017

© de la traducción, Jaime Zulaika, 2017

© Ian McEwan, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3771-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. «Ahora las hojas caen enseguida, / no durarán las flores de la niñera.» Más adelante se volverá a hacer referencia a «las flores de la niñera». (*N. del T.*)

Ian McEwan

Cáscara de nuez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA